

P. JERÓNIMO MONTE (O.S.A.)

EL DESTINO



Horas de Vacaciones

—

Lectura

amena,

distractiva,

agradable,

educadora



Horas de Vacaciones

—

Bellos libros

\ para egales,

para premios



Horas de Vacaciones

—

Agradable solaz

para niños,

jóvenes,

estudiantes



Horas de Vacaciones

—

Biblioteca

escogida,

elegante,

depurada



ST
COM

Isidoro Fernandez &

EL DESTINO

+ 1134158
C.

EL DESTINO

(RECUERDOS DE LA GUERRA)

II

POR EL

P. JERÓNIMO MONTES

AGUSTINO

Dibujos de A. Blanco Lon

CUARTA EDICIÓN

Con las licencias necesarias



EL ESCORIAL

IMPRENTA DEL REAL MONASTERIO

1930

ES PROPIEDAD

A LA MEMORIA DE LOS SOLDADOS Y MARINOS
QUE SUCUMBIERON EN SANTIAGO DE CUBA.



I

Acababa Pepe de Castro de prometer solemnemente a su tío D. César Iturralde que no entraría jamás en aquella casa si no volvía vencedor de Cuba. Y con su uniforme de teniente de artillería, nueve-cito y flamante, descendió la escalera, sin otro pensamiento que el de viajar, ver mundo, combatir y regresar a España cargado de cruces y satisfecho del triunfo.

Abajo encontró a la portera sentada en una silla y convertida en un mar de lágrimas.

—¿Qué es eso, Isabel?—la preguntó con cariño.

—¿Le parece a usted poco lo que me sucede?—contestó sollozando.—Se me llevan a Cuba al hijo

de mi alma; busca una consuelo allá arriba, porque sabe que hay personas que la quieren, y ya ha visto usted, señorito, el consuelo que me da su tío de usted. Y él es la bondad misma, no lo dudo; pero tiene un genio... ¡Jesús, que hombre!

—Mi tío es una malva; no hay más que saberle entender. Y para que usted vea, él mismo me ha encargado que cuide de su hijo... ¿Dónde está ahora Mariano?

—Por ahí anda, señorito. Todavía no sabrá el desgraciado que va a Cuba. ¡Dios mío, qué angustial! ¿Por qué dará Dios a una los hijos?... ¡El pobre no sabe lo que es estar sin madre! ¡Yo confío en usted! ¡Por la Virgen, señorito, cuídeme usted al hijo de mi alma...

—Haré por él todo lo que pueda. Descuide usted, Isabel, que nada le faltará.

—¡No sabe usted el bien que me hace! ¡Dios se lo pagará a usted, señorito!...

Pocos días después, las tropas destinadas a Cuba se embarcaban en la bahía de Cádiz, una multitud inmensa las despedía desde la playa con entusiastas aclamaciones y agitando los pañuelos. Empezaron a moverse los barcos con majestad, y los soldados fueron poco a poco perdiendo de vista a la gente, luego los edificios, y, por último, la costa. Ya sólo veían la inmensidad: arriba el cielo, bajo sus pies el mar. Detrás los seres queridos de su corazón, delante lo desconocido, lo incierto...

Aquellos instantes fueron angustiosos. En todas las caras se reflejó una expresión indefinible de tris-

teza, y por todas las almas cruzó el mismo pensamiento: ¿volverían a pisar el suelo inolvidable de la patria? Sobre sus cabezas rodaban nubes de color de sangre, y allá hacia el Poniente una mancha,



negra como la noche y fúnebre como la mortaja de un difunto, cubría el horizonte...

* * *

Mariano, aquel Mariano por quien preguntó Castro a su portera, sintió al ponerse en movimiento el buque un hondo desconsuelo. En aquella tierra querida que iba escapándose de sus ojos dejaba algo

que le atraía con fuerza irresistible, algo que le hablaba con voz cariñosa y suplicante. Y el buque avanzaba, avanzaba con rapidez, arrancándole de unos brazos que se extendían hacia él, separándole de un corazón que le amaba. Sus labios murmuraron un adiós de eterna despedida, de su pecho se escapó un doloroso gemido, de sus ojos brotaron algunas lágrimas, que procuró ocultar a la vista de sus compañeros.

Una mano se apoyó sobre sus hombros, y una voz animosa le dijo al oído:

—¡Oye tú, los hombres no lloran!

Mariano volvió la cabeza y contestó con triste acento:

—Chico, me acordaba de mi madre.

—¡Rediez, ahí dejo yo a mi madre, viejica y sola. Ahí dejo a mi novia, que acaba e icime: «Manuelico, aquí te espero hasta diquíá que vuelvas!» Y volverá Manuelico mas que la mar se seque y el Ebro corra pa arriba.

El que así hablaba era un joven baturro, alegre y simpático, que con su buen humor y su lenguaje pintoresco logró que todos los que con él iban ahogasen bien pronto sus penas con el ruido y la algaraza. Desde entonces dispensó una especie de protección al débil Mariano, y los dos fueron siempre inseparables.

En cuanto desembarcaron en la Habana, recibieron un máuser con sus correspondientes municiones, y juntamente con otros catorce o quince soldados bisoños, al mando de un sargento, fueron destinados

a una guarnición próxima. La jornada, hecha a pie, no dejaba de ofrecer peligros, porque los insurrectos llegaban por aquella época hasta la misma capital de Cuba, y el terreno se prestaba muy bien a una sorpresa.

Después de dos horas de viaje, el baturro se acercó al sargento, y le preguntó señalando al fusil:

— ¡Mi sargento! ¿Y esto pa qué nos sirve?

— ¡Pa matar mambises, animal!... ¿Pero no has visto en tu vida una escopeta?

— ¿Que si la hi visto? ¡Rediez! En mi casa tenía una mu guapa pa dir a liebres. Pero aquélla... Miusté, mi sargento: la ponía así empinadica en el suelo; después metía por el cañón un puñadico de pólvora, y perdigones, y tacos de papel...; luego ponía un pistón, tal como aquí, levantaba el gatillo, apuntaba, y... ¡pum! ¡Las liebres que yo hi matao, mi sargento! Pero ésta no la entiendo...

— ¿Y te vienes así? Mira, peazo e bruto: pa cargar se hace esto...

— ¿A ver cómo, mi sargento?—preguntó otro de baja estatura que no pudo percibir la maniobra.

— ¿Tampoco tú sabes, bárbaro?

— ¡Ni nosotros, mi sargento!—exclamaron varios.

— ¡Pero qué animales! ¿Y sus venís así a combatir al enemigo?

— ¡Qué quiusté; mi sargento!—contestó Manuelico.—No himos hecho la istrucción...

Resultado: que dos o tres solamente sabían manejar el máuser. A los demás nadie les había dicho siquiera para qué servía aquéllo. El sargento se



puso pálido, y exclamó llevándose las manos a la cabeza:

—¡Santa Bárbara bendita! ¿Y qué hacemos si nos salen al encuentro los mambises?

—Dir pa casa otra vez—respondió con perfecta tranquilidad el baturro.—A mí a correr no me ganan ellos, mi sargento. A ti puá que te cojan, Marianico.

—No podemos pasar de aquí—agregó el sar-

gento—sin que aprendáis todos a manejar el fusil... ¡Atención! ¿Veis todos bien?

—¡Rediez, los mambises!—gritó Manuelico, con la mirada fija en un grupo de árboles que había enfrente.

—¡Los mambises!—repitieron todos con terror, al ver entre aquellos árboles algunos hombres que se movían de un lado a otro. Y volvieron atrás, tirando los fusiles y sin cesar de correr hasta que entraron en la Habana. El sargento fué el único que permaneció en su puesto, prefiriendo la muerte a aquella vergonzosa fuga.

Después que aprendieron a manejar el máuser, y se acostumbraron al olor de la pólvora, y los toques de corneta y los ejercicios militares enardecieron su espíritu, ya no huyeron jamás, aunque se les pusiera delante todo el ejército de los cubanos.

Manuelico tuvo siempre tal confianza en sí mismo, tal seguridad de que no le habían de tocar las balas, que ni se le ocurrió la posibilidad de morir en una acción, ni vió nunca el peligro, así cayesen muertos a sus pies la mitad de sus compañeros. Lo que a él le sacaba de quicio era que no había medio de dar una batalla formal. Aquello ni era guerra ni era nada. La guerra para él se reducía a una cosa muy sencilla: colocados uno enfrente de otro los dos ejércitos enemigos, dar la orden de ataque, acometer, matar y combatir hasta que uno de los dos quedase dueño del campo. Este era el vencedor y el otro el vencido. Y se acabó todo. Ni más ni menos que lo que ocurría en su pueblo con una pedrea entre dos

bandos. Y si no, ¿pa qué servía la guerra? ¿No se hace pa ver quién pué más, quién es más valiente? Pues ¡rediez! así es como se sabe.

Pero los mambises eran unos cobardes y unos traidores. En cuanto atisbaban tropas españolas se escondían en los bosques como conejos, y sólo daban la cara cuando eran diez contra uno y se encontraban en buenas posiciones. El quería una batalla formal, formal; un combate entre 20 o 30.000 hombres por cada una de las partes, con sus generales a la cabeza, sus bandas de música y todo su aparato militar. ¡Así era como se hacía la guerra!

Si no todo lo que él deseaba, algo a lo menos vió realizado en el combate de Peralejo. Allí se juntaron los dos ejércitos enemigos; allí supo evitar una gran catástrofe el valor heroico de las tropas españolas; allí pagó con la vida el general Santocildes la *corazonada* de Martínez Campos. ¡Allí, allí fué donde el baturro sintió enardecida su sangre de guerrero, y combatió electrizado con el toque de las cornetas y las descargas del fusill! El no escuchó órdenes de nadie, y se deslizó entre los insurrectos, y mató... ¡Rediez, los mambises que él mató aquel día..

Su amigo Mariano tuvo siempre una idea más clara de la realidad. Su aspiración única era que aquello concluyese pronto para volver a su casa. Contribuía mucho a esta situación de ánimo la escasa salud de que gozaba. Aquel clima le iba debilitando y consumiendo poco a poco. Si la guerra duraba un año más, tendría que dejar sus huesos en Cuba.

* * *

Los dos amigos tomaron parte más tarde en la campaña de Pinar del Río contra Maceo, aislado con sus tropas en una especie de redil cerrado por la trocha. Los insurrectos no tenían salida posible, y allí irían cayendo uno tras otro sin remedio.

Aquella fué la época más feliz para el baturro. Su ilusión era echar el guante a Maceo. Pero quería cogerle vivo, vivo, para exhibirle en la Habana como un objeto curioso. ¡Rediez, lo que él gozaría con estol

Un día creyó ver realizados sus deseos. Numerosas tropas insurrectas, mandadas por el célebre mulato, acampaban en las alturas de Júcaro. Su posición era casi inexpugnable. Además de algunas líneas de trincheras, los negrazos habían construído una gran fortificación en lugar de difícil acceso y rodeada de bosques impenetrables. Dos batallones de línea, mandados por el general Suárez Inclán, y una sección de artillería, en la cual se hallaba el teniente Castro, contemplaban desde la llanura las posiciones del enemigo, esperando la columna de Bernal, que debía operar en combinación con aquellas tropas.

—Mía tú, mía tú Marianico—decía el aragonés, con la vista clavada en el punto ocupado por los insurrectos.—¡Allí himos de subir hoy!... ¡Rediez, qué negricos son! Mialos, mialos... ¿Ves al del caballo blanco?... ¡aquél es Maceo!... Echale el ojo, que hoy no se escapa.

—¡Quiá, hombre! ¿Tú crees que se va á dejar coger? Primero se tira de cabeza al mar. ¡Ya verás qué paso lleva si la cosa se pone mala!

—¡Rediez! Pus yo, in cuanto que den la orden de atacar, derechico me voy a él. . . Pero oye tú, ¿himos venido aquí na más que pa ver esto? . . . Pregunta al tiniente Castro por qué no atacamos. . .

Esta impaciencia, esta ansia de empezar el combate se veía en el rostro de todos los soldados. Y el general, seguro del valor indomable y heroico de sus tropas, y cansado de esperar la columna de refuerzo, que no aparecía por ninguna parte, se decidió a dar la orden de romper el fuego.

El enmarañado bosque que rodeaba las posiciones del enemigo impedía el despliegue de las tropas; y éstas, aprovechando los claros, avanzaban en columna cerrada por estrechos callejones, recibiendo una lluvia de acero. La compañía de Manuelico y Mariano, que marchaba al frente, quedó casi aniquilada en poco tiempo. Los dos tenientes habían muerto; el capitán que la mandaba iba montado y echando sangre por una pierna; su caballo cayó acribillado a balazos, y el valiente capitán siguió combatiendo a pie hasta que una bala le destrozó la otra pierna y quedó tendido en tierra desangrándose y sin poder moverse. El baturro, embriagado con el olor de la pólvora y el estruendo del combate, ni oía las balas que silbaban a sus oídos, ni veía los cadáveres de sus compañeros, que le cortaban el paso, siempre con los ojos fijos en el jinete del caballo blanco que se destacaba en la cumbre, y daba órdenes y se movía sin cesar de un lado a otro.

Cuando dejaron de oirse las voces de los oficiales,



él se encontró al frente de la compañía, y no cesaba de gritar:

—¡Alante! ¡Alante! . . . ¡Viva España!

En aquellos momentos decisivos el general ordenó que la artillería se aproximase todo lo posible y batiere el fuerte. Esta orden fué ejecutada con gran rapidez. Pepe de Castro colocó su cañón a cuarenta metros del fuerte, bajo un fuego mortífero. En auxilio de la destrozada compañía de Manuelico acudieron otras, y a los gritos incesantes del baturro: «¡Alante, alante, a la bayoneta!», penetraron en las trincheras de los insurrectos, que, impotentes para resistir el denodado empuje de aquellos valientes soldados, huyeron a la desbandada.

Manuelico volvió a ver entre los fugitivos al del caballo blanco, y se fué tras él, solo, ciego, sin pensar en la imposibilidad de ver realizadas sus locas ilusiones, hasta que oyó la voz imperiosa del sargento que le llamaba, y retrocedió sudoroso y jadeante.

—¿Dónde ibas tú?—le preguntó.

—A coger a Maceo—respondió con la mayor naturalidad.—¡Miusté, mi sargento, aquel del caballo blanco es!

—¿Quién te ha dicho a tí que aquel es Maceo?

El baturro se quedó parado sin saber qué contestar, porque realmente ninguna razón tenía para asegurar que el del caballo blanco era Maceo: se lo había figurado, y nada más.

Repentinamente se le vino otra idea a la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está Mariano?

—¡Qué se yo!—contestó el sargento con un movimiento de hombros—Han muerto tantos...

—¡Pero Marianico no ha muerto!—dijo el baturro mirando a su interlocutor estupefacto.

Y dirigiéndose al lugar donde se encontraba el grueso de las tropas, gritó:

—¡Mariano! ¡Marianico!

—¡Aquí estoy!—contestó éste, corriendo al encuentro del baturro—¡Chico, yo creía que te habían matao!

—¿A mí? ¿Matame ellos a mí?... ¡Rediez! ¡Les himos vencido!

—Si, pero nos ha costado mucha sangre. Mira, el capitán Herraiz herido; el teniente Burguete, muer-

to; el teniente Moncada, muerto; el cabo Fernández, muerto; la compañía estrozada, sanos cuasi tú y yo solos pa contarlo. Y a tí, si te escuidas te afusilan...

—¡Rediez! ¡Hibiá tenido que ver! ¿Porqué me han de afusilar a mí?

—¡A ver! ¿Sabes quien dió la orden de atacar a la bayoneta?

—¡No sé, chico!

—Pues esa orden la diste tú.

—¿Yo?... ¡Y puá que sí! Paece que ricuerdo algo.

—Puedes dar gracias a que la cosa salió bien, que si sale mal...

—¡Oye tül! ¿Y por eso me hibían de afusilar?

—¡Ya lo creol! ¡Y por menos también!

—¡Ca, hombre!—dijo el baturro, moviendo la cabeza con signos negativos.—A Manuelico no le afusilan ni le matarán los mambises.

—¿Por qué?

—Porque... ¡Ven acá!

Cogiendo a Mariano de un brazo, le separó un poco de los demás soldados, que comentaban alegremente los sucesos del combate, y vueltos de espaldas a ellos, Manuelico desabrochó su chaquetilla, tiró de una cintita azul, y sacó una medalla blanca que llevaba sobre el pecho.

—¿Sabes quién es ésta?—dijo en voz baja como si fuera a revelar el más importante secreto de su vida. Es la Pilarica.

—¿Y crees que por eso no te puen matar?

—¡Escucha, Marianico!... Esta medallica me la dió mi novia, y al dámela me dijo, ¿sabes qué me dijo?

«Manuelico llévate eso, que te lo doy yo, y volverás a España...»

—¿Y eso qué tié que ver?

—¡Espera, Marianico! Antes de venir pa Cuba mi madre me llevó a Zaragoza, y andando, andando, nos fuimos al Pilar... Tú no sabes lo que es el Pilar. Tú no sabes quién es la Pilarica... Mi madre se arrodilló, y juntico a ella me arrodillé yo también. Yo miraba a la Virgen, pero como no sabía qué icila, dije a mi madre: «Madre, ¿qué pido a la Pilarica? Y ella me dijo: «Hijo mío, pídelo que vuelvas a ver a tu madre.» Y yo entonces dije: «¡Santa Pilarica! Si vuelvo a España, derechico vengo aquí a icítelo, y te pondré una velica, y cuando aquélla se acabe otra, y otra, pa mientras viva Manuelico, y pa mientras púa ganar dos riales pa comprala.» Y yo sentí aquí, aquí dentro, una cosa que me icía: «¡Sí, Manuelico, sí ¡Volverás a España, volverás a ver a tu madre, volverás a ver a tu novial...» ¿Ves por qué no me puen matar en Cuba?

Interrumpió al baturro el vibrante son de la corneta, y los dos amigos corrieron a unirse con las tropas.

Maceo sucumbió al fin, pero de la manera más prosaica e inesperada. La noticia circuló con la velocidad del rayo por toda la Isla; el cable la transmitió a España, y en Cuba y en España se celebró el fausto acontecimiento con manifestaciones de inmenso regocijo.

Sólo a medias vió Manuelico satisfechos sus deseos. Él quería haberle cogido vivo, tenerle en su poder y conducirle a la Habana delante de las bayonetas, y

nada de esto pudo conseguirse. Ni aun le quedó el consuelo de suponer que una bala de su fusil le hubiese matado, porque no tomó parte en la miserable escaramuza que concluyó con el jefe más temible de los insurrectos.

Tuvo, sin embargo, la satisfacción de desfilarse ante el ensangrentado cadáver de Maceo; y en cuanto le vió, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose a Mariano:

—¡Rediez! ¿No te lo icía yo? ¡El del caballo blanco eral...

Después de contemplar los yertos despojos de aquel hombre que, aunque enemigo de España, no dejaba por eso de ser un valiente, después de ver aquel robusto negro, ayer dirigiendo algunos miles de soldados y hoy tendido sin vida en la tierra, ayer batiéndose como un león y hoy tan inofensivo como un cordero, Manuelico sintió pena y lástima; casi se alegró de saber que no era él quien había matado a Maceo.

* * *

Pepe de Castro, Mariano y Manuelico fueron trasladados a las provincias del centro, y se batieron por más de un año con las huestes de Máximo Gómez.

Pero la guerra continuó en la misma forma desesperante e irregular que hasta entonces. Ni una batalla formal, ni un combate serio. Muchos encuentros, muchas escaramuzas, muchas sorpresas, y nada más. Ellos, los españoles siempre buscando a los enemigos

en las montañas y en los valles, entre la espesura de los bosques y en las hendiduras de la tierra; y los enemigos siempre huyendo, siempre ocultándose como los conejos. Aquello ni era guerra ni nada que se le pareciese: era un ejercicio de caza, con su espera y su reclamo, para que nada faltase; sólo que en lugar de cazarse animales se cazaban hombres.

Nadie tenía allí segura la vida, ni en la población ni en el campo. En la ciudad abundaban las traiciones, y en el campo se emboscaba la muerte detrás de una piedra, junto al tronco de un árbol, entre el ramaje de la selva, en una zanja, al pie de un muro o bajo el techo de un mísero albergue. Caminaban rendidos los soldados por la manigua y cuando no se acordaban siquiera de que hubiese insurrectos en el mundo, una descarga a quemarropa dejaba a muchos de ellos tendidos en el campo, y los autores de la hazaña corrían a ponerse en salvo o se ocultaban en la espesura. ¡Cuántos infelices perecieron de esta manera inicua!

Algunas veces se atrevían los cubanos a hacer frente a pequeños destacamentos, y hasta a poner *sítio* a endebles edificios, que solían llamarse *fuertes*, porque en ellos moraban dos docenas de soldados. Una de estas acciones dejó imperecederos recuerdos en la memoria de Manuelico. ¡Rediez, si se escuida un pocol.... El caso fué como sigue:

El y unos venticinco hombres más, aislados de las tropas, hallábanse alojados en la casa de un ingenio y bajo el mando de un teniente. Numerosas tropas insurrectas aparecieron una tarde a su vista,

y el jefe que las mandaba intimó a los soldados la rendición. Contestaron que no se rendirían mientras uno solo quedase con vida. Los insurrectos rodearon el edificio, y por ambas partes empezó un nutrido fuego de fusil. Duró éste todo aquel día y el siguiente, sin otro resultado que el de causarse algunas víctimas. El día tercero por la mañana llegó un cañón al campo de los insurrectos, y fué saludado por los sitiadores con estruendosas manifestaciones de júbilo. Nuevamente intimaron la rendición a los sitiados, haciéndoles ver que su resistencia sería ya del todo inútil, y amenazándoles con pasarlos por las armas si no se rendían a tiempo. La contestación fué esta: «Nos rendiremos cuando hayamos muerto todos: podéis asesinar a los restantes.»

Empezó a funcionar el cañón a corta distancia y cada disparo se llevaba un trozo de los débiles muros del edificio, que poco a poco iba desmoronándose y concluiría por enterrar a los defensores entre sus escombros. A eso del medio día dos granadas penetraron casi al mismo tiempo por una claraboya, y el techo se incendió. No por eso dejaron de continuar los soldados su heroica defensa, abrasados por las balas enemigas, ahogados por el humo y tostados por las llamas del incendio. El techo se desplomó al fin, hundiéndose a la vez la mayor parte del piso más alto y arrastrando entre sus ruinas a la mitad de los combatientes. Manuelico logró salir de entre las llamas y los escombros con grandes quemaduras en la ropa, y enteramente tiznadas la cara y las manos.

Habían muerto diez, algunos estaban inutilizados, ileso no quedaba ya ni uno solo. Los pocos que podían sostener el fusil se guarecieron detrás de los ennegrecidos y ruinosos muros, y continuaron haciendo fuego desde las ventanas y por las grietas de las paredes, a la voz del bravo teniente, que, herido en una pierna, iba dejando manchas de sangre en el suelo que pisaba.

Las municiones se agotaban, las fuerzas físicas de los combatientes, después de cuatro días sin comer y sin dormir, llegaban a su límite, y las tropas de socorro esperadas desde el principio no aparecían por ninguna parte.

El cuarto día, a la puesta del sol, el baturro se acercó al teniente y le dijo.

— ¡Mi teniente, una cosa se me ha ocurridol

— ¿Cuál es?

— Dir a avisar a los nuestros pa que nos ayuden.

— Eso también se me había ocurrido a mí, pero...

Oye, ¿hay alguno entre vosotros que sepa volar?

— Volar no, mi teniente, pero correr sí.

— No basta. Estamos cercados... ¡Es imposible!

Quedó un momento pensativo, y agregó;

— ¿Y quién se encarga de eso?

— ¿Quién? ¡Manuelicol

— Eres un buen muchacho, y te matarán.

— ¿A mí? ¡A mí no me matan ellos, mi tenientel

— ¿No? Pues ya estas corriendo... Y no te limpies la cara, porque acaso te tomen por un negro y te dejen pasar.

En cuanto obscureció, Manuelico se descolgó por

una ventana y se deslizó, agachado y poquito a poco para no hacer ruido, por el campo insurrecto. Al pasar junto al tronco de un árbol, dos brazos desnudos, fuertes como unas tenazas, rodearon su cuerpo. Volvió los ojos y se encontró con la cara de un negrazo, una cara tan horrible que le hizo exclamar con espanto:

—¡Rediezl..

Ese grito llamó la atención de otros, que acudieron inmediatamente y llevaron a Manuelico a la tienda del jefe insurrecto.



—¡Hola, perillán!—le dijo este al verle en su presencia.—¿Dónde ibas tú?

—¡A tí te lo voy a icir!—contestó sin inmutarse.

—Ya me lo dirás luego... Oye, ¿cuántos quedan en esa casa?

—Tantos como vosotros.

—Entonces son unos cobardes que se dejan acorrar y no nos hacen frente.

—¿Cobardes?... ¡Rediezl ca uno de ellos vale más que tos vosotros juntos.

—¿Cuántos han muerto?

— ¡Dinguno!

— ¿Cómo que ninguno, si los hemos visto desde aquí? No quieres confesar la verdad, ¿eh? Pues mira, toda esta noche tienes para pensarlo. Si contestas a lo que te pregunte, salvas la vida; si no... ya sabes lo que te espera.

Y le indicó con un ademán muy expresivo que le cortarían el cuello.

El baturro fué llevado a un lugar distante, le tendieron en el suelo y le ataron las manos y los pies.

Excusado es decir que Manuelico no durmió en toda la noche. Se le ocurrió destruir el cañón, que era lo que más daño les hacía; pero, ¿cómo se inutilizaba un cañón? El no entendía de esto. Además, estaba atado y allí cerca sus guardianes... ¡No era posible! Se le vino a la imaginación lo que ocurriría a la mañana siguiente: «O confesar, o morir», le habían dicho. Confesar... ¡rediez, eso ni pensalo siquieral Morir... ¡Quiál! ¡Tan segurico estaba él de que no le matarían en Cubal...

Pasó la noche, y amaneció el día. Manuelico fué desatado y conducido de nuevo a la tienda del jefe insurrecto. Llegaba la hora fatal: aquello se ponía muy malo. ¡Rediez! ¿Le habría engañado la Pilarica?...

El jefe tardaba en salir, y entretanto instaban al baturro sus guardianes a que confesara cuanto supiera y no fuese tonto, que la vida valía mucho.

Uno de ellos, poniéndole lo mano sobre los hombros, le dijo:

— Grita ¡viva Cuba librel

—¡Viva Español!...—exclamó él con voz sostenida y vibrante.

—¡Viva Español!—repitieron los defensores del edificio incendiado, como si contestasen a la voz de Manuelico.

Y era que habían visto tropa española que acudía a su socorro.

Los insurrectos la divisaron también, y cada cual procuró, como pudo, ponerse en salvo.

Manuelico quedó libre, y corrió a abrazar a sus compañeros, diciéndoles con vivísima emoción.

—¿No vos lo icía yo? ¡A Manuelico no le matarán los mambises?... ¡Viva la Pilarical!...

* * *

En Junio de 1897 llegó a Cuba un capitán... Pero antes, perdonadme, militares honrados y valientes, perdonadme sobre todo vosotros, los que derramasteis vuestra sangre en Cuba en defensa de la bandera de la Patria, que haga intervenir también en esta narración un personaje que ya conocen los lectores de otra narración semejante a ésta, un soldado que deshonoró con sus actos el uniforme que vestía. ¿No habéis conocido en el ejército a un jefe u oficial sin vocación alguna para la milicia, sin conciencia y sin honor, alguno de esos que toman la guerra nada más que como un negocio explotable, del cual saben sacar provecho, aun a costa de la vida del soldado? Pues eso era el capitán Canseco, a quien una fatal coincidencia puso al frente de la compañía de Mariano y

Manuelico. Canseco no era militar; nació para comerciante, y comerciaba donde se le presentaba la ocasión y con lo que tenía a mano. Los jefes y oficiales le miraban con antipatía, los soldados le profesaban aversión profunda, odio positivo. No ignoraban que su capitán recibía de la administración mucho más que lo distribuido en la compañía. El rancho faltaba casi siempre, y cada cual tenía que arreglárselas como Dios le daba a entender para no morir de hambre.

Era público que Canseco giraba a la Península, cada dos o tres meses, algunos miles de duros. Así lo aseguraban todos. ¿De dónde salía aquel dinero? Los soldados lo sabían muy bien. Los soldados sabían que aquellos miles de duros eran el fruto de sus abstinencias, el precio en que se vendía la vida de tantos infelices que habían perecido y continuaban pereciendo de inanición. Sí, los soldados lo sabían; se leía en sus ojos cada vez que los fijaban en aquel hombre sin entrañas, se veían en su escuálido semblante siempre que faltaba el rancho. Y, sin embargo, nadie se atrevió a quejarse ante los jefes; nadie intentó una protesta colectiva contra él, por exigencias de la disciplina y porque había, según pública opinión, quien le guardaba las espaldas.

Uno de los últimos días de Julio, la compañía mandada por Canseco recibió orden de unirse a una columna que operaba en los límites de Santiago. Rompió la marcha antes de amanecer, bajo una lluvia torrencial que hacía intransitables los caminos. El capitán iba a retaguardía en su caballo, y un magnífico impermeable resguardaba su cuerpo de la lluvia.

Los soldados, cubiertos de lodo y calados hasta los huesos, caminaban en medio de la obscuridad de la noche, tropezando aquí contra el tronco de un árbol, cayendo más allá en una charca inmunda.

A las ocho cesó de llover; las nubes fueron disipándose, y apareció el sol derramando fuego. El sencillo uniforme de los soldados, recibiendo a la vez el calor del cuerpo y el del sol, despedía una nubecilla de humo perfectamente perceptible. Una sed devoradora secaba la garganta de aquellos ignorados héroes del sufrimiento, y desfilaban a cada paso para tirarse a un lodazal y beber el agua turbia y caliente que debilitaba sus enflaquecidas piernas y les hacía sucumbir sin aliento en medio del camino. Pero había algo, peor que la lluvia, algo, más terrible aún que la sed y la fatiga: el hambre. Aquella hambre, que no habían podido satisfacer ni una sola vez en muchos meses; aquella hambre que le valía a Canseca algunos milos de duros y costaba a los soldados tantos sacrificios y tantas vidas.

Mariano iba con una fiebre que le abrasaba las entrañas. Carecía de fuerzas hasta para hablar, y caminaba en silencio, más que por propio impulso, en virtud de la fuerza adquirida. Se agotaron al fin sus energías, las piernas se negaban a sostener su desfallecido cuerpo, y habría caído en tierra como el árbol seco tronchado por el huracán, si no se hubiera apoyado en los hombros de su leal amigo, diciéndole con la voz de un moribundo:

— ¡Manuelico no puedo más!

— ¡Rediez! — contestó el baturro, sosteniéndole con

cariñosa solicitud.—Yo te llevaré el fusil, y alante.

—¡No, no puedo más! Que me dejen morir aquí, aquí mismo.

—¿Morir? ¿Morir?... Mia tú, Marianico, yo puo resistir mucho. ¿Quiés que te lleve a cuestras?

Mariano se negó a ello, contentándose con entregar el fusil a su amigo, y apoyado en sus hombros, prosiguió trabajosamente la marcha.

Poco después el capitán dio orden de hacer alto en una explanada del bosque. Todos los soldados cayeron como masas inertes a la sombra de los árboles, rendidos por el sueño y el cansancio. Algunos se durmieron en cuanto apoyaron la cabeza en la tierra; otros miraban con ansiedad a los oficiales y sargentos, esperando el mísero rancho para fortalecer sus extenuados miembros y llevar algo a sus vacíos estómagos. Mas Canseco se marchó, acompañado de los tenientes, y los sargentos anunciaron que no había raciones. Aquellos infelices, sin alientos para protestar, tuvieron que resignarse a no comer. Unos procuraron engañar al hambre con el sueño; otros lloraban de rabia abatidos y exánimes, y algunos, muy pocos, tuvieron todavía ánimos para levantarse y recorrer las cercanías en busca de alimento. Entre éstos iba Manuelico. Después de andar de un lado para otro sin encontrar nada, y cuando volvía desesperanzado y triste al campamento, divisó al capitán y los dos tenientes que estaban almorzando a la sombra de un árbol corpulento.

Los tres comensales parecían alegres y satisfechos. En medio tenían una gran paella, y de mano en mano

circulaba una bota de vino, que era saludada con risas estrepitosas. La boca se llenaba de agua al hambriento baturro, que, oculto en el matorral, contemplaba aquel arroz dorado y riquísimo, aquellas tajadas de carne grandes y tostadicas, aquel chorro de tintillo que salía de la bota y caía como rocío del cielo en la lengua de los oficiales. Pensó permanecer allí hasta que se marchasen para recoger las migajas y los huesos del suelo; pero se cansó de esperar, y se acercó saludando militarmente.

—¿Qué haces tu por aquí, imbécil?—le preguntó el capitán, contrariado por la inoportuna visita.

—¡Mi capitán!—contestó el baturro con firmeza.—Busco el pan nuestro de cada día.

—¡Toma, y lárgate de aquí!—dijo Canseco, arrojando un pedazo de pan que cayó a los pies del soldado.

Éste se quedó mirando al capitán, y en sus ojos brilló un relámpago de ira. Después fijó la vista en aquel mendrugo que le daban como se da a los perros, y permaneció un momento indeciso. Si se tratara de él, de él solo, se dejaría morir de hambre antes de inclinarse a recogerlo; pero se trataba de su desafortunado amigo, débil y enfermo, y aquello podía fortalecerle, devolverle la vida. Y lo cogió.

Entonces por la primera vez maldijo de la guerra; entonces se acordó, con más amargura que nunca, de su pueblo, de su madre, de su casa; pobre, es verdad, pero a lo menos en ella había pan y cariño, sabroso el primero porque se ganaba honradamente, y dulce el segundo porque alienta en los trabajos y

mata todas las penas. Pero allí ¡rediez! allí no había más que muchas fatigas y muchos peligros; y como recompensa e todo, hambre y desprecio; que era peor que el hambre y peor que todas las demás desventuras. Y volvió hacia el campamento con los ojos arrasados en lágrimas. Dos de éstas rodaron por sus mejillas, y fueron a empaparse en el pedazo de pan que llevaba en las manos.

Cuando se reunió con los suyos, encontró a Mariano profundamente dormido. Le despertó y le dió el trozo de pan. Él lo cogió con las dos manos, y empezó a devorarlo con ansia. El baturro le miraba, le miraba con inmensa tristeza; y guardaba silencio. Mariano se detuvo en su tarea como sobrecogido por un terrible pensamiento, y preguntó, clavando los ojos en su amigo.

—¿Y tú?

—¿Yo?... ¡Yo no tengo hambre!—contestó Manuelico fingiendo una sonrisa.

Contra esta heroica mentira protestaba su estómago; pero se resignó a sufrir, persuadido de que aquel pedazo de pan satisfacía una necesidad más apremiante que la suya.

Después de dos horas de descanso, aquellos esqueletos cubiertos de piel empezaron de nuevo a caminar bajo un calor asfixiante. Se unieron pronto a la columna que les esperaba, y se encontraron al pie de un cerro, en cuya cumbre acampaba una gruesa partida de insurrectos, guarecida en buenas defensas. Desde que recibieron orden de atacar nadie sintió hambre y cansancio, nadie se acordó de que no ha-

bía comido. Trepaban los intrépidos soldados por la pendiente, corrían de un matorral a otro, siempre subiendo, sin temor a las balas que sembraban la muerte en las filas. Próximos a la cumbre, las tropas se desplegaron trazando un movimiento envolvente. Estaban perdidos los insurrectos. Encerrados en un círculo que no podían romper, cortada su línea de retirada, hacían el último esfuerzo por conservar sus defensas. Cada vez más estrecho el círculo formado a su alrededor, ya sólo les quedaba el recurso de rendirse o vender caras sus vidas.

En esto se oyó el toque de retirada en el campo español. Nadie daba crédito a sus oídos. ¡Orden de retirarse cuando el triunfo era seguro, cuando el enemigo estaba acorralado y vencido! . . . ¡Si sería una equivocación!

—¿Y eso qué quíe icir, mi tiniente?—preguntó Manuelico estupefacto.

—Quiere decir—contestó el teniente con pena— que nos retiremos.

—¿Retirarnos? ¿Retirarnos ahora que son nuestros? . . .

El teniente hizo un movimiento de hombros que quería significar:

—¿Y a mí qué me cuentas?

La retirada se efectuó, a pesar de las sordas protestas de los soldados, de aquellos pobres soldados, que ninguna recompensa obtenían por sus victorias. ¿Por qué se ordenó aquella retirada? Nadie lo ha sabido nunca. Lo cierto es que se hizo; que en el campo de los insurrectos resonaron voces de triunfo, y las

tropas fugitivas continuaron sufriendo el fuego del enemigo.

Al descender de la cumbre, Mariano sintió una especie de latigazo en una pierna. Se llevó la mano al lugar en que había recibido el golpe, y la retiró bañada en sangre. Manuelico, sin pronunciar una palabra, ató un pañuelo a la pierna de su amigo, y al terminar su operación vió pasar de un árbol a otro una figura humana, una sombra más bien, que se desvaneció al poco tiempo.

—¡Rediez, el Destino!—exclamó con terror.

Y cargado con el herido, se alejó de aquellos lugares.

Poco tiempo después de esta acción, Manuelico y Mariano fueron de guarnición a Santiago: el primero al cuartel, y el segundo al hospital. Allí se unieron a su simpático protector el teniente Castro.

El capitán Canseco ascendió a comandante y se embarcó para la Península. Los soldados nunca supieron porqué ascendió, ni porqué salió de Cuba. Los jefes y oficiales, que estaban en el secreto de ciertas influencias de acá y de allá, consideraron lo uno y lo otro como la cosa más natural del mundo.

Jamás se había conocido en Santiago de Cuba entusiasmo igual al de aquel día. Se supo que España había aceptado el reto de los Estados Unidos; y los soldados, ansiosos de vengar los ultrajes inferidos al Ejército y a la Patria, recibían aquella grata nueva con demostraciones de alborozado rogowijo. Los que deseaban que aquello terminase pronto; los que sentían en su espíritu la nostalgia del combate, los que se creían con alientos para resucitar las glorias de otros siglos, todos, hastiados con el oficio ingrato de cazadores de insurrectos en la Manigua, querían la guerra con los Estados Unidos, todos, todos deseaban medir sus fuerzas con un rival poderoso, tener enfrente un enemigo serio, emplear su valor y derrochar su heroísmo en defensa de la bandera que habían jurado.

Cuando la fausta noticia llegó a Santiago, Mariano se hallaba todavía en el hospital, y a su lado estaba Manuelico animándole y proporcionándole consuelos con su graciosa y sempiterna charla. Pepe de Castro, que visitaba casi diariamente al hijo de su portera, fué también aquel día; y después de preguntar por la salud de su protegido, con una emoción que no podía ocultar, dijo a los dos amigos:

—¿Sabéis una noticia?

—¿Cuála, mi teniente?—preguntó el baturro clavando los ojos en el artillero.

—Que tenemos guerra con los yanquis.

—¿De veras?—exclamaron a la vez los dos, Manuelico dando un salto, y Mariano incorporándose en la cama.

—¡Y tan de veras!—continuó el teniente.—Ya se ha recibido parte oficial; España está que arde; el embajador de los Estados Unidos ha salido pitando de Madrid...

—¡Rediez!... ¡Viva España! ¡Mueran los yanqueses!...—gritó Manuelico ebrio de gozo, tirando el sombrero al alto.

A esos gritos acudieron los enfermos que estaban levantados y algunas hermanas de la Caridad, ávidos todos de noticias, rodeando al artillero.

—¡Chicos!—continuó el baturro entusiasmado sin dejar hablar a nadie.—¡Guerra con los yanqueses!... ¡Abajo los yanqueses! ¡Viva la Pilarica y viva España!

Y como si todos los habitantes de Santiago se hubiesen reunido frente al hospital para contestar al baturro, miles de voces repitieron:

—¡Viva España! Viva el Rey! ¡Mueran los yanquis!...

Algunos enfermos tiraron la ropa y se levantaron, otros se incorporaban en la cama, hasta los agonizantes hacían un esfuerzo supremo por levantar la cabeza y dar un viva a su Patria. Acudieron muchos convalecientes de los salones inmediatos. Las hermanas incapaces de sujetar en el lecho a sus enfermos,

ellas mismas estaban contagiadas con el entusiasmo febril que devolvía la vida, como por encanto, a aquellos seres casi moribundos, con el loco entusiasmo que inundaba de alegría y de luz aquellos espectros de la muerte, aquellos rostros sombríos y macilentos que parecían escapados del sepulcro.

A este alboroto siguió repentinamente el más profundo silencio. Acababa de entrar en la sala, grave y sonriente a la vez, un militar de rostro enjuto y mirada penetrante, un anciano a quien todos adoraban, un padre que amaba como hijos a los soldados y sabía compartir con ellos las penalidades de la guerra: era el general Vara de Rey. Los que se habían levantado saludaron militarmente. El general tendió una mirada rápida por el salón, y a sus labios asomó una sonrisa al ver la grotesca figura de algunos de los enfermos que, en ropa blanca y de pie al lado de sus lechos, le dirigían el saludo militar con la mano derecha levantada.

—Vaya muchachos—les dijo con paternal dulzura;—ahora tenemos que combatir contra un nuevo enemigo, y es necesario que, cuando se presente, todos estéis dispuestos a defender la bandera gloriosa de la Patria.

—¡Hasta la muerte mi general!—contestaron a una.

—Ese es nuestro deber. ¡Hasta la muerte!

—¡Mi general!—agregó el baturro acercándose.—Cuando venga los yanqueses, yo en primera fila, porque a mí no me puen ellos matar.

—¿No? ¿Por qué?

Y le contó con la mayor ingenuidad lo que le había dicho en Zaragoza la Pilarica y lo que le pasó cuando cayó en poder de los insurrectos. ¡Rediez! ¿Cómo se hibiá él escapao de aquella si no es por la Pilarica?

El bravo general salió de allí hondamente impresionado e íntimamente persuadido de que con soldados de aquel temple era segura la victoria.

—¡Oh, si todos los jefes—decía para sí—tuvieran la sangre y la bravura de estos pobres soldados!...

Poco después salía del hospital el teniente Castro, acompañado de Manuelico. El baturro no cabía en sí de gozo. Al fin se realizaban sus aspiraciones de soldado. Iba a ver la guerra tal como él la había concebido siempre: dos ejércitos grandes, muy grandes, uno enfrente de otro, con sus jefes a la cabeza, sus cañones, su caballería y sus bandas de música; dos ejércitos enemigos colocados en orden de batalla, con todo el aparato y todo el estruendo de los grandes combates. El éxito... ¿Quién pensaba en el éxito? Acostumbrado a vencer siempre a los insurrectos, jamás le cupo en la cabeza al cándido aragonés la idea ni aun la posibilidad de ser vencido por nadie, mucho menos por aquellos yanqueses, como él los llamaba, a quienes sólo conocía por las caricaturas que los presentaban bajo la grotesca figura de gordísimos cerdos.

—¡Mi tiniente—exclamó en cuanto pusieron los pies en la calle,—tocino tendremos pa rato con los cerdicos qu' himos de matar!

—¿Y si nos vencen ellos?—preguntó el artillero sonriéndose.

—¿Quién? ¿Ellos? ¿Ellos a nosotros?...—exclamó el baturro deteniéndose delante de Castro, apretando los puños y tomando una actitud de desaffo.

—No hay que ilusionarse demasiado, Manuelico. Nosotros seremos más valientes, mejores soldados; pero ellos pueden poner aquí los hombres que quieren, están más cerca que España de la Isla, bombardearán los puertos con su escuadra...

—¿Y la nuestra?

—¡La nuestra, la nuestra!...

El teniente hizo una breve pausa, y continuó como hablando consigo mismo:

—¡Ah, yo no sé en qué han pensado! Nuestra escuadra debía estar aquí hace tiempo. Son cuatro malos buques, que perecerán antes de llegar a Cuba... La mayor parte de los puertos sin defensa, el ejército sin víveres y con pocas municiones, fuera una poderosa escuadra, dentro los insurrectos... Preveo algo triste para nosotros, Manuelico. Tú te entusiasmas creyendo que vas a ver los dos ejércitos frente a frente. ¡Ah! Si así fuera, nada tendríamos que temer. Pero la guerra, desde hoy, será acaso más cruel, más desesperante que hasta ahora. ¿Sabes por qué? Porque nuestra escuadra no podrá ayudarnos, y los yanquis nos bloquearán y no dejarán entrar a un solo buque con víveres, y poco a poco iremos muriendo de hambre. Y cuando los que vivan no tengan otro remedio que rendirse, se entregarán como un rebaño de corderos por un

pedazo de pan, tal vez sin haber disparado un tiro.

Calló el teniente, y Manuelico se quedó mirándole con los ojos muy abiertos, como quien duda de lo que está escuchando, como el niño que oye relatar cuentos de aparecidos. Nunca se le hubieran ocurrido a él ideas tan extrañas, cosas tan tremendas, y no supo qué contestar.

—No lo dudes; Manuelico—continuó el artillero.— Si a los yanquis les da la gana de atacar a Santiago de Cuba, estamos perdidos. Las defensas del puerto no bastan ni para impedir la entrada de un buque mercante. Los cuatro o cinco mil hombres de la guarnición, la mitad de ellos enfermos o convalecientes, nada podremos contra un ejército americano regular. Auxilios no podrán mandarnos, ni por mar ni por tierra, porque los más necesarios, que son los víveres, no los hay, y aunque los hubiera, no llegarían nunca hasta nosotros por la falta de vías de comunicación, y porque los insurrectos y los yanquis unidos lo impedirían. No nos quedaría otro recurso que rendirnos o morir de hambre.

—¡Rendirnos nunca, mi teniente!—exclamó el baturro.

—Entonces morirnos de hambre. Para el caso es lo mismo.

—¡Tampoco, mi teniente!

—¿Piensas vivir sin alimentos?

—Pienso ir a buscarlos si se acaban.

—¿Y adónde, amigo?

—Rediez! ¡Al campamento de los yanqueses!

Ahora fue Castro quien se paró admirado ante

aquel pobre baturro que, inconscientemente y de un modo tan espontáneo, repetía una de las frases más hermosas de los fastos militares. El artillero apoyó una mano sobre la cabeza del aragonés y le dijo sonriendo.

—Manuelico, si de mí dependiera, hoy te entregaba el mando de las tropas. Tal vez lo hicieras mejor que muchos de nuestros generales.

—¡Puá que sí, mi teniente!—contestó él con orgullo.

Llegaron a la plaza de Armas, ocupada por una inmensa muchedumbre que comentaba las últimas noticias sobre la declaración de la guerra. Aun los más pesimistas se contagiaron con aquel entusiasmo que se desbordaba de todos los pechos. Los soldados y la clase popular adicta a España no permitían que se hablase siquiera de la posibilidad de una derrota. Los jefes, aunque comprendiesen mejor la realidad y en su interior dudasen del éxito de la guerra, se veían precisados a sostener el espíritu de las tropas, hablando de triunfos en que no creían.

Castro y Manuelico atravesaron la plaza, abriéndose paso por entre la multitud. Al proximarse a la Casa del Gobierno, el baturro vió un extraño personaje que le hizo estremecer. Parecía una sombra humana proyectada en la pared, un esqueleto vestido de tosco sayal, sucio y desgarrado, que le cubría hasta las rodillas. Se apoyaba en un grueso bastón; no tenía un pelo en la cabeza, ni una barba en el rostro, ni un diente en la boca; sus ojos pequeñísimos brillaban, su nariz aguileña cubría la hundida boca formando

un arco hasta casi tocar con la barba puntiaguda. Unas manos descarnadas, una cara de color de tierra y unas piernas desnudas de ropa y de carne completaban su persona. ¿Era realmente un hombre o una aparición? ¿De dónde procedía? ¿Dónde habitaba? ¿Cuál era su nombre? Nadie lo sabía. Según la opinión de la gente del pueblo, sólo se dejaba ver cuando amenazaba alguna desventura, en tiempo de grandes calamidades. Su presencia era de tan mal agüero como el cielo de color de sangre o la cola luminosa de un cometa en el firmamento. Vivía en la ciudad y en los bosques, se cobijaba en un rincón de la calle o en una cueva, mataba con su contacto y hasta con su mirada, aparecía y desaparecía como una visión, estaba a la vez en diversos puntos... Le habían visto en Cuba, durante la guerra de los diez años, con el mismo sayal, con el mismo bastón, con la misma cara. Había vuelto a presentarse en la Isla desde el principio de la insurrección. Un veterano de la última guerra civil aseguraba que también se le había visto en el Norte, cruzando los valles y discutiendo por las crestas de las montañas. No se le podía hacer daño con ninguna clase de armas; había que huir de él; donde ponía su mano allí caía la maldición. . . ¿Quién era? No tenía nombre, ni patria, ni sexo; era algo sobrenatural, algo misterioso y terrible, pero no se sabía qué.

En cuanto Manuelico le percibió, se quedó mirándole fijamente, lívido, desencajado; y volviéndose al artillero, le dijo en voz baja:

—¿Le ve usted, le ve usted?



—¿A quién?

—¡Rediez! ¡A ésel

—¿Quién es ése?

—¡Otral ¿No le conoce usted? ¡El Destino! . . . ¡Pa atrás, pa atrás, mi tenientel. . .

Y cogiendo de un brazo al artillero, le instaba a retroceder y tomar otra calle.

—¿Por qué hemos de volver atrás?—dijo severamente Castro.

—¡Rediez! ¡Porque está ahí el Destino! . . . ¡Así le llaman, mi teniente!

—¿Y qué es eso?

—¡Otral ¿No sabe usted? . . . En los días de disgracia se aparece. . . No es hombre, ni mujer, ni ná de lo conocido. Es una fantasma. . . pior que una fantasma, mi tiniente, pior que el enemigo. . . Icen que es la masonería.

—¡Qué disparatel—exclamó Castro, riéndose con ganas.—¡Si la masonería se compone de hombres como tú y como yo! Es una sociedad. . .

—¡Será un hijo de la masonería, mi tenientel. . . L'hi visto yo cuando hirieron a Marianico; l'hi visto aparecer y desaparecer como si fuá un alma del otro mundo. . .; y ahora. . . mialé, mialé usted ahí porque nos han declarao la guerra los yanqueses. Eso es señal de disgracia. . . Mi tiniente, puá que tuviá usted razón. Puá que esos cerdicos nos maten a todos.

—¡Bien, hombre! ¿Con que hace poco te sentías con valor para comerte a los yanquis, y ahora resulta que tienes miedo a un viejo que no puede moverse?

—A los yanqueses sí, mi teniente; pero a *eso*. . . ¿a eso quién no lo tié miedo?

—Déjate de supersticiones y tonterías, y vamos adelante.

—¡Mi tinientel ¡Manuelico no pasa por ahí mas que le afusilen?

Castro siguió su camino, y el baturro tomó otra calle. Los dos llegaron al cuartel casi al mismo tiempo.

*
* *

Desde entonces hasta fines de Mayo, los artilleros, ingenieros, zapadores y soldados de todos los cuerpos trabajaron como titanes en mejorar las condiciones de defensa con los escasísimos recursos de que podían disponer. Se sacaron del parque los pocos y débiles cañones que quedaban; se desembarcaron del *Reina Mercedes*, crucero inservible fondeado en la bahía, cuatro piezas *Hontoria*, otras tantas de tiro rápido y una ametralladora; se abrieron zanjas-trincheras en las alturas del recinto de la plaza; se colocaron torpedos en el canal y se tendió una línea telegráfica de 15 kilómetros a través de la Manigua. Entretanto, los artilleros se afanaban en la construcción de tres baterías, teniendo que hacer penosísimos esfuerzos para subir a una altura de 40 y hasta 60 metros piezas tan pesadas como los obuses, sin aparatos adecuados ni medios de transporte.

¡Con cuánta fe, con qué entusiasmo trabajó Manuelico en aquellas trincheras que más tarde habían de servir de sepulcro a tantos valientes, y en el

arrastre y colocación de aquellas piezas, que él miraba con cariño y tocaba con respeto, porque en ellas veía el triunfo de España y la derrota del enemigo. Oficiales y soldados rivalizaban en la obra de fortificación: éstos, ilusionados con la idea de echar a pique el primer acorazado que intentase forzar la entrada; aquéllos, convencidos de que tanta fatiga había de resultar estéril ante la poderosa escuadra americana.

El 18 de Mayo estaba montado un cañón en el Morro, provisionalmente y sobre cureña de madera. Aquel día aparecieron los primeros buques enemigos delante de la plaza. Tal era el deseo que los artilleros tenían de oír un cañonazo, tal el ansia de los soldados por trabar combate, que se rompió el fuego antes de hallarse a tiro los barcos yanquis. El primer ensayo se hizo con fortuna: un disparo del cañón del Morro tocó en la proa de un buque, y el enemigo tuvo que retirarse.

Al día siguiente llegó a su colmo el júbilo de los habitantes de Santiago. Se aproximaban al puerto cuatro buques grandes y dos pequeños, y la población entera acudió a saludarlos. Era la escuadra de Cervera, la triste escuadra, que iba al sacrificio más estéril y más trágico que se conoce en la historia; la averiada escuadra que, después de una navegación penosa, después de muchos sobresaltos y mortales angustias, entraba al fin en la bahía, izada en sus topes la bandera de la patria. La multitud, que no veía ni quería ver en aquel acontecimiento el principio del desastre, sino el triunfo de la escuadra y poco me-

nos que la salvación de Cuba, prorrumpió en aplausos y vivas atronadores a España, y saludó con delirantes aclamaciones a los marinos.

Allí se hallaba Manuelico, ebrio de gozo y entusiasmo; allí estaba también Mariano, dado de alta en el hospital, seco y pálido como un difunto.

—¡Viva España! ¡Viva la Pilarica!—gritaba el baturo con todas las energías de su alma, con toda la fuerza de sus pulmones.

Y arrojó el sombrero al alto con tan mala suerte, que una ráfaga de aire le inclinó hacia la bahía y flotó sobre las aguas. Se quedó un instante mirándole, y dijo, encogiéndose de hombros:

—¡Bueno, un buque más!

* * *

Poco después fueron desembarcando los marinos. Ya podían respirar libremente, recibir plácemes y escuchar aclamaciones; pero estaban muy lejos de participar del entusiasmo de la muchedumbre. En el semblante de todos se veía no sé qué sello de tristeza y de terror; algo así como el espanto que se refleja en la mirada del que acaba de salir de un gran peligro; algo como el presentimiento de una muerte cierta e inmediata. Obligados se lanzaron al mar bajo la íntima persuasión de que iban a la muerte, y llegaron a Cuba admirados de vivir todavía.

«¡Id al combate!» les había dicho una voz desde Madrid, aquella misma voz que, cuando pidieron

recursos para pelear, les contestó que no hacían falta recursos, porque no habría guerra. Y ellos, persuadidos de su inmensa inferioridad enfrente del enemigo, y seguros del desastre, expusieron lealmente el estado lamentable de sus buques, y demostraron que era un desatino dirigirse a Cuba sin medios para luchar. Pero el ministro de Marina, empujado por la prensa, y la prensa, empujada a su vez por una opinión insensata que ella misma había formado, y todo movido por un destino fatal, hizo que la desatentada orden llegase por segunda vez a Cabo Verde: «¡Id al combate!» Se resistieron todavía, no ante la idea del sacrificio, sino porque el sacrificio que se les exigía había de ser la causa principal de la derrota y la ruina de la Patria. Se quejaron amargamente de haber manifestado a tiempo la falta absoluta de recursos para combatir, y no se les había escuchado. Se quejaron de haber pedido cañones y municiones que no se les había concedido; y ahora se les lanzaba a una lucha imposible, atados de pies y manos ante unas fuerzas infinitamente superiores, sólo por ahogar los gritos de una opinión imbécil, sólo por escuchar las mentiras de una prensa venal e ignorante, sólo por el gusto de ver hundida aquella risible escuadra en los abismos del mar... «¡Id al combate!» repitió por última vez la fatídica voz del destino. Y el pueblo en sus conversaciones, y la prensa en sus columnas, atribuyeron aquella resistencia a algo que no se fundaba en motivos patrióticos; y entre las líneas de algunos diarios, y a través de acerbas censuras, se leía el mayor insulto, la

palabra más deshonrosa para el uniforme militar: «¡Cobardes!» Y los bravos marinos de Cabo Verde, aunque convencidos de que no era el bien de la Patria, sino otro interés menos noble quien pedía el sacrificio expiatorio de sus vidas y la destrucción de su escuadra, exclamaron a una voz, con rabia y con despecho: «Puesto que el destino nos manda morir, vamos a la muerte.» Y la pobre escuadra comenzó su triste peregrinación a través de los mares.

No, no eran aquellos marinos los guerreros que, con fe en sus propias fuerzas, se lanzan al combate a vencer o morir: eran inofensivos corderos, metidos en una jaula de leones, que se resignaban a dejarse matar. La persuasión de su inmensa inferioridad les aplastaba, y como una losa de plomo pesaba sobre sus conciencias el convencimiento de que aquel viaje hacia la muerte tenía un carácter expiatorio. Sí, era la expiación de grandes pecados nacionales, la expiación de los errores y las torpezas y prevaricaciones de un siglo pasado en motines, pronunciamientos y luchas de partido; era la expiación de malversaciones y abandonos criminales, que dejaron a España sin Marina, e hicieron que en la hora del peligro se encontrase con un simulacro de escuadra, con medios de defensa irrisorios. Aquellos barcos sin cañones útiles, sin municiones y casi sin carbón para sus máquinas, iban sólo a servir de blanco a las balas enemigas; aquellos marinos, sin fe en sus propios recursos y sin esperanza alguna de vencer, cumplían la ley terrible de la expiación. Si son inocentes tanto

mejor: siempre ha valido más la sangre del inocente que la sangre del malvado. Por eso surcan las aguas con la serena majestad de un rey que sube al cadalso; por eso llevan el desaliento en el alma y una forzada resignación impresa en el semblante.

Apenas desembarcaron, les rodeó la multitud, ansiosa de noticias acerca de la ruta que habían seguido y los planes que llevaban. El teniente Castro vió a un oficial del *Vizcaya*, a quien conocía desde muy joven y le tendió los brazos diciéndole:

—¡Bien por los valientes! ¡Habéis conseguido un triunfo inmenso!

—¡Un triunfo inmenso!—repitió tristemente el oficial.—¡Muy pronto lo has dicho, amigo Castro! El haber llegado hasta aquí, más que a nosotros se debe a los yanquis, que no se hallan a gran altura en estrategia naval, cuando no nos han visto siquiera. ¡Esto es un desastre. . . un desastre completo!

Después, como se acercasen Mariano, el baturro y otros para escuchar lo que decía el oficial, agregó cambiando de tono:

—Nuestro deseo era tropezar con los yanquis para romperles las narices. ¡Ya verán quiénes son los marinos españoles!

—¿Y qué idea os ha traído a Santiago? Porque no habéis ido a la Habana?—preguntó el artillero.

—No lo sé, chico. El destino nos ha traído aquí, como podía habernos llevado a otra parte. ¡Todo es obra del destino!

—¡Rediez!—exclamó aterrizado el baturro.—
¿También ustedes han visto al Destino en el mar?

Castro se rió de la ocurrencia y explicó al marino el significado de aquella pregunta.

Los dos se dirigieron solos a la ciudad, y el oficial del *Vizcaya* continuó su interrumpida conversación:

—Pues sí, Castro, sí; esto es un desastre. Cuanto ha dicho la prensa de nuestros buques, de su velocidad, de su potencia ofensiva y defensiva no es más que una fábula, una mentira que nos costará muy cara. Créeme, Castro, esta pobre flota no ha venido a cumplir una misión naval, sino una misión de otro orden muy distinto. El clamor de un pueblo, engañado por los periódicos, ha ejercido una presión avasalladora sobre el Gobierno; y el Gobierno, que o no puede o no quiere oponerse al clamoreo popular, nos ha lanzado a las costas de Cuba con la conciencia (no es posible dudarlo) de que nos mandaba al exterminio. «Lo exige la salvación de la Patria», se nos ha dicho; y no es la salvación de la Patria, sino otros intereses más egoistas y secundarios los que lo exigen.

—Veo que te has vuelto demasiado pesimista— interrumpió Castro.

—No, no es el pesimismo lo que me hace hablar así. Desgraciadamente se funda lo que digo en una triste realidad, en la carencia absoluta de elementos para ponernos enfrente de un enemigo cien veces superior a nosotros en fuerzas marítimas. Si quieres que te lo demuestre, escucha un momento. El *Pelayo* el *Alfonso XIII*, el *Numancia* y otros están reparando sus eternas averías. ¡Inservibles de todo puntol El *Carlos V* sin artillar, que es como si no existiera.

Los famosos torpederos tuvieron que regresar de Cabo Verde a Canarias. ¡Fuera de servicio! Y esta pobre escuadra... (te ruego que no digas una palabra a nadie) esta escuadra será el ludibrio de las naciones el día en que se haga patente el estado lastimoso en que se encuentra; tan lastimoso, que todos los barcos juntos no pueden ponerse delante de un solo acorazado yanqui. ¡Si vieras cómo están!... Mi *Viscaya* casi no anda. ¡Cómo ha de ardar si hace más de diez meses que no limpia fondos y otros tantos que no cesa de hacer viajes! Sus cañones, lo mismo que los del *Oquendo*, se hallan completamente inservibles. Al *Colón* le falta la batería principal. A los *destroyers* se les cierra la proa en cuanto se ponen en marcha... Se han pedido una y otra vez los cañones del *Colón* y no ha habido medio de conseguirlos... Se pidieron los de desecho si no había otros, pues ni esos nos han mandado siquiera... ¿Y querrás creer que hasta carecemos de municiones útiles para sostener un combate serio?... Nuestro plan, en vista del lamentable estado de los buques, era permanecer a la defensiva en los puertos de España o Canarias. ¡Pero venir a Cuba! Cuando recibimos esta orden desatinada, no puedes figurarte el estupor que se pintó en el semblante de todos. El Almirante nos arengó sin ocultar los peligros de la loca aventura que íbamos a correr. Muchos hicieron testamento; la mayor parte nos preparamos para la muerte confesando y comulgando. Y, puestos en los brazos de la Providencia, emprendimos nuestra triste peregrinación por los mares, retrasados por el *Viscaya*,

que se negaba a andar, reparando constantemente averías, teniendo que remolcar a los *destroyers*, mendigando un poco de carbón, primero en Martinica, donde en lugar de carbón nos dieron la tremenda noticia del desastre de Cavite; después en Curaçao... ¡Horrible, Castro, horrible!

«Cuando esta pobre escuadra—continuó el marino después de breve silencio—desaparezca de la superficie del mar, porque desaparecerá sin remedio, ya sabes si son los marinos o quiénes son los culpables. El gobierno nos ha negado cuantos recursos se le han pedido. Él es quien nos lanza a una muerte segura e inútil; nosotros no hemos hecho más que obedecer. Esta obediencia nos costará la vida; pero salvaremos nuestro honor. ¡No se comprende tanto desbarajuste, tanta imprevisión! Sabiendo que carecíamos de elementos de combate ¿por qué se acepta una guerra inconcebible en que hemos de perder hombres, dinero, territorio, honra y vergüenza? Y si se pensaba aceptar la guerra, ¿por qué no se prepara con tiempo los medios necesarios, cuesten lo que cuesten? ¡Pero decir que ni aun se han puesto en condiciones los escasos recursos con que contábamos!... ¡Esto es desesperante, Castro, desesperante!...

«No creas que es mío este modo de ver las cosas. Piensan lo mismo todos, absolutamente todos los tripulantes de la escuadra. Todos saben que vamos a la muerte, todos saben que somos impotentes para luchar y hasta para huir. «Con la conciencia tranquila voy al sacrificio», decía el almirante Cervera

al ministro de Marina antes de salir de Cabo Verde. Y Villaamil, el valiente Villaamil, envió a Sagasta un telegrama, de que conservo copia. Voy a leértelo, para que veas la disposición de ánimo en que se encontraba su autor.

«*Madrid.—Práxedes Sagasta.—Descifrese por clave marina.—Ante trascendencia que tendrá para la Patria el destino dado a esta escuadra, creo conveniente conozca usted, por el amigo que no teme las censuras, que, si bien como militares están todos dispuestos a morir honrosamente cumpliendo sus deberes, creo indubitable que el sacrificio de este núcleo de fuerzas navales será tan seguro, como estéril y contraproducente para el término de la guerra, si no se toman en consideración las repetidas observaciones hechas por su almirante al ministro de Marina.—F. Villaamil*».

La escuadra española fué el cebo que trajo a la parte oriental todas las fuerzas navales de los Estados Unidos; y Santiago, con cinco o seis mil hombres de guarnición, flacos y enfermos, aislados del resto de las tropas, casi sin víveres y sin cañones, y sin esperanza de auxilio, iba a ser el teatro de la guerra.

* * *

La flota de Cervera se hallaba embotellada, según la gráfica expresión de Sampson. Sólo faltaba poner un tapón en la boca del canal, y el almirante americano encargó esta misión al *Merrimac*, que penetró

en la bahía al amanecer el 3 de Junio. Las explosiones de dos líneas de torpedos y la batería de Socapa, que lanzó contra el temerario buque cerca de ochocientos disparos, le hicieron naufragar, destrozado y sin gobierno, delante de Punta Gorda. Sampson no pudo poner el tapón a la botella, y los tripulantes del *Merrimac* cayeron prisioneros. Indudablemente se cuidaron más de salvar la vida que de poner el tapón, cuando ni uno solo fué muerto ni herido.

Todas las noches el terrible *Vesubius* se acercaba cautelosamente a la costa, y con sus cañones de aire comprimido disparaba proyectiles cargados de dinamita. Aquel barco era un misterio. Los artilleros le vigilaban desde las baterías, y jamás pudieron divisarle. Manuelico y otros soldados le esperaban cada noche, ocultos en la costa, y sólo le percibían al oír sus horribles detonaciones. Ni le veían venir, ni le veían marchar. ¿Andaría por debajo de las aguas? ¿Sería el Destino, convertido en máquina infernal de guerra?

Los cañoneos contra las débiles e improvisadas defensas eran incesantes. El más formidable fué el del 16 de Junio, dirigido contra la Socapa, cuya batería quedó reducida a escombros bajo un aluvión de acero.

Cuatro días más tarde aparecieron enfrente de Santiago más de sesenta buques enemigos. Empezaron a desembarcar las tropas americanas, protegidas desde el mar por su escuadra, que barría la costa, y desde tierra por los insurrectos, que se habían concentrado para coadyuvar a la operación. Destruí-

dos los fortines de madera, los pequeños destacamentos españoles tuvieron que replegarse. Aún intentaron una sorpresa para impedir el avance de los yanquis; pero los cubanos sirvieron a éstos de guía, y les evitaron una hecatombe. Ellos avanzaban lentamente; transportaban sus pesados cañones por terreno pantanoso y sin caminos, y seguían adelante con toda su impedimenta. Los nuestros, escasos en número, se replegaban, se replegaban siempre, obligados a concentrarse para defender el recinto de la plaza.

El 30 de Junio vieron elevarse un globo en el campamento enemigo. Era el prólogo de los sangrientos combates que se preparaban para el día siguiente.

III

Amaneció el memorable 1.º de Julio. El sol apareció sobre las aguas del mar, allá en los límites del horizonte, rojizo como la llama de una hoguera, majestuoso y radiante como la bandera que se erguía en las alturas del Caney. Allí se encontraban ya los setecientos hombres del regimiento de la Constitución, aquellos soldaditos flacos y macilentos que, reanimados con el ansia de luchar, hablaban del próximo combate sin pensar en las fuerzas enemigas, orgullosos de ver en sus manos la suerte de la guerra y el honor de España. Todos dirigieron más de una vez su vista con inmenso cariño a la bandera que iban a defender; todos tuvieron el mismo pensamiento al fijar los ojos en aquel símbolo santo de la Patria: «¡Mientras uno solo de nosotros quede con vida, no te arrancarán de ese lugar las manos del enemigo!...»

Allí estaban también Mariano y Manuelico, profundamente emocionado el primero, y lleno de ardor bélico el segundo, esperando la hora de medir sus fuerzas con el aborrecido ejército americano. Como si él fuera el jefe de aquel puñado de héroes, iba recorriendo los grupos, echando bravatas, alentando a su manera a todos y encendiendo el entusiasmo en

aquellos corazones henchidos de valor y ansiosos de luchar.

Notóse de pronto un movimiento en el campo. Hubo un instante de silencio, y resonaron después entusiastas aclamaciones, arrancadas por la presencia de un viejo militar a caballo que saludaba cariñoso y sonriente a las tropas. Era el venerable y querido general Vara de Rey. Corrieron hacia él algunos soldados y se agruparon en torno suyo.

—¡Viva nuestro general!—gritaba Manuelico, tocando el caballo que montaba el simpático jefe, y mirándole el rostro con los ojos arrasados en lágrimas.

El bondadoso militar recompensó al aragonés con una sonrisa.

—¡Mi general!—agregó el baturro.—Yo soy Manuelico... Póngame ande haiga más peligro, porque a mí no me puen matar ellos.

Sonaron las cornetas, y cada cual ocupó en las trincheras el lugar que le correspondía. No quedaba un soldado en la loma del Caney: la tierra se los había tragado en un instante. En lo más alto de la cumbre estaba el coronel del regimiento; a su derecha permanecía el general a caballo, y dirigía una mirada escrutadora y penetrante hacia un extremo del horizonte. Detrás se elevaba un fortín, sobre el cual ondeaba, más hermosa que nunca, la bandera; enfrente, oculto todavía, estaba el enemigo, el odiado enemigo, que levantaba el campo y se dirigía al Caney.

Mariano y el baturro se habían colocados juntos en la trinchera. A Manuelico le devoraba la impa-



ciencia, el ansia de percibir a los *yanqueses* para disparar su fusil. Al lado del baturro estaba el cabo Aguirre, un vizcaíno fornido, inmóvil como una roca. Sólo hablaba para imponer silencio a los soldados de su compañía, como si el enemigo pudiera oírles cuando se hallaba a algunos kilómetros de distancia.

Allá a lo lejos apareció una nubecilla de humo, y las granadas empezaron a estallar en los aires. Al primer estampido del cañón, salió Manuelico de la trinchera y se puso en pie, exclamando, loco de alegría:

—¡Rediez, ya están ahí!

—¡Eso no es buen soldado!—le dijo el cabo, cogiéndole de una pierna y obligándole a ocultarse de nuevo en la zanja.

Algunos minutos después, en la llanura que se extendía enfrente, empezaba a aparecer el ejército enemigo. Estaba aún muy lejos, casi no se le veía. En las trincheras del Caney se produjo un sordo murmullo al principio; luego siguió un silencio sepulcral; nadie se movía. Manuelico estaba inquieto, sentía poderosos impulsos de atacar, de lanzarse contra los cobardes yanqueses, de disparar siquiera su fusil. De cuando en cuando trataba de levantarse para ver las tropas enemigas; pero el implacable vizcaíno le sujetaba fuertemente por un brazo, diciéndole:

—¡Ordenes de estar quietos tenemos!

Los americanos avanzaban, avanzaban por la llanura. Ya se veían los batallones de su vanguardia en orden correcto, impenetrables, confiados, tan serenos como si se tratase de un ejercicio militar. En el campo español seguía el silencio; todavía no se había disparado un tiro. El general continuaba en lo más alto de la loma, fijos los ojos en las tropas enemigas. En otra parte estaba el coronel, rígido e inmóvil sobre su caballo. Los demás jefes y oficiales ocupaban sus puestos. Detrás, la bandera seguía desplegada coronando el fortín. Los yanquis avanzaban, avanzaban por la llanura. . .

Se dió al fin la suspirada orden. Sonaron con voz vibrante las cornetas, e instantáneamente aparecieron sobre las trincheras las cabezas de los soldados, y

las descargas se sucedieron simultáneas, secas y sin interrupción por espacio de algunos minutos.

Para los americanos fué aquello una sorpresa. Caían a centenares bajo la lluvia de balas que salía de las trincheras, como sale de su cráter la lava de un volcán. Se detuvieron, vacilaron, retrocedieron aturridos, empujándose unos a otros y cayendo revueltos en espantosa confusión. Los batallones de reserva apenas podían contener a los fugitivos; los jefes corrían de un lado a otro tratando de restablecer el orden; la llanura se cubrió pronto de heridos y cadáveres.

El momento era oportuno para tomar la ofensiva. Si se hubiera dado esta orden acaso el puñado de valientes que defendía el Caney habría llevado hasta el mar a los 6.000 yanquis que los atacaban.

Manuelico gritaba como un loco, creyendo terminado el combate, conseguida la victoria, aniquilado el enemigo. E instintivamente saltó de la trinchera exclamando:

—¡A ellos, a ellos! . . . ¡Viva España! . . .

Pero el inflexible vizcaíno le sujetó por un pie, y, arrastrándole hacia la zanja, le dijo:

—¡Obedeser, obedeser mejor será! . . .

Una hora tardó el enemigo en reanudar el combate. El escarmiento le hizo ser más cauto, y acudió a una nueva táctica. Convencido de que no podría jamás tomar de frente las posiciones españolas, a pesar de su enorme superioridad numérica y su potente artillería, empezó el ataque por el flanco.

Nadie pudo saber entonces cuántas eran las piezas

de tiro rápido que vomitaban fuego sobre aquella loma; nadie ha podido contar las bombas que cubrían toda la línea de los defensores del Caney. Las granadas reventaban con formidable estruendo sobre sus cabezas; la metralla zumbaba en los aires y oscurecía la atmósfera cruzándose en todas direcciones. Los débiles fortines quedaron destruídos en pocos momentos. . . Sobre sus ruínas flotaba todavía la bandera.

Dentro y fuera de las zanjas no había más que sangre empapada en la tierra, miembros humanos arrancados de los cuerpos, fusiles desprendidos de las manos, hombres aplastados y convertidos en una masa informe, heridos que se desangraban y sufrían en silencio dolores acerbísimos, y continuaban disparando el fusil mientras sus manos conservaban fuerzas para sostenerle, caras terrosas que se inclinaban al soplo de la muerte, moribundos tendidos en el suelo, que se despedían de la vida con el nombre de España o el de su madre en los labios, jóvenes destrozados por el casco de una granada, que cerraban los ojos a la luz exclamando con dolor: «¡No puedo más!» y caían para no volver a levantarse. . .

—¡Y no había medio de contener aquel diluvio de metralla! ¡Era imposible cerrar la boca de aquellas máquinas infernales que sembraban la muerte en las trincheras! ¡El máuser no alcanzaba a los artilleros enemigos, que disparaban sus cañones con impunidad completa! ¡Aquello no podía durar mucho tiempo!...

El general tenía clavados los ojos en el punto de

donde partían las terribles granadas. De cuando en cuando bajaba la vista, con la impotencia y el desaliento en el rostro, para fijarla en los suyos, en aquellos valientes soldados que, uno a uno, iban pereciendo.



—¡Oh, si tuviéramos un cañón, un cañón siquiera para contestar al enemigo!—exclamaba temblando de cólera.

Y dirigía una ansiosa mirada hacia el Poniente, repitiendo con angustia:

—¡Un cañón, un cañón!...

Pero el deseado cañón no llegaba, no se veía por

ninguna parte. ¡Era incomprendible el abandono en que dejaban a aquellos pocos hombres enfrente de la mitad del ejército americano! ¡Había que resignarse a morir!...

Pasaron todavía cuatro horas y no llegaba socorro alguno. El fuego de las baterías enemigas continuaba vivo y mortífero. Habían muerto o estaban fuera de combate las dos terceras partes de los heroicos defensores. Sobre la cumbre del Caney ya apenas se veía un solo jefe. La bandera española seguía flotando sobre las ruinas del fortín. Y el Caney no se rendía...

El general corría de una parte a otra a caballo, dando órdenes con voz ronca, la mirada enérgica, la espada siempre en alto... Vió morir a su hermano, el capitán Vara de Rey, destrozado por una granada. Hizo un esfuerzo para contener las lágrimas que se agolpaban a sus ojos; reprimió un gemido que se escapaba de su pecho, y se apartó de aquel lugar maldito.

La trinchera en que se hallaba Manuelico llegó a hacerse insostenible. El enemigo la había enfilado con sus fuegos, y sus defensores caían como segados por una cuchilla. Recibieron orden de abandonarla; pero el baturro no se enteró de aquella orden y siguió él solo defendiendo la zanja. Un grupo de soldados yanquis se hallaba ya a pocos metros de distancia. Manuelico saltó de la trinchera y les hizo frente, gritando:

—¡Viva España!...

Del grupo enemigo salió una voz que decía:

—¡No matéis a ese valiente!

El arriesgado vizcaíno corrió entonces hacia él y le trasladó a otra trinchera, diciéndole:

—¡Cabeza duro de aragonés tienes! ¡Obedecer mejor será!

Y le colocó al lado de Mariano, que esperaba sereno la muerte y no perdía un detalle de cuanto pasaba a su vista.

Embriagado con el olor de la pólvora y el estampido de las granadas, siguió el bravo baturro cargando y descargando su máuser con febril agitación, sin la menor idea del peligro, sin ver los que morían, sin percibir el ruido de las descargas, ni las voces de mando, ni los ayes de los heridos, ni el estruendo de aquella tempestad que se cernía sobre su cabeza y vomitaba acero y plomo sobre el campo.

Vino a sacarle de su aturdimiento una granada que estalló al borde de la trinchera, y la voz angustiosa del pobre cabo Aguirre, que cayó en tierra exclamando:

—*¡Ay nere Jaungoicoa, ill naue!* (¡Dios mío, me han matado!)

Manuelico profesaba entrañable afecto al bondadoso vizcaíno, y su desgracia le produjo dolorosísima impresión y rabia inesperada. Le levantó del suelo, le sostuvo en sus brazos y pronunció a su oído algunas palabras que querían ser cariñosas, y fueron una explosión de ira contra los asesinos de aquel hombre honrado y bueno. El cabo contestó con una mirada de última despedida, inclinó la cabeza sobre el pecho y murió.

Aquel triste suceso acabó de enardecer al baturro.

Ya no había quien le contuviera en sus locas tentativas, y volvió a saltar de la trinchera. En el momento en que apoyaba el fusil para disparar, sintió un tremendo golpe en la frente y un zumbido en la cabeza. Dejó caer el fusil, y dió dos pasos hacia atrás, se tambaleó un instante, y al fin pudo sostenerse. Llevó su mano a la frente y la separó teñida de sangre. Después miró al general, que se hallaba próximo, y le enseñó la mano diciendo con la candidez de un niño:

—Mi general, ¡sangre!...

Y luego, con loco furor, arrebató el fusil de las crispadas manos de un cadáver, y continuó haciendo fuego contra aquel enemigo traidor, que mataba a los valientes.

El heroico Vara de Rey apartó los ojos de aquella escena y los fijó, cargados de lágrimas, en el segundo de su familia y su apellido que sucumbía en defensa de la Patria: en el pobre Alfredo, que agonizaba revolviéndose en un charco de sangre. Todavía pudo sobreponerse a su dolor; todavía conservó alientos para dirigir su anteojo hacia la ciudad, suspirando con una voz de infinita tristeza:

—¡Nos abandonan! ¡Nos dejan solos!... ¡Un par de batallones más, y yo respondo del Caney!

Pero por el camino de la ciudad sólo se veían hombres que se alejaban del campo de batalla, heridos que conducían a otros heridos, muertos amontonados con otros muertos. Una bala atravesó en estos momentos la pierna derecha del general. Era la segunda que entraba en el cuerpo del denodado

jefe. Se fijó en el estribo para asegurarse de la resistencia de la pierna herida, y guardó silencio.

Manuelico había agotado sus minuciones, y mientras recogía las que sobraban a los muertos oyó un grito desgarrador, que le obligó a volver la cabeza. Su amigo Mariano levantaba los brazos y caía tendido en la zanja. El baturro dejó el fusil, saltó al fondo de la trinchera y sacó de ella a su amigo. Sin saber si estaba muerto o herido, le cargó sobre sus hombros, y al dar los primeros pasos, cayó a sus pies una granada que levantó un enorme bloque de tierra. Los dos rodaron por el suelo y quedaron casi enterrados entre las piedras y el polvo. No sucumbieron allí... porque la Pilarica puso su mano sobre aquella granada para que no estallase. Manuelico se levantó, exclamando con terror:

—¡Rediez!... ¡Ridiez!...

Y volviendo a cargar con el herido, huyó de aquel lugar de maldición.

En la cumbre del Caney quedaban todavía algunos valientes, acorralados por el enemigo y dispuestos a morir defendiendo el honor de la bandera. Entre ellos se destacaba la sublime figura del viejo general, montado en su caballo y con la vista siempre fija en aquellos cañones que mataban a sus soldados; la gran figura de aquel hombre venerable, que traspasaba todos los límites del heroísmo; la excelsa figura de aquel mártir de la Patria, que allí escribía con su sangre y la sangre de otros dos seres queridos de su familia la página más gloriosa de la guerra.

Quedaban unos cien hombres solamente; las municiones tocaban a su término; los auxilios esperados con ansia por algunas horas, no llegaban nunca. Y el enemigo avanzaba sin cesar en columnas numerosas, acercando sus cañones, cortando la retirada. . . Entonces fué cuando el bravo general, seguido de un grupo de oficiales y soldados, se colocó en la extrema vanguardia. Desde allí dirigió por última vez su anteojo hacia Santiago, y lo retiró, gimiendo con voz ronca, con la angustia y la desesperación retratadas en su semblante:

—¡Nos han abandonado! . . .

Cerró sus labios una lluvia de balas y cayó del caballo, agujereado su cuerpo, desnuda la cabeza, la espada en la mano. Colocado en una camilla, se ordenó la retirada de los pocos hombres que habían sobrevivido a la catástrofe. En aquella triste retirada perdieron la vida todos los camilleros que conducían al desgraciado jefe; acabaron de sucumbir los últimos restos de su cuartel general; y a él. . . a él, herido y agonizante, tampoco le perdonaron las balas enemigas.

—¡Hemos consumado el sacrificio!—dijo con voz doliente.

Y, llevando a sus moribundos labios la empuñadura de su espada, exhaló el último aliento.

Eran las tres de la tarde. En la cumbre del Caney quedaba abandonada y sola la bandera. Su paño, agujereado y roto, no flotaba en los aires: se había abrazado al asta como se abraza el náufrago al madero que flota sobre el mar. Una granada chocó

contra el palo, crujió tristemente como un gemido, y cayó al suelo. . .

El Caney ya no pertenecía a España.

* * *

Al mismo tiempo que las tropas de Lawton atacaban el Caney, otra división de 6.000 hombres rompía el fuego contra las defensas de San Juan. Dos solas compañías, una de Talavera y otra de Puerto Rico, más una sección de artillería con dos piezas Krupp, eran todos los elementos que España oponía al empuje del ejército americano.

Pepe de Castro se hallaba allí, al pie de su cañón, de aquel cañón que amaba como se ama al compañero que comparte con nosotros los trabajos y los peligros de la vida. El día anterior le había limpiado él mismo con exquisito esmero, con cariño paternal; y satisfecho de su obra, le contemplaba lleno de orgullo, y le decía como si pudiera entenderle:

—¡Oh, mi querido cañón! ¡A ver cómo te portas mañana! No caerás en las manos de los yanquis, yo te lo aseguro. Juntos hemos de triunfar, o juntos moriremos.

Y le dió un apretadísimo abrazo.

En cuanto empezó el combate se vió con una serenidad de ánimo de que no se creía capaz en momentos tan solemnes. Dirigía las maniobras de carga y puntería con la misma tranquilidad que si tirase al blanco. Su cañón cumplía como bueno, cada disparo abría brecha en las líneas enemigas.

En el campo de los yanquis reinaba la confusión. Una granada había barrido a todos los sirvientes de una de sus mejores piezas. Reemplazados por otros, fueron barridos igualmente por una segunda granada. ¿De dónde venían aquellas bombas infernales? No lo sabían, no era posible verlas hasta que reventaban a sus pies. Los artilleros americanos eran diezmados horriblemente. Los jefes se volvían locos, escudriñando el campo español, sin poder divisar el sitio de la formidable batería. Los oficiales se cansaron de dar a sus piezas las direcciones posibles, y todo fué inútil. Las granadas enemigas continuaban destrozándolos, sin dejar rastro alguno en el trayecto que recorrían. Parecían lanzadas desde las nubes, o arrojadas por una mano invisible desde las profundidades de la tierra.

Elevaron un globo para ver la posición que ocupaba la terrible batería española, y el globo cayó acribillado a balazos por los defensores de San Juan... ¡Qué vergüenza! ¡unos pocos hombres, con dos miserables piezas de artillería, haciendo morder el polvo a la mitad del ejército americano con sus magníficos cañones de campaña! ¡Era necesario salir de aquella inacción ignominiosa, ejecutar un movimiento envolvente y arrollar al enemigo!...

En cuanto se posesionaron del río, los jefes lanzaron sus tropas al asalto. Sucumbirían muchos, pero esto no les preocupaba: las bajas eran cubiertas inmediatamente; donde uno moría se colocaba otro, y el resultado era siempre el mismo. ¿Qué importaban algunos centenares de hombres más o

menos? En cambio, los tristes defensores de San Juan estaban solos, aislados, nadie iría en su ayuda. Cada uno que moría era un combatiente menos; cada soldado que caía herido, restaba a la exigua tropa otros dos; cada bala, cada granada que disparaban no sería suplida por otra. Se agotarían sus municiones, sucumbirían todos, y la victoria era en todo caso segura por la fuerza abrumadora del número.

Entre los dos ejércitos combatientes se extendía una hermosa pradera esmaltada de verdura. En ella se precipitaron las tropas americanas a pecho descubierto, y las primeras líneas fueron barridas por la infantería española, como barre el huracán las hojas secas del bosque. Intentaron un nuevo avance, y tuvieron que retroceder, arrollados por una lluvia de acero. Tercera vez repiten la loca tentativa, y tercera vez se ven precisados a reconocer su impotencia. Allí fué casi aniquilada la segunda brigada del general Kent. La pradera quedó cubierta de cadáveres y salpicada de sangre...

Pero iban llegando refuerzos constantemente, y al fin lograron avanzar sobre sus heridos y sus muertos, dejando nuevos muertos y nuevos heridos en el campo de batalla. Y después de algunas horas de combate, después de una carnicería espantosa, sacrificada en aras de un triunfo nada honroso, pudieron franquear las posiciones españolas.

Desde este momento, los heroicos defensores de San Juan estaban perdidos. Habíase retirado herido el general Linares, todos los oficiales se hallaban

fuera de combate, las municiones se agotaban, la tropa había quedado reducida a la sexta parte... Sólo podían elegir entre estos dos extremos: rendirse o perecer gloriosamente. Y se decidieron a continuar combatiendo hasta quemar el último cartucho.

La situación de los artilleros no era menos crítica. El capitán estaba herido; el coronel había caído, bañado en sangre, en los brazos de sus soldados; de los sirvientes de las piezas, casi todos habían muerto. Pepe de Castro seguía al pie de su cañón causando grandes destrozos a los yanquis. Se levantaba para ver la posición del enemigo, se bajaba para apuntar, se movía incesantemente de una parte a otra, sudaba por todos los poros de su cuerpo. Sonreía cuando sus granadas daban en el blanco, apostrofaba a los yanquis cada vez que le mataban un soldado, y volvía a su operación de cargar la pieza y dirigir la puntería.

—¿Cuántas granadas quedan?—preguntó a uno de los artilleros.

—Tres, mi teniente.

—¿Sólo tres? Pues hay que aprovecharlas.

Y, en efecto, la que entonces disparó fué bien aprovechada. Cayó en el centro de un grupo numeroso, y a su alrededor sembró la muerte y el espanto. Castro levantó la cabeza, y vió a unos tendidos en tierra y a otros huir del lugar de la hecatombe.

—¡Soberbio, magnífico! ¡Venga, venga otra!—exclamó fuera de sí.

Mientras preparaba la carga, una bomba enemiga estalló junto a la pieza y mató a su propio asistente,

Julián Trigueros, un artillero alto y fuerte como un castillo, a quien Castro quería como un hermano. Se arrojó sobre él para levantarlo, pero el enemigo no daba tiempo para entretenerse en estas menudencias. Estalló otra granada, y el mismo teniente recibió en el pecho un tremendo golpe que le hizo caer de espaldas. Fué a levantarse, y sólo pudo extender un brazo, con el puño cerrado, rígido como el asta de la bandera, amenazador como la imagen de la venganza.

—¡Ah, bandidos!—exclamó dirigiendo el brazo levantado hacia los yanquis.

Y empezó a arrojar sangre por la boca.

Dos de sus soldados corrieron a auxiliarle. Mandó que le sentaran junto a la caja de municiones, y desde allí continuó dirigiendo el fuego.

—¿Cuántas hay?—volvió a preguntar.

—Dos, mi teniente!—contestó un soldado.

—La primera sobre aquel grupo de la izquierda. ¡Que no quede ni uno solo! ¡A ver si apuntáis bien!... ¡Ahora, ahora!...

El cañonazo fué formidable; pero la granada estalló 50 metros más allá del grupo indicado, y no causó baja alguna al enemigo.

El teniente se agitaba furioso, dándose a todos los diablos con la ineptitud de sus hombres. ¡Y sólo quedaba una granada! ¡La última!... Hizo un supremo esfuerzo para levantarse; se acercó a la pieza y la dirigió contra una columna que avanzaba ya por la loma de San Juan. La última granada tendió por

tierra a un capitán y media docena de soldados yanquis.

Castro volvió a sentarse, con la resignación de un estóico, tranquilo, satisfecho de su obra, esperando que una bala enemiga acabase de matarle... ¿Para qué quería vivir después de la derrota?

Más allá, en la cumbre misma de San Juan se operaba un brusco movimiento. El coronel que mandaba la tropa, colocado en el puesto de mayor peligro, acababa de caer del caballo, y su cadáver quedaba confundido con los cadáveres de los soldados. Los poquísimos que aún vivían, sin jefes, sin un solo oficial que se pusiese al frente, ejecutaban una retirada admirable, contestando sin cesar con sus últimos cartuchos al fuego del enemigo.

Castro permanecía en su puesto contemplando impassible e inmóvil la retirada de los defensores y el avance de las tropas americanas.

Uno de sus soldados le preguntó:

—¿Y nosotros qué hacemos, mi teniente?

—Ya hemos hecho lo que teníamos que hacer— contestó.

Y agregó después de reflexionar algunos segundos:

—¿Quién nos manda?

—El sargento González, mi teniente.

—¿Todos los oficiales han muerto?

—Todos, menos los heridos.

Los yanquis avanzaban, no había tiempo que perder. Llegó el sargento, y dijo precipitadamente:

—¡Muchachos, salvad al teniente Castro! . . .

—¡No, a mí no!—respondió él.—¡Mi vida poco

¡importal . . . ¡El cañón! ¡Salvad el cañón! ¡Que no caiga mi cañón en manos de esos ladrones! . . .

Los yanquis estaban ya encima; se les veía correr, se les oía gritar. Intentaban apoderarse de los cañones. Los artilleros españoles cogieron las dos piezas y las llevaban en sus robustos brazos. Dos soldados levantaron al teniente, y arrastrándose por el suelo le libraron de caer en manos del vencedor.

A la misma hora, en San Juan y en el Caney, ondeaba la bandera de los Estados Unidos sobre un campo inundado de sangre. Y mientras el telégrafo transmitía a España detalles del combate y daba cuenta del heroísmo de las víctimas, densas nubes cargadas de tristeza y coloreadas por los rayos del sol poniente avanzaban hacia el extremo opuesto de la Isla, llevando a todo el ejército español la noticia de la derrota.

IV

En el hospital militar de Santiago sólo habían quedado los que no podía tenerse en pie: los demás se hallaban cubriendo la extensa línea de defensa, y algunos ocupaban un puesto en las trincheras de San Juan y del Caney.

Desde una ventana contemplaban el lugar del combate dos hermanas de la Caridad, Sor Pilar y Sor Justa, la primera de edad avanzada y la segunda todavía muy joven. Una terrible ansiedad se reflejaba en sus semblantes, un mudo terror sellaba sus labios. Nada veían más que el humo de la pólvora que nublaba el cielo, nada oían, fuera del ruido seco y graneado de las descargas que se sucedían sin interrupción y el estruendo infernal de los cañones; nada sabían del desarrollo de la lucha, del número de víctimas causadas por aquel incesante cañoneo, del éxito del combate. . .

Y seguían mirando, mirando fijamente hacia el punto donde se elevaba el humo y estallaban las bombas, sin atreverse a hablar ni a mirarse, conteniendo la respiración, con el corazón comprimido de angustia, con el espanto en los ojos y el terror en el alma.

Hubo un momento en que el fragor del combate

adquirió tal violencia y fué tan formidable el estruendo de la artillería, que retemblaban los edificios de la ciudad y parecía que la tierra estallaba en un inmenso y prolongado trueno. Del pecho de la joven se escapó un suspiro profundo, un gemido de dolor, y la anciana se llevó las manos a la cabeza, exclamando con un estremecimiento nervioso:

—¡Pobres soldados! . . . ¿Qué será de ellos, Dios mío?

—¡Allá se morirán todos!—agregó Sor Justa.—
¿No podríamos ir a socorrerlos?

Algunas balas perdidas silbaron entonces sobre sus cabezas, y llenas de consternación se retiraron de la ventana y bajaron a la capilla.

Allí, de rodillas ante el altar, con los ojos clavados en la imagen de Jesús, rogaron a Dios por el triunfo de las armas españolas, y más todavía por sus queridos soldados. . . ¡Que no murieran los infelices en el campo de batalla! ¡Que, a lo menos, llegaran vivos al hospital, y ellas les colmarían de cariño y de consuelo, ellas harían dulces las amargas de su muerte, ellas agotarían todos los recursos para curar a los heridos y mitigar los dolores de las pobres víctimas de la guerra! . . .

Al poco tiempo, todas las Hermanas del hospital se hallaban en la capilla. Allí habían acudido sin que nadie las llamara, por propio impulso y obedeciendo a un mismo sentimiento. Todas estaban de rodillas, todas tenían clavados sus ojos y su corazón en el rostro moribundo del Santo Cristo, todas dirigían al cielo la misma oración: «¡Que los pobres soldados

llegaran vivos al hospital! ¡Que no muriesen abandonados en el campo!...»

Por la tarde empezaron a entrar heridos del Caney y de San Juan. Ellos y sus conductores llevaban impreso el espanto en el semblante. Parecían desenterrados de entre los escombros de una casa hundida o exhumados del sepulcro. Uno iba tendido en su camilla con el vientre destrozado por el casco de una granada. Al penetrar en una de las salas, exhaló un dolorosísimo gemido; Sor Justa aproximó a sus labios un crucifijo, que él besó con fe, y extendiendo convulsivamente los brazos, expiró. Otro llevaba el pecho atravesado de un balazo; cuando fueron a levantarlo de la camilla estaba muerto. Llegó después un artillero a quien faltaba el brazo izquierdo, cortado como con un hacha por el hombro. Luego aparecieron dos con las piernas deshechas, y detrás de ellos un infeliz con la mandíbula inferior arrancada de cuajo... Y seguían llegando, llegando en interminable procesión del lugar del combate.

Las nueve salas del hospital se llenaron bien pronto de heridos. En los pasillos se tendieron colchones y mantas, y se ocuparon también. Los que morían eran inmediatamente reemplazados por otros; los que ofrecían menos gravedad tenían que levantarse y ceder el puesto a los más necesitados. Muchos heridos permanecían en las ambulancias, otros fueron llevados a casas particulares, algunos se desangraban y morían, sin encontrar auxilio, en medio de la calle... ¡Qué tarde y qué noche aquellas, Dios mío! Los ojos sólo veían sangre, los oídos sólo escucha-

ban lamentos. ¡Lamentos en la ciudad y en el campo de batalla, lamentos en todos los rincones de la población y en todos los ángulos del hospital...

Algunos sacerdotes, vestidos de sobrepelliz y con los Santos Oleos en las manos, recorrían las galerías y las salas. A uno se le veía suavemente reclinado sobre la cama de un herido, a otro de rodillas delante de un moribundo tendido en el suelo. Este abrazaba con paternal cariño al infeliz soldado que sufría horribles dolores, aquél mezclaba sus lágrimas con las lágrimas del paciente. Más allá un sacerdote daba a besar el crucifijo a un moribundo, otro levantaba el brazo derecho y absolvía al penitente, otro administraba la Santa Unción a un agonizante... Las cabezas de aquellos mártires de la caridad parecían rodeadas de un nimbo de gloria. En sus ojos se dibujaba la placidez de la resignación, en su frente la hermosura de la virtud, en su rostro la majestad del dolor, en sus labios la sonrisa de la esperanza.

Las hermanas, horrorizadas ante tanta sangre, tantos sufrimientos y tanta desolación, corrían de una parte a otra llevando hilas, lienzos y vendajes. Pero lo más triste para ellas era no poder proporcionar alimentos sustanciosos a aquellos desgraciados, que irían muriendo de inanición si las balas no bastaban para arrancarles la vida.

Cuando Sor Justa pasó por la galería con la primera taza de caldo, cien brazos suplicantes se extendieron hacia ella: «¡Pronto, pronto os tocará a vosotros!», iba a contestar; mas ¿para qué engañarles? Cerró los ojos para no ver tanto dolor y tanta des-

vent
de la
cía a
hace
mado
traba
todo

Y
pene
Se ap
de ar
y un
volvi

Ya

En
ciaba
joven
reía y
su la
lamer

rabia
otro,
las uñ
heridi
urgen
les li

de ma

Los
las he
el bisi
comp

ventura, y ardientes lágrimas abrasaron las mejillas de la joven. Lloró porque en toda la ciudad no aparecía un pedazo de pan ni una piltrafa de carne para hacer un caldo. Lloró porque los que habían derramado su sangre en defensa de la Patria no encontraban allí lo que encontraría el más miserable de todos en casa de su madre. . .

Y siguió su camino con la angustia en el alma, y penetró en uno de los departamentos del hospital. Se aproximó a la primera cama con su taza de caldo de arroz mal condimentado con un poco de aceite, y un sacerdote, que estaba de pie junto al lecho, se volvió diciendo con acento dolorido:

Ya es tarde, hermana. Acaba de fallecer.

En todas las salas, en todos los pasillos se presenciaban escenas desgarradoras. Aquí espiraba un jovencito entre insoportables tormentos; más allá reía y lloraba un infeliz en el delirio de la fiebre. A su lado un herido partía el corazón con tristísimos lamentos, otro se retorció en su lecho y mordía con rabia cuanto encontraba al alcance de sus dientes, otro, en el paroxismo del dolor, se arrancaba con las uñas las vendas, y la sangre que brotaba de sus heridas corría por el suelo. . . Todos reclamaban con urgencia una medicina, una amputación, algo que les librase de aquellas tremendas torturas o acabase de matarlos.

Los médicos, agitados y nerviosos, examinaban las heridas, ponían o arrancaban apósitos, hundían el bisturí en las carnes de la víctima, cortaban sin compasión o extraían a fuerza de lavatorios la bala,



el casco de granada o la astilla introducida en el cuerpo del herido. Y cuando terminaban con uno, les presentaban otro igualmente necesitado, y tras éste, otros y otros esperaban su turno, ansiosos de

que la curación o la muerte les librase de tanto sufrimiento.

* * *

A la caída de la tarde llegaron Manuelico y Mariano al hospital. La herida que este último había recibido en el Caney no ofrecía gravedad. Recobró el conocimiento en cuanto se alejaron los dos amigos del lugar del combate, y pudo caminar por su pie apoyado en los hombros del leal baturro. Al aproximarse a la población, Manuelico percibió al viejo andrajoso pegado a un muro, con su bastón en la mano y sus ojillos de víbora clavados en las alturas del Caney.

—¡Rediez, el Destino!—exclamó aterrado.

Y dejando los dos la senda que seguían, atravesaron el campo para entrar en la ciudad.

Cuando llegaron al hospital, Manuelico apenas tenía figura humana. El polvo, amasado con sudor y sangre, había formado una costra negruzca que le cubría la cara, dejando sólo al descubierto los ojos y los dientes. No ha habido pintor ni escultor capaces de presentar un *Ecce-Homo* tan real como el rostro del baturro.

Mariano iba con un enorme chichón en la cabeza. Se quedaron a la puerta de una de las salas contemplando con estupor el doloroso cuadro de los heridos, hasta que la hermana Pilar se acercó a ellos diciéndoles:

—¿También vosotros, queridos?

Y agregó, santiguándose, al fijarse en la extraña figura de Manuelico:

—¡Virgen, qué cara! ¿Cómo te han puesto así, hijo mío?

Hizo que se lavara, y debajo de la masa de barro que le cubría el rostro apareció la herida de la frente que empezó de nuevo a destilar sangre en abundancia. La hermana colocó sobre la herida un puñado de hilas, y sobre ellas puso un paño de lienzo en tres dobleces sujeto por una venda alrededor de la cabeza.

—¡Aquello me salvó la vida!—decía Manuelico durante la operación.

—¿Y qué fue aquélllo?—preguntó maquinalmente la anciana.

—Con una granada me curó la Pilarica.

—Las granadas no curan, hijo mío, matan a los pobres soldados.

—A mí me curó una granada... Miusté: yo echaba mucha sangre por la frente... el general lo vió. Cuando Marianico cayó en la trinchera, yo creí que le habían matao los yanqueses. Voy allá, cargo con él, y sigún salía pa traele, ¡cataplúm! una granada que cae juntico a nosotros. ¡Ridiez! Si llega a estallar, nos espachurra. Pero no estalló, y cuasi nos deja allí enterraos pa siempre jamás. ¡Rediez, la tierra que levantó!... Si no es por aquella tierra, que se me pegó a la frente, me hibía ido en sangre, hermana, y Manuelico no lo cuenta. ¿Ve usted cómo me curó una granada? La Pilarica me dijo que volvería a Zaragoza,

y los yanqueses no me matarán. ¡Mueran los yanqueses! ¡Viva la Pilarical...

Y sacando la medalla de la Virgen, la besó repetidas veces.

Se fué la hermana a auxiliar a otros heridos, y los dos amigos quedaron solos. Lo que ellos necesitaban por entonces era algún alimento para sus vacíos estómagos; ¡pero cualquiera encontraba alimentos en el hospital, habiendo que atender a tantas necesidades mucho más urgentes que las suyas!

Atraídos por la curiosidad y ansiosos de impresiones, volvieron al lado de los heridos. El primero que se presentó a su vista fué Pepe de Castro, que acababa de llegar acompañado de otros dos artilleros también heridos. Hallábase el teniente sentado en una silla, con la espalda y el pecho descubiertos, y un médico le tomaba el pulso, le comprimía con una mano el pecho, volvía a tomarle el pulso, le hacía muchas preguntas, reflexionaba unas veces, y otras arrugaba el entrecejo y torcía la boca con una mueca que equivalía a un fallo condenatorio. Al exterior sólo se veía un pequeño magullamiento; pero el tremendo golpe recibido, la sangre arrojada y cierto dolorcillo que sentía el teniente cuando el doctor le comprimía el pecho, hacían sospechar que dentro había un daño muy peligroso.

Mariano y el baturro contemplaban el examen facultativo con el alma en los ojos, escuchando lo que el médico auguraba de aquella vida tan estimable para ellos. Castro miró a los dos amigos, y les preguntó sonriendo tristemente.

—¿También vosotros?

—Yo cuasi nada, mi tiniente—contestó Manuelico.

—¿Y tú?—agregó dirigiéndose a Mariano.

—Yo este bulto en la cabeza... ¿Y usted?

—Lo mío tampoco vale nada. Pero la danza continúa. Son cincuenta contra uno. De nada sirve el valor... ¡Ay si nosotros fuéramos tantos como ellos, y tuviéramos siquiera la mitad de cañones... En San Juan les hemos hecho una matanza horrorosa. En el Caney cada soldado ha sido un héroe. Y sin embargo... sin embargo, queridos, San Juan y el Caney son a estas horas de los yanquis.

—¡El Caney no, mi tiniente!—exclamó el baturro.

—¡Allí les himos vencido!..

—Les habréis vencido, pero ellos ocupan esta tarde las posiciones que vosotros defendíais por la mañana.

—Entonces no habrá quedao uno vivo de los **nuestros**.

—Los heridos y muy pocos más. Han muerto muchos soldados; han muerto casi todos los jefes y oficiales...; ha muerto el mismo general Vara de Rey...

—¿Nuestro general?—preguntaron los dos estupefactos.

Las palabras del teniente fueron oídas por algunos de los heridos; éstos las transmitieron a otros, y la tremenda noticia recorrió todas las salas, todos los rincones del hospital, produciendo ira, despecho, pánico, ternura, consternación, todas las emociones,

todos los sentimientos dolorosos de que es capaz el corazón humano.

De los pechos de aquellos pobres heridos brotaron acentos de suprema indignación; de sus labios salieron frases de impotentes amenazas contra los asesinos de su heroico jefe. ¡Su muerte era el mayor fracaso sufrido! ¡La pérdida de aquel bravo general, la más grande de las desventuras!... Y aquellos rostros contraídos por el dolor se dilataban a impulsos de la ira, y aquellos ojos amortiguados por el sufrimiento brillaban de cólera, y aquellos brazos desnudos y secos se levantaban rígidos como el madero que queda en pie sobre los escombros de la casa destruída, amenazantes y terribles como el palo que se eleva sobre el tablado de un patíbulo.

Entonces se presentó en el hospital un ayudante de campo que llevaba la misión de reclutar gente donde la hubiera, y conducirla a Canosa, atacada en aquel momento por casi todas las fuerzas americanas. Castro, Mariano y Manuelico se alistaron inmediatamente. Los heridos menos graves, los enfermos que se creían con fuerzas para llegar al campo de batalla, los que conservaban alientos para sostener el fusil, se ofrecieron a marchar a Canosa para contener al enemigo, para ayudar a sus hermanos, para acabar de verter su sangre en defensa de la Patria.

Un pobre cabo se tiró del lecho, olvidándose de que acababa de perder una pierna, y cayó al suelo como una masa de plomo. Un soldado guapo y joven, casi un niño, fué a levantar el brazo derecho para indicar que contasen con él y en lugar del

brazo, sólo un montón de trapos sacó de la cama. El infeliz se echó a llorar. Otros muchos se esforzaron por incorporarse en sus lechos y no pudieron. En breves instantes se reunieron 150 hombres que apenas podían moverse. Y aquellos espectros de la muerte, aquellos 150 enfermos, mandados por un comandante, también enfermo, se dirigieron al lugar del combate.

* * *

En cuanto salieron del hospital, atronaron sus oídos las descargas de la fusilería y el espantoso estruendo del cañón. Mientras seguían su camino, fueron cruzándose con heridos que se dirigían a la ciudad, llevados en camillas unos, marchando por su pie la mayor parte. Algunos volvían con terror los ojos a las alturas de Canosa y seguían su marcha. Otros corrían como locos, llevándose las manos a las heridas para contener la sangre, o tapándose las orejas para no oír los estampidos de las granadas. Y continuaron encontrándose con gente que huía de la tempestad, con heridos que pasaban tambaleándose, con desdichados compañeros que se desangraban y morían, con muchos infelices que, heridos y exánimes, se hallaban tendidos en medio del camino... Y seguían adelante sin hacer caso de ellos, pisando la sangre vertida por los que acababan de pasar, cruzándose con nuevos heridos y nuevos muertos, escuchando el estruendo infernal de los cañones, más horrible cuanto más se acercaban al lugar del combate.

Manuelico iba profundamente preocupado con los tristes sucesos de aquel día, y llevaba impresa en su alma la simpática imagen del general Vara de Rey. No podía persuadirse de que hubiese muerto atravesado por las balas. El le había visto allá en la loma del Caney dirigiendo desde su caballo miradas penetrantes al campo enemigo, dando órdenes y recorriendo las trincheras con la espada desnuda en la mano... Parecía un héroe de las leyendas o un ángel exterminador. ¿Sería posible que aquel hombre hubiese muerto? A su lado sucumbieron muchos; en las mismas trincheras estallaban las bombas; sobre el campo caía una lluvia de metralla, ¿pero cuándo se había visto en un combate morir al jefe que lo dirige? El cándido baturro siempre dió por supuesto que el General que les mandaba en el Caney no corría peligro alguno. Podrían morir todos los soldados y todos los oficiales y todos los jefes, pero el general... ¡Eso era imposible! ¿Por qué? El no lo sabía, no pensó en ello siquiera. Estaba persuadido de que era así y nada más.

Súbitamente se le ocurrió una idea que le hizo cambiar de color. Se adelantó hasta unirse a Pepe de Castro y le dijo en voz baja:

—¡Mi tinientel Ya sé porqué mataron al General, y porqué ví lo que ví.

—¿Qué viste?

—¡Rediez, mi tinientel Cuando yo y Marianico veníamos de allá himos visto... ¿Sabe usted qué? ¡El Destinol

Dueños los americanos de las alturas de San Juan

y el Caney, y persuadidos de que ya no encontrarían resistencia formal hasta Santiago, siguieron su marcha triunfal hacia Canosa en orden cerrado, presentando armas e izando la bandera. Allí les esperaban dos compañías de infantería y una de desembarco perteneciente a la escuadra.

Un regimiento enemigo, que cometió la torpeza de avanzar al descubierto, fué casi totalmente aniquilado por los bravos defensores de España. Un teniente y muy pocos soldados pudieron retirarse a sus primitivas posiciones: los demás quedaron tendidos en el campo.

Aquella hecatombe enardeció el ánimo de los nuestros, que todavía, con sus escasísimas fuerzas, se creyeron omnipotentes. ¡Pero de nada servían tanto valor y tan terribles matanzas! Parecía que los enemigos más aumentaban cuantos más morían, como si de la sangre de sus heridos y sus muertos brotasen nuevos combatientes, o el infierno hiciese salir soldados yanquis de las entrañas de la tierra.

En poco tiempo concentraron los americanos casi todas sus fuerzas enfrente de Canosa, y empezó un fuego nutridísimo por ambas partes. Los batallones enemigos, avergonzados de verse detenidos en su marcha por dos centenares de soldados enfermos y pequeñitos, intentaron un ataque a la bayoneta, y fueron rechazados instantáneamente por aquellos soldaditos flacos y macilentos. Rabiosos con tan tenaz resistencia, repitieron tres veces más la tentativa, y tuvieron que convencerse de que, en ataques de este

género, cada soldadito español valía más que diez fornidos yanquis.

Hallábase al frente de los defensores de Canosa el coronel Caula. Cuando el combate llegaba a su período álgido, espoleó al caballo y se colocó sobre una trinchera y en medio de una lluvia de balas. Aquella serenidad de ánimo, aquella intrepidez incomparable infundió tal valor en el espíritu de los soldados, que se creyeron con aliento suficiente para comerse a los yanquis y conquistar el mundo. Y entre el fragor de las descargas gritaban con entusiasmo delirante:

— ¡Viva el coronel Caula!..

Los americanos pusieron en acción un nuevo elemento de combate: las ametralladoras, aquellas mortíferas ametralladoras que vomitaban balas, y habían convertido en sepulcros de nuestros valientes soldados las trincheras de San Juan y del Caney. Apenas aparecieron estas infernales máquinas de guerra, sus sirvientes fueron barridos por las descargas de los españoles; pero los muertos eran inmediatamente reemplazados por los vivos, y la metralla empezó a sembrar la muerte entre los aguerridos defensores de Canosa. El caballo del coronel cayó muerto a balazos, y el intrépido jefe montó en el de un ordenanza. Tendió una mirada alrededor y vió que la mitad de sus soldados habían sucumbido. Dirigió la vista al campo enemigo, y el ejército americano aumentaba sin cesar.

En el momento que llegaban a Canosa los enfermos reclutados en el hospital, caía muerto el segun-

do caballo del coronel. Fué a incorporarse el heróico jefe, y recibió en el vientre un balazo que le tendió en tierra. Corrió en su auxilio el comandante que mandaba el pelotón de enfermos, y un proyectil le fracturó una pierna.

Desesperado y frenético ante tantos horrores, el intrépido Bustamante, Jefe de Estado Mayor de la escuadra, se lanzó con sus marinos a reconquistar a San Juan, a destrozar al enemigo en sus mismas posiciones. Perecieron sin fruto muchos soldados; y su bravo y temerario jefe regó con su sangre la tierra y pagó con la vida aquella loca aventura que traspasaba los límites del valor y el heroísmo.

Los cañones callaron, y la noche cubrió con sus sombras los cadáveres tendidos en el campo de batalla. Los vencedores pudieron relevarse y descansar; los vencidos no tenían quien los relevara, y pasaron aquella triste noche en las trincheras con el arma al brazo. Algunos se dormían de pie apoyando la cabeza sobre el cañón del fusil; otros no podían sostenerse, y caían como muertos en el fondo de las zanjas. Muchos de estos desgraciados continuaban escuchando en sueños las descargas de la fusilería y el estruendo del cañón; creían que el enemigo se echaba sobre ellos, y se levantaban despavoridos.

Manuelico y Mariano, sentados al borde de una trinchera, contemplaban en silencio el ejército americano, acampado allá en las lomas de San Juan. También ellos, los yanquis, habían regado la tierra con su sangre; también ellos tenían cadáveres insepultos sobre el campo, y heridos y moribundos en

sus tiendas. Pero los vivos comían y bebían, y los gritos de los enfermos eran ahogados por los gritos del vencedor.

El aragonés rompió el silencio para preguntar a su amigo:

—Marianico, ¿a cuántos estamos?

—A uno de Julio.

—¿Fué ayer, u fué hoy lo del Caney?

—Hoy.

—¡Rediez! Paice que han pasao tres días... Oye, chico, ¿tíés sueño?

—Sí, mucho.

—Entonces... tráete pa acá el fusil... Ahora échate aquí y duerme... Oye tú: ¿sabrán ya en Zaragoza lo qu'himos hecho hoy? Puá que lo sepan... En el Caney les himos matao miles... En San Juan y en Canosa... ¡Rediez!... ¡Miá tú, miá tú, Marianico, cómo se mueven!... ¡Miá, miá cómo chillan esos tiñosos!... ¿Vamos a dales una sorpresa? ¡Si yo fuá general... ¡Rediez!...

Mariano ya no contestaba. Había reclinado la cabeza sobre los hombros de su leal amigo, y dormía profundamente.

* * *

Reanudóse el fuego al siguiente día, saludando a la aurora con el fusil y el cañón. Los esfuerzos de los americanos se dirigieron a romper la línea de defensa, pero tuvieron que conformarse con las posiciones que ocupaban el día anterior.

Por la tarde se acercó a Pepe de Castro su amigo

el oficial del *Vizcaya*, y con una emoción que no podía ocultar le dijo:

—¡Adiós, Castro! Vengo a despedirme.

—¿Cómo que a despedirte?—le preguntó el artillero sorprendido.

—Sí, tenemos órdenes de ocupar nuestros puestos en los buques.

—¿De suerte que os marcháis?

—Así parece.

—¿Con toda la escuadra americana a la boca del puerto?... ¿Y adónde os dirigís?

—¿Adónde?—contestó el marino con amarga sonrisa.—¡A morir en cuanto nos pongamos a tiro de los acorazados yanquis!... Después de lo que hemos presenciado aquí, la muerte ya no me asusta; lo que me horroriza es que me coman vivo los peces.

—Pero eso no es valor, es sencillamente una locura.

—Quien manda, manda... Los que nos ordenan salir responderán de lo que suceda. Ahora se nos comunica la orden terminante de salir del puerto; antes sólo nos *autorizaba* el Gobierno para hacer diversiones en las costas de los Estados Unidos... ¿Tú concibes semejantes mandatos, sin suponer que sus autores ignoran en absoluto el estado de nuestra escuadra, o quieren burlarse de nosotros? Conque... adiós, Castro; hasta la eternidad. ¿Mandas algo para los tiburones?

—Puesto que no hay otro remedio, que Dios os guíe, y os lleve sanos y salvos al término de vuestro viaje. ¡Adiós y mucho ánimo!

Los dos amigos se estrecharon afectuosamente la mano, y el marino parti6, esforzándose por ocultar la vivísima emoci6n que le ahogaba.

La misma voz que oblig6 a salir de Cabo Verde a aquellos sufridos marinos, volvi6 a agitar la opini6n en España, y en los peri6dicos se leía y se repetía en todas las conversaciones: «¿Por qué no salen de



allí nuestros buques?» Estas palabras encontraron eco en el Congreso. Un diputado pregunt6 si nuestra escuadra había ido a combatir al enemigo, o sólo a encerrarse en el puerto de Santiago, y el Gobierno transmitió esta pregunta en forma de orden que no admitía réplica: «¡Salid!»

Y se dispusieron a salir los bravos marinos con sus cuatro barcos, casi sin carb6n, sin cañones ni municiones útiles, no a combatir, porque esto era

imposible, sino a servir de blanco a los buques enemigos.

Por la noche sonó el toque de oración en todos los barcos; después el de silencio; después... nada, como si no hubiese un solo hombre en la bahía. A las ocho de la mañana del día siguiente el *Infanta María Teresa* izó la señal de partir: «Salid según orden prevenido. ¡Viva Español!» Oyóse el ruido de las cadenas; la capitana desplegó su bandera de combate y pasó por delante de los demás cruceros, saludada con entusiasmo por todas las tripulaciones. Uno tras otro fueron desliziéndose aquellos pobres buques por el canal. En la capitana sonó la corneta de órdenes, y sus vibrantes notas fueron repetidas como un eco por todas las baterías. El buque almirante rompió el fuego sobre la escuadra americana, forzaron todos su línea y desaparecieron con rumbo a Occidente.

Un sol espléndido se reflejaba en las aguas del mar.

En el campo de Santiago hubo un momento de suprema ansiedad, de expectación anhelante, de mortal angustia. Las primeras noticias que recibieron los soldados produjeron un entusiasmo indescriptible. ¡Nuestra pequeña escuadra se había salvado!... Algunos lloraron de alegría; otros daban vivas a España y extendían los brazos como para estrechar en ellos a los valientes marinos. Aquellos soldaditos, medio muertos de hambre y cansancio, revivían, aquellas caras secas y terrosas estaban radiantes de felicidad... ¡La escuadra se había salvado!

¿Qué importaba ya que Santiago se rindiese, que muriesen todos, si el ejército de Cuba y los buques quedaban todavía intactos?

¡Ay, qué pronto la terrible realidad hizo cambiar la escena, convirtiendo la alegría en llanto y el entusiasmo en abatimiento y dolor! Los *destroyers* se habían hundido en el mar apenas traspasaron la boca del puerto. Tres cruceros estaban ardiendo y sin salvación. El cuarto era perseguido de cerca y se lo tragaría también el mar. . .

Un grito de rabia, un gemido de muerte se escapó de aquellos pechos acongojados por tanta contrariedad y tanta desventura. Desamparados de todos, impotentes contra la fatalidad que les perseguía, los pobres soldados clavaban los ojos en la tierra, y la tierra sólo les ofrecía cadáveres y sangre. Los dirigían hacia el campamento enemigo, y el enemigo, orgulloso de su triunfo, les amenazaba con más sangre y más cadáveres. Los elevaban al cielo, y hasta el cielo se les cerraba con puertas de bronce... ¿Qué crimen habían cometido para que el destino se cebara tan cruelmente con ellos?

A las doce de aquel mismo día los americanos izaron la bandera de parlamento, y las tropas de uno y otro bando se dedicaron a enterrar sus muertos respectivos. Los cónsules extranjeros aprovecharon esta ocasión para conferenciar con los americanos, y a su vuelta referían con espantosos detalles la destrucción total de la escuadra española.

El gran Villaamil, de pie sobre la plataforma del *Furor*, cruzado de brazos, sereno y resignado como

un mártir, había perecido con sus *destroyers*. Los cuatro cruceros, perseguidos y abrasados por la escuadra enemiga, marchaban rasando el fondo del mar y buscando protección en los peñascos de la costa, como la busca en el hombre el tímido pajarillo acosado por el ave de rapiña. Forzaban sus máquinas, y los fuegos de sus perseguidores los alcanzaban, y barrían los hombres de la cubierta, y perforaban sus cascos e incendiaban su armanzón de madera. Hacían funcionar sus débiles cañones, y las granadas eran inofensivas; el daño mayor que causaban era una pequeña abolladura en las resistentes corazas de los buques americanos.

El único recurso que quedaba a los marinos españoles era el abordaje: a lo menos así morirían matando. Por orden del almirante, el *Teresa* intentó poner la proa al *Brooklyn*, y se interpusieron los espolones del *Jowa* y el *Texas*, «contra los cuales era lo mismo lanzar proyectiles que piedras del arroyo». Eulate repitió con su *Vizcaya* la tentativa, y otros dos poderosos acorazados le hicieron retroceder. Incendiados y deshechos los buques de la triste escuadra, muertos o heridos la mayor parte de sus tripulantes, sin posibilidad de huir ni defenderse, sólo faltaba cumplir el último deber: hundirlos en el mar y rendirse. . .

Aquello no fué una lucha de escuadra contra escuadra; fué un juego, un ejercicio de tiro al blanco. Allí, lo mismo que en Cavite, el combate se ejecutó con un lápiz y un pedazo de papel. Los americanos conocían la fuerza ofensiva de nuestros buques y la

resistencia de sus acorazados; un sencillo cálculo les dió la distancia que debían conservar, y esa distancia conservaron siempre. Así aniquilaron la flota española, sin que su escuadra sufriese daño alguno.

De los infelices marinos, unos perecieron tostados entre las llamas de los buques o destrozados por las granadas, otros ganaron la costa a nado, e internándose en los bosques, volvieron al campamento español; algunos cayeron en poder de los insurrectos. Los demás, con el Almirante a la cabeza, quedaron prisioneros del vencedor.

Eulate, el legendario Eulate, con dos graves heridas en el cuerpo y otra más profunda en el espíritu, iba tendido en el fondo de una lancha, sin apartar los ojos de su *Vizcaya*, que allá quedaba deshecho y solo, salpicado con la sangre de mil desgraciadas víctimas y convertido en hoguera flotante. Fué transportado en una silla a bordo de un buque enemigo, y al presentarse ante el capitán yanqui se levantó, descifñóse con mano convulsa la espada, besó la cruz de la empuñadura e hizo ademán de entregársela, diciendo:

—Me ha tocado la desgracia de ser vencido. ¡Tomad!...

El jefe americano se negó noblemente a recibirla, y la tripulación prorrumpió en entusiastas aclamaciones.

Fueron interrumpidas por una espantosa explosión, por un formidable estampido del *Vizcaya*. Se removieron las olas, mil objetos se elevaron por los aires revueltos entre una densa columna de humo y



Me ha tocado la desgracia de ser vencido...

polvo, y el buque empezó a sumergirse. Eulate se puso desencajado y lívido. Aquél bravo marino, que había sido su comandante, como si hubiera escuchado el grito angustioso de un hijo de su alma que se ahoga sin que nadie pueda socorrerle, como si le hubieran arrancado el corazón del pecho o se le escapase la vida por los ojos, levantó los brazos exclamando con trágico acento:

—¡Adiós!... ¡Adiós, mi querido *Viscaya!*

Y volvió a caer anonadado sobre el sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

El almirante Cervera, triste, abatido y resignado, saludó con dignidad a la guardia enemiga, que le tributó honores militares.

—Ha pasado lo que tenía que pasar—dijo con temblorosa voz.—Hemos cumplido con nuestro deber y salvado nuestro honor. Los que nos mandaron aquí responderán de este inmenso desastre ante Dios y ante la Historia.

Y agregó, profundamente conmovido, cuando el buque en que iba prisionero empezó a moverse:

—¡Ahí quedáis tristes despojos de lo que fué esperanza de la Patria! ¡Ahí quedáis, compañeros del alma, inocentes víctimas sacrificadas sin fruto y sin glorial... Vuestros nombres no figurarán entre los nombres de los héroes; pero vuestra sangre eternamente pedirá venganza al Cielo, como la sangre de Abel.

El buque se alejó. En el lugar de la catástrofe quedaban flotando maderos y cadáveres carbonizados, y una bandada de aves de rapiña se cernía en los aires.

V

En la ciudad y los campos de Santiago ya sólo quedaban caras tristes, energías muertas, almas desoladas, corazones abatidos bajo el peso enorme de la catástrofe. Los soldados dirigían con ansiedad su pensamiento a la parte occidental de la Isla, donde se hallaba inactivo todo el ejército español, aquel ejército de 200.000 hombres, capaz, no ya de aniquilar en una hora las tropas americanas, sino de conquistar en buena lid el territorio de los Estados Unidos y asolar sus ciudades. ¡Y aquel poderoso ejército no podía prestar el más pequeño auxilio a sus hermanos y vengar tanto infortunio! ¡Y tenían que resignarse, los unos a la inacción, los otros a morir o rendirse! . . .

Al pie de una zanja, donde acababan de ser depositados algunos cadáveres de aquella mañana y el día anterior, paseábase Pepe de Castro, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cruzados y los ojos fijos en la tierra que pisaba, revelando en su actitud y sus facciones el abatimiento y el dolor. Vio pasar junto a él a un soldado que caminaba apresuradamente hacia la ciudad con el fusil al hombro, la cabeza vendada, el rostro descompuesto, la mirada colérica como la de un loco. Era Manuelico.

Castro, horrorizado con el aspecto criminal de

aquella cara, en que Dios sólo había puesto alegría y candor, detuvo al pobre aragonés preguntándole:

—¿Adónde vas, Manuelico?

—¡A la ciudá, mi tinientel—contestó con voz alterada.

—¿Qué te pasa, hombre?

—A mí ná, mi tiniente, pero a la escuadra... ¡Rediez! ¡Nos la han echao a piquel ¡Y ya sé quién tié la culpa e todo!... ¡Mi coronel lo acaba e icirl ¡La culpa e todo la tié el Destinol ¡Y el coronel ha llorael ¡L'imos visto llorar los soldaos, mi tinientel...

—Bien, ¿y qué?

—¡Qué voy a matarle, mi tinientel

—¿A matar a quién?

—¿Rediez, al Destinol ¿No oye usted lo qu'ice mi coronel, que el Destino tié la culpa e todo?...

El artillero se sonrió tristemente, y dijo, apoyando una mano sobre los hombros del baturro:

—¡Qué cándido eres, Manuelico! El destino de que habla el coronel no es ese pobre viejo, incapaz de hacer mal a nadie. ¿Tú crees que si él tuviera la culpa viviría a estas fechas?

El aragonés se quedó un momento pensativo, mirando fijamente a Castro, y contestó moviendo la cabeza con aire de convicción profunda:

—¡Puá que tenga usted razón!

—El destino—continuó el teniente—es nuestra mala estrella; es haber venido esa desdichada escuadra, y con ella el enemigo, aquí donde los yanquis no pensaron venir nunca; aquí donde somos pocos soldados y no hay elementos de combate, ni medios

de defensa, ni comunicación con el resto de las tropas, ni posibilidad de recibir socorro de ningún género... ¡Ay si el ejército de Cuba pudiera darnos la mano y entrar en combatel... Pero es inútil esperar auxilios eficaces, ni por mar ni por tierra. Este es el cruel *destino* que nos persigue, y no ese pobre andrajoso que apenas puede tenerse en pie... Conque, Manuelico, vuelve a tu puesto, y a combatir a los yanquis hasta consumir la última libra de arroz y quemar el último cartucho. Después... ¡después tendremos que rendirnos!

—¿Rendirnos?... ¡Mi tiniente, Manuelico no se rendirá nunca!

—¿Y si te lo mandan?

—¡Que me afusilen! ¡Manuelico no se rinde!...

* * *

Al obscurecer se recibió una noticia que levantó un poco el decaído ánimo de los combatientes. El coronel Escario llegaba con 3.000 hombres a la plaza sitiada, después de doce días de marchas penosas e inverosímiles a través de la Manigua, cruzando bosques y montañas, recibiendo una lluvia torrencial, rechazando a los insurrectos, que se esforzaban por cortarles el paso, y burlando con hábil estrategia la vigilancia del ejército sitiador.

Ya era tarde. Todo refuerzo que no fuera suficiente para tomar la ofensiva no hacía más que empeorar la situación. Si aquellas tropas hubieran estado allí el 1.º de Julio, los americanos no conquistan

San Juan ni el Caney. Si hubiesen llegado un día antes, unidas a la guarnición y a los marinos, tal vez hubiesen dado qué sentir a los yanquis, y hasta sería muy distinta la suerte de la escuadra. Pero todo salía mal. Era indudable que algún destino fatal había decretado la ruina de España. Aquellos 3.000 hombres, después de tantos sacrificios para llegar a Santiago, sólo servían para agotar más pronto las municiones y los víveres.

Toral, comandante de la guarnición desde que Linares cayó herido, recibió el día 3 una comunicación del jefe americano, que decía así: «Señor: A menos que os rindáis, me veré obligado a bombardear a Santiago de Cuba. Sírvase notificar a los súbditos de países extranjeros y a todas las mujeres y niños, que deberán abandonar la ciudad antes de las diez de la mañana del día 4. Muy respetuoso y atento servidor, *Willams R. Shafter.*»

«Señor—contestó el jefe español:—Tengo el honor de contestar a vuestra comunicación de hoy, escrita a las ocho y treinta de la mañana, y recibida a la una de la tarde, que he advertido a los extranjeros, mujeres y niños, que deben abandonar la ciudad antes de las diez de la mañana del día próximo. Es mi deber deciros que esta ciudad no se rendirá, y que avisaré a los cónsules extranjeros y habitantes, del contenido de vuestro mensaje. Muy respetuoso, *José Toral.*»

Y el comandante de la plaza permitió que saliesen de Santiago todos los no combatientes que quisieran. Hombres y mujeres, nacionales y extranjeros

hasta funcionarios españoles hicieron uso de la autorización para salir de la plaza y refugiarse bajo las banderas enemigas.

Y huyeron también, después de ocultar sus víveres y asegurar sus muebles, aquellos que siempre hicieron alarde de adhesión a España; y voluntarios, vestidos de paisanos, la abandonaron cuando la vieron amenazada y débil; y los mismos empleados del cable se marcharon, dejando a las tropas incomunicadas con el mundo, y la ciudad aislada y desierta.

Desde el amanecer del día 5 empezó a desfilar, de Santiago al Caney y otros poblados próximos, aquella procesión interminable en que se mezclaban y confundían las edades, los sexos y las fortunas. Abría la marcha una turba de chiquillos, descalzos y medio desnudos, que corrían y saltaban regocijados con el espectáculo que ofrecía una ciudad en peregrinación, alegres porque les habían dicho que los yanquis eran muy buenos, y entre ellos encontrarían pan, arroz y carne en abundancia. Seguía una multitud abigarrada de gente harapienta y vagabunda, que nada dejaba en la ciudad y nada llevaba consigo, más que hambre en el estómago y trapos sucios sobre el cuerpo. También esta gente esperaba mejorar de fortuna, y marchaba cantando en busca de hogar y alimentos. Detrás iban caminando pequeños grupos, unidos entre sí como los eslabones de una cadena.

Cada familia formaba uno de estos grupos, y en ellos iban el caduco abuelo, que arrastraba los pies por la tierra, la hija que lloraba o el hijo que maldecía, y los pequeñuelos que se cansaban y pedían pan.

En algunos grupos la madre enferma o el abuelito imposibilitado eran conducidos en un sillón. Los hombres caminaban con un saco al hombro, donde habían puesto vituallas para el poco tiempo que permanecerían fuera de sus hogares. Las mujeres llevaban en brazos a sus niños. Algunos ancianos andaban trabajosamente apoyados sobre un bastón, y se detenían a descansar. Otros se volvían a mirar hacia la ciudad abandonada, y emprendían de nuevo su marcha aterrorizados, como quien huye de un incendio o de una población maldita... Y seguía, seguía sin interrupción la gran caravana por el camino del Caney.

Algunos soldados contemplaban llenos de estupor el desfile de la ciudad emigrante, y se entristecían al ver que les dejaban solos, y huían de ellos, como si fuesen apestados, para ponerse bajo la protección del enemigo.

Mariano, apoyado en los hombros del baturro, veía con inmensa pena pasar la muchedumbre de emigrados, y exclamaba con un acento lleno de amargura;

— ¡Todos nos abandonan!

Manuelico guardaba silencio. Absorto y confuso ante aquella fila de fugitivos que nunca concluía de pasar, pensaba cómo salían de la ciudad tantos hombres útiles para defenderla; cómo tenían valor para desertar y pedir amparo a los mismos causantes de su desgracia, y sobre todo, porqué se les permitía marchar. Y no sabía qué contestación podía darse a estas preguntas.

Cuando vió algunos españoles y voluntarios cubanos que huían también, no pudo contener la ira, y exclamó con voz vibrante y cerrando los puños:

—¡Cobardes!...

Lo oyeron; pero bajaron la cabeza, y continuaron su camino sin contestar.

A la diez de la mañana la ciudad estaba convertida en campamento. Sólo quedaban en ella los sacerdotes, las hermanas de la Caridad y los soldados españoles. Todos los habitantes la habían abandonado; todos... menos el único que debía abandonarla: el Destino.

Aquel pájaro de mal agüero, aquel viejo andrajoso que presagiaba desventuras, se había plantado al pie del camino que conducía al Caney; y desde allí, encorvado sobre su bastón, inmóvil como la piedra miliaria de una carretera, mudo y sombrío como una esfinge, había visto pasar la inmensa caravana.

Al llegar a él, los rapazuelos se miraban unos a otros, murmurando con pavor:

—¡El Destino!...

Y se alejaban corriendo.

—¡El Destino, el Destino!—repetía cada grupo al percibir a aquel sér horriblemente misterioso.

Y los niños lloraban y se asían fuertemente a las faldas de sus madres; las mujeres auguraban tristes acontecimientos por haberse encontrado con él; los hombres le dirigían una torva mirada, y todos pasaban en fila por el lado opuesto para no rozarse con sus andrajos.

Uno se atrevió a acercarse a él, y le dijo:

—¡Viejo maldito, o vieja desdentada, o aparición, o duende, o lo que seas! ¡Quédate aquí y no vengas con nosotros, porque donde tú estás allí cae la desdicha!...

Y el Destino cerró los ojos, y guardó silencio.

Otro más compasivo le habló así:

—¡Huye, huye de esa ciudad de maldición que dentro de algunas horas será un montón de ruinas!

—¡No!—contestó él con voz débil.—Mi puesto está aquí, y no le abandonaré.

Y los que entonces pasaban le vieron llevar a los ojos sus descarnados dedos como para recoger una lágrima. ¿Sería posible que llorara el Destino?

* * *

Al obscurecer del día 5, apareció en el campo español un desgraciado que apenas tenía figura humana. Iba medio desnudo, con los pies ensangrentados, tiznado todo el cuerpo, el rostro pálido como el de un cadáver, la mirada inmóvil como la de un imbecil.

Se detuvo desfallecido ante los primeros soldados que encontró, y dijo con voz moribunda:

—¡Gracias a Dios que estoy entre los míos!

Le rodearon todos. Manuelico se acercó también, y exclamó al verle:

—¡Rediez, si éste es el amigo del tiniente Castrol
Y agregó, dirigiéndose a él:

—¿Pero de ónde se ha escapao usted?

—¡Del mar!—contestó.—¿Hay algo que comer?

Se miraron unos a otros, y guardaron silencio. Nadie tenía nada.

—En el hospital habrá—dijo al fin uno.

Y le condujeron al hospital.

Por Manuelico tuvo Castro aquella noche noticia del suceso, y a la mañana siguiente se fué a ver a su amigo el oficial del *Vizcaya*. Le encontró tomando un caldo de arroz que le servía una Hermana, y se acercó a él, diciéndole con una sonrisa forzada en los labios:

—¿Conque, por fin, no te comieron los tiburones?

—No, Castro—respondió tristemente;—no me comieron ni los tiburones del mar ni los tiburones que nos mordían desde los buques de los Estados Unidos. Pero se ha perdido todo. Sucedió lo previsto, lo inevitable, lo que sabíamos todos que había de suceder. ¡Aquello fué espantoso, Castro espantoso! . . .

—¡Y cómo has venido a parar aquí? ¡Cuéntame lo que ha pasado!

El marino tomó de un sorbo el caldo que quedaba en la taza, y continuó:

—Yo no sé si lo he soñado o lo he visto, porque todo me parece un sueño. Todavía me están zumbando los cañonazos en la cabeza. Todavía estoy viendo fuego, cadáveres y sangre; buques que avanzan en nuestra persecución, y se acercan, y nos abrasan con su artillería. . . ¡Qué horas aquellas, Castro! Tú no has visto un combate naval, y no puedes formarte idea de lo que fué aquello. . . Verás, verás lo que pasó. Mi *Vizcaya*. . . ¡pobre barco mío,

que ya no existe!) avanzaba junto a la costa con desesperante lentitud; no servía poner las máquinas al más alto grado de presión. Cuatro acorazados enemigos nos perseguían, y se acercaban cada vez más, y nos alcanzaban. El *Oquendo* y el *Teresa* quedaban ya destrozados y ardiendo junto a la costa; el *Colón* iba delante. Mi buque solo, acorralado, abrasado por cuatro enemigos, sostenía un combate heroico, pero imposible.

«¿Tú has visto alguna vez una lucha entre un niño de siete años y un gigante? Pues esa era la lucha sostenida por nosotros. No podíamos hacer nada, nada absolutamente, Castro. La gente moría, la mitad de nuestros cañones no disparaban, nuestras granadas no hacían daño alguno al enemigo. ¡Qué rabia, qué desesperación!

«Y entre tanto sobre nosotros se desataba el infierno, y llovía metralla, y las granadas enemigas barrían la cubierta y perforaban el buque, estallando con horrible estruendo y aplastando a los pobres marinos. ¡Y nosotros no podíamos hacer ni el menor daño! . . . Yo he visto coger con las manos granadas que caían sobre la cubierta, y arrojarlas al mar antes de que estallasen. Yo he visto a nuestros artilleros cargar hasta siete veces un cañón para que disparase una sola. Yo he visto volar por los aires el cierre de otro cañón, y matar a todos los sirvientes. ¡He visto cosas horrendas, Castro! . . . Y ya no quedaban cañones con que disparar contra el enemigo; y el buque no avanzaba, no podía avanzar más; y la lluvia de acero continuaba cayendo sobre nosotros. Yo ví

a Eulate bramando de ira y con el rostro desencajado, herido en la espalda y bañada la cabeza en sangre. Yo le ví mandar poner la proa al *Brooklyn* para hundirle en los abismos y hundirnos todos con él, y el barco enemigo huyó. ¡Cobardes! . . .

«Poco después me hirieron en un muslo. Fuí a la enfermería, y allí encontré al comandante pálido, horriblemente pálido, que había ido a restañar su sangre para no acabar de morir tan pronto. Salió en seguida a ocupar su puesto, y tras él salí yo a ocupar el mío. ¡Santo Dios, qué espectáculo! Fuera continuaba la tempestad, o más bien mil tempestades que salían de la boca de otros mil cañones; dentro no se veía otra cosa que hombres destrozados, heridos y moribundos, que gemían con angustia; y por encima de todo esto, el incendio. . . un incendio horrible a proa y a popa. Las llamas subían hasta las torres, los cascos de los costados estaban al rojo, los hombres se freían sobre cubierta. Yo oí decir entonces al valiente Eulate, bramando de desesperación y de pena: «Ya no es posible hacer más por la Patria». Y dió orden para que se quemase la hermosa bandera que había regalado la Diputación de Vizcaya. En su lugar se puso otra, que no se arrió. Las llamas del incendio llegaron hasta ella, y cayó en el mar.

«De lo que pasó después, no sé nada. Yo me ví en los aires, luego en el agua; después nadé, nadé, hasta que salí a tierra y huí por el bosque para no caer en manos de los insurrectos. Y corrí sin cesar durante dos días y dos noches, como un loco, sin

orientación fija, sin comer y sin dormir, siempre huyendo de los insurrectos y los yanquis. Y llegué al campo español completamente desfallecido, sin fuerzas para dar un paso más. . . ¡Todo se ha perdido, Castro! ¿Qué será de mis compañeros? A muchos les he visto morir; de los demás nada sé. ¡Pobre Español! ¡Desgraciada Española! . . .

Y se echó a llorar como un niño.

Castro escuchó con vivísima atención el relato; y después de alentar a su amigo de la mejor manera que pudo, salió del hospital con el corazón deshecho y acongojada el alma.

* * *

Se prolongó algunos días más la suspensión de hostilidades. Los defensores se ocuparon en barrear caminos y calles, construir una segunda línea de defensa y montar algunas piezas de artillería. A esta última faena se dedicó Pepe de Castro, todavía con ardor y con fe, apesar de todos los contratiempos. Faltaban herreros para la confección y colocación de plantillas; carecían de aparatos de transporte y de toda clase de medios para aquella penosísima obra; y después de ímprobos trabajos, después de tenerlo todo preparado para montar las piezas... no parecían por parte alguna los cierres y los volantes de los montajes. ¡Todo el trabajo perdido! ¿Dónde estaban aquellos objetos? ¿Quién se los había llevado? . . . Manuelico aseguró que una noche vió por allí al Destino. El tiniente no lo quería creer; pero...

¡rediez! a él nadie le quitaría de la cabeza que el Destino tenía la culpa e todo.

En verdad que algún genio destructor se complacía en desesperar a los pobres defensores de Santiago, porque todo salía al revés. Iban sucediéndose sin interrupción tantas desdichas, cosas tan extrañas, tan inexplicables, tan fuera del orden natural, que el mismo Castro empezó a dudar si el baturro tendría razón al hacer responsable de cuanto ocurría al viejo Destino. ¡Quién sabe! Aquel sér temeroso y raro daba mucho en qué pensar. Su historia era un misterio, su figura una sombra de cuerpo humano, un aborto de la naturaleza, su vida actual un enigma. ¿Dónde habitaba? ¿Dónde y cuándo dormía? ¿De qué se alimentaba? Sobre todo, ¿de qué se alimentaba?... La mayor parte de los habitantes no encontraban qué comer. El que tenía un puñado de arroz lo guardaba como guarda el avaro sus monedas de oro. La miseria general había endurecido los corazones, y nadie socorría al necesitado. . . ¿Quién era capaz de dar un grano de arroz al temible Destino? Y si no se lo daban, ¿qué comía? Y si no comía, ¿cómo podía vivir? . . .

Luego, el hecho significativo de encontrarse indefectiblemente aquel fantasma al final de cada acción, dondequiera que ocurriese una desdicha, dondequiera que hubiese lágrimas o sangre. Y en sus ojillos de ratón había brillado la alegría, y sus enjutos labios se habían plegado con una sonrisa maliciosa y diabólica al escuchar el fragor de los combates y en presencia de los heridos y los muertos. Otra cosa

más inexplicable aún: ¡aquel vestigio, aquella caricatura humana vivía, creyéndole los soldados causante de cuanto estaba sucediéndol. . . ¿Sería verdad que su cuerpo era invulnerable como una sombra, que se desvanecía como el humo, que era inmortal como el espíritu?. . . Castro se hizo por aquellos días estas reflexiones, dudó y se propuso observarle de cerca.

* * *

Los yanquis tampoco descansaron durante aquella tregua. Fueron extendiendo su línea alrededor de Santiago, se hicieron dueños de la vía férrea y la conducción de aguas, que cortaron inmediatamente, y continuaron sus obras de fortificación hasta cerrar el cerco. Desde entonces, los defensores de la plaza quedaban encerrados en un círculo de hierro que ya no podrían romper.

El enemigo dió por terminada la suspensión de hostilidades, y sus baterías de tierra, en combinación con los cañones de la escuadra, rompieron el fuego sobre la población y sus defensas. La infantería americana, escarmentada con las terribles lecciones de los anteriores combates, se abstuvo de aquellos inútiles asaltos en que fué siempre rechazada, de aquellos ataques a viva fuerza en que perdió centenares de hombres, y se concretó a hacer fuego desde sus trincheras. ¿Y para qué derramar sangre y sacrificar nuevas víctimas en luchas de este género, si el éxito estaba asegurado, y el resultado final había de ser necesariamente el mismo: la rendición de la plaza?

Sin posibilidad de recibir auxilios de ninguna clase, incapacitados para intentar una salida, reducidos a una necesidad extrema, debilitados con las bajas sufridas y diezmados cada día por las enfermedades y el hambre, los tristes defensores sólo tenían el recurso de capitular, o dejarse morir. Consumirían sus escasos víveres, se agotarían sus municiones, irían sucumbiendo uno a uno todos los combatientes. . . Que esto sucediese un poco más pronto o un poco más tarde, ¿qué importaba?

A las nueve de la mañana del día 11 se inició el último y el más desigual de todos los combates, si es que puede darse el nombre de combate a la lucha sostenida por cuatro viejos cañones contra cien magníficas piezas de artillería moderna. Aquel día callaron los fusiles, y se entabló un duelo a muerte entre la artillería de los dos bandos. Un cañón Krupp y todos los de antecarga que tenían los nuestros quedaron al poco tiempo destrozados. Desde entonces, las débiles y escasas piezas de montaña tuvieron que sostener la lucha contra las formidables baterías enemigas.

A falta de artilleros, destinaron al servicio de las piezas algunos soldados de línea, y el teniente Castro se llevó consigo a Manuelico. Todavía causó destrozos al enemigo con sus disparos; pero ¿qué significaba su pobre cañón enfrente de aquellas innumerables bocas de fuego que cubrían el campo de metralla?

En cuanto fué divisado por los artilleros yanquis, allí concentraron sus tiros, y Castro tuvo que trasla-

darse a otra parte con el cañón. No había colocado aún la segunda carga, cuando una batería enemiga dirigió sus granadas hacia aquel punto, y dos de los sirvientes fueron aplastados. Hizo trasladar de nuevo la pieza a otro lugar, y apenas quedó emplazada, un proyectil estalló a diez metros, otro pasó rozando las cabezas de los artilleros españoles, y un tercer proyectil cayó sobre el cañón mismo y tendió por el suelo a la mitad de sus sirvientes. Fué necesario cargar una vez más con la pieza, y llevarla a otra parte.

En esta operación vió el teniente que su ropa y sus manos estaban teñidas de sangre, y aquella sangre brotaba de una profunda herida que tenía en el brazo.

—¡Esto no es un combate!—dijo bramando de ira.—¡Esto es un asesinato! . . . ¡Muchachos! ¡Hay que colocar el cañón a diez metros del enemigo para que nos asesine a todos cuanto antes, y concluyamos de una vez! . . .

Y atándose fuertemente un pañuelo al brazo, él y sus artilleros continuaron peregrinando de una parte a otra con el cañón, disparando cuando el enemigo les daba tiempo para ello, y dejando cadáveres y sangre en los puntos que recorrían.

Como si las baterías de tierra no fuesen suficientes para llevar la desolación al campo español; como si algo faltase para completar el horrendo cuadro, a las once de aquella mañana comenzó la escuadra a lanzar gruesos proyectiles sobre la población y las defensas del puerto. Y en las defensas las piezas eran

desmontadas y sus sirvientes morían aplastados, y en la población las calles se cubrían de escombros y algunos edificios se derrumbaban con formidable estruendo. . .

El viejo, el astroso Destino, colocado entre la ciudad y las baterías españolas del puerto, escuchaba el estampido de los cañones de la escuadra enemiga; veía elevarse y pasar por encima de su cabeza las bombas, y las seguía con la vista hasta que caían en la ciudad, estallando con atronadora explosión y lanzando al aire tejas, maderos y piedras envueltos entre columnas de humo y nubes de polvo.

Algunas veces caían a sus pies cascos de granadas y pedazos de tejas rotas; pero no le impresionaban más que si fueran copos de nieve o ramos de flores arrojados desde un balcón. Y seguía impávido en su puesto, recorriendo con la vista el camino trazado por los enormes proyectiles.

A la una de la tarde cesó el fuego, y se presentó en el campo español un parlamentario con un pliego del jefe americano. En él se intimaba la rendición a los defensores de la plaza, comprometiéndose los Estados Unidos a transportar a España las tropas.

Y desde aquel día callaron los fusiles y los cañones, y habló sólo el telégrafo.

* * *

Al terminar el combate, Pepe de Castro se encontró rendido y casi sin fuerzas para tenerse en pie. Entonces notó por primera vez el dolor intenso que

le causaba en el brazo la herida recibida; entonces empezó a sentir un gran desfallecimiento en su cuerpo, y otro desfallecimiento más grande todavía en su espíritu. Se sentó a la sombra de un árbol, examinó la herida, que había empapado en sangre el pañuelo, y se vendó fuertemente el brazo. Después se tendió, apoyando un codo en el suelo y la cabeza sobre la mano, cerró los ojos y quedó sumido en amargas y dolorosas reflexiones.

¡Dios misericordioso, qué mal se ponían las cosas para ellos! Los combatientes disminuían por centenares, que se retiraban de las trincheras y se iban al hospital o al sepulcro. Los que aún continuaban con el arma al brazo, sólo eran sostenidos por una vida artificial, prolongada por la agitación nerviosa que producía la lucha. Los elementos de combate eran ya irrisorios, comparados con los del enemigo. De los pocos y malos cañones que tenían, la mayor parte estaban inutilizados, y los que quedaban se inutilizarían en un par de combates más. ¿Y después?... Las municiones iban faltando, los víveres se agotaban, los hombres se morían...

Y el número de los enemigos aumentaba, aumentaba siempre. ¡La lucha era imposible en tales condiciones! ¡No había más remedio que rendirse o dejarse matar! ¡Rendirse! ¡Qué triste era eso para un soldado español, qué vergonzoso para el honor de un ejército, para la nación a que pertenecía ese ejército, para la bandera cuya defensa estaba encomendada a ese pobre ejército! ¡Dejarse matar!... También era muy doloroso dejarse matar, dejarse asesinar sin

gloria y sin fruto, después de tanto sufrimiento, que nadie podría apreciar, después de tanto sacrificio, que nadie querría agradecer. Pero era preferible dejarse matar a rendirse. ¡Lo exigía la Patria, lo exigía el honor!...

Apenas se disparó el último cañonazo, Mariano saltó de la trinchera y se fué en busca de Manuelico, recorriendo el lugar del combate. ¡Con qué cosas tan tristes tropezaron sus ojos! Aquí encontraba un herido que se revolvía en su propia sangre; daba voces para que otros soldados le socorrieran, y seguía su camino. Más allá tropezaba con un cadáver; pero no era el de Manuelico, y seguía adelante. Al fin, vió al pie del árbol al teniente Castro, y se acercó a él, preguntándole con angustia:

—Mi teniente, ¿dónde está Manuelico?

—¿Manuelico? Habrá muerto—contestó el artillero con indiferencia.

—¿Que ha muerto?

—Nada tiene de particular. ¡Han muerto tantos!...

—¡Mi teniente!... ¡Eso no puede ser!... ¡Manuelico no ha muerto!... ¿Dónde podrá estar?... ¿Pero usted no le ha visto?

—Le ví al principio del combate; después... no me acuerdo, porque ni me fijaba en los que morían ni en los que quedaban vivos...

—¡Mi teniente, él me ha salvao la vida tres veces; él me ha llevao en sus brazos; él se ha quitao el pan de la boca pa dármelo a mí! ¡Tengo que buscarle, mi teniente! Vivo o muerto, quiero saber dónde está...

—Vamos a buscarle—dijo Castro, levantándose trabajosamente.

Y los dos siguieron el camino que habían recorrido con la pieza durante el cañoneo anterior, guiados por un reguero de sangre.

Tropezaron a los pocos pasos con dos cadáveres horriblemente mutilados. Ninguno de ellos era Manuelico. Más allá encontraron un brazo, arrancado del hombro a que había pertenecido como si le hubieran cortado con una cuchilla, y junto a él había un sombrero de los que usaban los soldados en Cuba.

Mariano le levantó, y volvió a dejarle horrorizado. Dentro de aquel sombrero había un pedazo de cráneo con la correspondiente cabellera ensangrentada. Un poco más allá vieron un cadáver que debía de llevar allí más de un día, porque estaba medio comido por las aves de rapiña. No se acercaron a él, y siguieron su camino, examinando prendas de vestir abandonadas, y más cadáveres y más miembros humanos arrancados de sus cuerpos. Pero en ninguna parte encontraron el menor vestigio del pobre baturro.

Llegaron a una pequeña altura, y allí vieron dos cuerpos tendidos en tierra. El primero no era Manuelico. Mariano se aproximó al segundo, y gritó lleno de espanto.

—¡Dios!... ¡Aquí está!...

Sí; allí estaba el amigo leal, el compañero cariñoso, el soldado intrépido y valiente, el desgraciado Manuelico, con el cuerpo encogido, el brazo derecho recto y sobre el fusil, los dedos nerviosamente clavados en la tierra, la cabeza empapada en sangre y

rodeada todavía con la venda que le puso la hermana Pilar el 1.º de Julio. Allí estaba Manuelico con la cara cubierta de barro, las manos amoratadas, la boca entreabierta, los párpados suavemente cerrados, como si acabara de dormirse. ¿Vivirá aún?...

Mariano cayó junto a él de rodillas llamándole con dolorido acento:

— ¡Manuelico! ¡Manuelico!...

Pero Manuelico no contestaba.

Se quedó un momento mirándole con terror, sin atreverse a tocar el cuerpo de su amigo por miedo de experimentar la desagradable sensación del frío de un cadáver, sin querer salir de la duda, para que una cruel certeza no coagulara la poca sangre que le quedaba en las venas.

Al fin se decidió a apoyar su mano temblorosa y vacilante sobre la frente del baturro, y la retiró levantándose y exclamando fuera de sí:

— ¡Vive, vive!... ¡Mi teniente! ¡Vive todavía!... ¡Tenemos que salvarle! ¡Una camilla! ¿Dónde habrá una camilla?...

El artillero miró a su alrededor, y no viendo por allí camilla alguna, sin decir una palabra levantó del suelo a Manuelico, le cogió en sus brazos, bastante fuertes aún para sostener aquella carga, haciendo que el cuerpo del herido descansase sobre sus hombros, y se fué con él.

En el suelo, y medio enterrada, quedaba una cinta azul manchada de lodo y sangre, y unido a ella un objeto cubierto de barro. Mariano recogió aquella cinta, limpió el objeto que de ella pendía, y apa-

reció la medalla blanca de la Virgen del Pilar, que Manuelico llevaba siempre al cuello. Mariano besó la santa imagen, exclamando con piadosa ternura:

—¡Virgen bendita! ¡Tú, tú le has salvao!

Y siguió al artillero hasta el hospital.

Junto a la puerta, pegado al muro y apoyado en su bastón, estaba el pavoroso fantasma, la horripilante sombra del Destino. Castro no se fijó en él; pero Mariano se puso más pálido de lo que estaba, y dijo al teniente en voz baja y con acento de profunda tristeza:

—Manuelico se muere!

Los dos penetraron en el hospital. Precisamente en aquel instante bajaban de la cama a un pobre sargento que acababa de expirar. En el mismo lecho, todavía caliente, tendieron a Manuelico, colgaron de su cuello la medalla de la Virgen, encomendaron con sumo interés al baturrico al cuidado de las Hermanas, y se marcharon.

Al salir, continuaba en el mismo lugar el andrajoso Destino. Castro se acercó a él con cierto terror supersticioso, que no podía disimular, y le preguntó:

—Sombra negra, ¿qué haces tú aquí?

—Estoy contando los heridos y los muertos— contestó el viejo con voz desfallecida.

—¿Y para qué los cuentas?

—Para apuntarlos en la lista de las víctimas...

—¿Quién eres tú?

—¿Yo?... Y soy un monumento histórico. Mi nombre anda escrito en muchos libros que me dan por muerto, pero los libros se engañan... No, acaso

tengan razón; ya no soy más que una sombra, ya no soy más que un cadáver... Los soldados me llaman el *Destino*, y me hacen responsable de todas las desventuras que aquí han pasado. Cuando esto acabe, también allá en España dirán que yo promoví la insurrección, que yo maté de hambre a los soldados, que yo arranqué la bandera española del Nuevo Mundo... ¡Infames! ¡Perversos!... Yo no he hecho más que presenciar vergüenzas y traiciones... Ya se sabrá todo, que no solamente llevo una lista de las víctimas, llevo también otra de sus verdugos... ¡Oh! El mundo entero se levantaría contra ellos, si el mundo supiera cuantos males han causado, cuanta sangre inocente han vertido por satisfacer sus viles ambiciones y sus vergonzosas concupiscencias.

En los ojos del mendigo brilló un relámpago al concluir de hablar. Castro quedó perplejo con el extraño lenguaje de aquel sér misterioso, y volvió a preguntar:

—¿Quién eres? ¡Dímelo, o te ahogo entre mis manos!

—Señor oficial—contestó el viejo con una mueca que quería ser una sonrisa.—Lo mismo me da morir hoy que mañana, pero usted... usted no tiene cara de asesino.

—No, no lo soy; pero dime quién eres, o lárgate de aquí.

El mendigo, encorvado sobre su bastón, y arrastrando los pies por el suelo, se marchó rezando con voz doliente:

—Todos me desprecian! ¡Todos huyen de mí...
¡Señor! ¡Señor!...

—¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?—dijo Mariano en voz
baja al artillero.—Ha dicho que es una sombra, un
cadáver, un *menumento*... ¡Manuelico se muere!...

VI

Los defensores de la plaza sitiada hallábanse en una situación sumamente angustiosa. Habían visto morir a muchos de sus compañeros en el campo de batalla; habían presenciado la destrucción total de sus buques, el trágico fin de los marinos y el cobarde abandono de la ciudad por sus habitantes. Después de heroicos y desesperados esfuerzos habían tenido que retroceder ante un enemigo incomparablemente superior, que ocupaba las posiciones que ellos dejaron cubiertas de cadáveres y sangre. Y aquel enemigo, orgulloso de sus triunfos, les tenía encerrados en un semicírculo de hierro de todo punto infranqueable, cuyos extremos se apoyaban en el mar, dando la mano a su potente escuadra que completaba el impenetrable círculo. Y mientras las fuerzas sitiadoras aumentaban cada día, los sitiados agotaban sus recursos, y morían de hambre y perdían toda esperanza de auxilio.

Abandonados a sus propias y escasas fuerzas, cercados por tierra y por mar, amenazados desde diversos puntos por las formidables baterías del ejército americano y los cañones de su escuadra, sólo les quedaba la cruel alternativa de rendirse o morir. «¡Rendirse no, morir!» (decían aquellos héroes del sufrimiento). Y se resignaron a morir.

Hacia más de un mes que los soldados no probaban el pan. Su único alimento era un puñado de arroz mal condimentado con un poco de aceite y sal, no había otra cosa; y con este alimento habían sostenido rudos combates, y pasaban el día y la noche con el arma al brazo, y trabajaban en la construcción de nuevas defensas o en montar viejos cañones que luego resultaban inútiles.

Después les amenazó un enemigo más poderoso que los yanquis, un tormento más atroz aún que el hambre y la fatiga. Lluvias torrenciales inundaron el campo y las trincheras, y en ellas tenían que permanecer firmes e inmóviles los sufridos soldados, con el agua hasta la cintura. Medio cuerpo tiritaba de frío y el otro medio se ahogaba de calor; sus pies se hinchaban, sus miembros se entumecían, una fiebre lenta les iba consumiendo, hasta que no podían sostenerse y caían al borde de las zanjas. Y todavía exclamaban, cuando apenas tenían fuerza para decirlo: «¡Morir, morir antes que rendirse!»

El aspecto de la ciudad no era menos triste y desolador que el del campamento. Las ambulancias y los hospitales estaban atestados de enfermos y moribundos, que carecían de la alimentación más indispensable y hasta de la asistencia necesaria por falta de personal. Las hermanas de la Caridad se desvivían por proporcionarles algún auxilio; pero eran también seres humanos, y necesitaban comer y descansar. Y como no descansaban ni comían, iban sucumbiendo poco a poco bajo el peso de un trabajo insoportable y una aflicción de espíritu que agotaba

sus fuerzas. Sor Justa salió varias veces en busca de carne para sus enfermos, y siempre volvió con las manos vacías y los ojos convertidos en dos fuentes de lágrimas ¡No se encontraba nada en toda la ciudad! Nadie se acordaba, nadie se compadecía de los pobres heridos!...

La anciana Sor Pilar ya no se tenía. Un día quiso andar, y las piernas se negaron a obedecer. Pretendió sostenerse siquiera en pie, pero flaquearon las piernas y cayó desplomada sobre el pavimento. Sentada en un sillón era trasladada de un lado a otro, y desde entonces se la vió siempre a la cabecera de los heridos, consolándolos como podía, sufriendo y llorando con ellos.

Eran tantos los que morían diariamente, que ya no causaban impresión alguna. Al que moría le enterraban, y ocupaba su puesto en el hospital otro que, de ordinario, moría también. Y así iban sucediéndose constantemente: del campo al hospital del hospital al sepulcro. Y el sepulcro se habría en las calles mismas de la población, triste morada del dolor, donde sólo se escuchaban lamentos, donde no había más que desolación y muerte en la tierra que hollaban los pies, en el aire que se respiraba, en el agua que se bebía.

Todas las casas permanecían cerradas; en su interior reinaba el silencio de los sepulcros. Moradas sin moradores, ciudad sin habitantes, cementerio de soldados, hospital de sangre, desesperación y llanto, soledad y tristeza: todo esto era Santiago en aquellos días de amargura y de horror. Por todas partes

tropezaban los pies con ruinas producidas por los anteriores bombardeos; por todas partes se veían mulas y caballos convertidos en esqueletos, que mordían un pedazo de madera o se apoyaban sobre una pared para sostenerse, o, muertos de inanición, se hallaban tendidos en medio de la calle. Algunos perros, que habían quedado en la ciudad cuando sus amos la abandonaron, arañaban a las puertas de sus casas y herían los aires con tristísimos aullidos, hasta que sus fuerzas se agotaron y concluyeron por echarse junto a la puerta, y allí perecían de hambre.

En el campamento enemigo se presenciaban también escenas desgarradoras. Los emigrados de Santiago, que pensaban encontrar entre los yanquis hospitalidad y alimentos, pagaban muy cara su deslealtad y su cobardía. Habíanse forjado la ilusión de que se rendiría la ciudad inmediatamente después de su partida; y vieron muertos de pena que la plaza continuaba defendiéndose con tesón, sin que fuera posible prever el término de la lucha. Habían salido de sus casas sin más ropa que la que llevaban puesta, y con los víveres necesarios para dos o tres días los que tenían provisiones en sus despensas. Muchos de aquellos desgraciados quedaron sin albergue en los pequeños pueblos donde fueron a buscar refugio, y tenían que vivir en el campo o en las calles, recibiendo aquella lluvia copiosa e incesante que penetraba hasta los huesos. Los que pudieron cobijarse bajo techo vivían hacinados y sin otra cama para dormir que el duro y húmedo suelo.

Agotadas sus escasas subsistencias, tenían que de-

jarse morir de hambre, sin poder adquirir un pedazo de pan a ningún precio, y el que lo adquiriría lo guardaba como un tesoro y se escondía donde nadie le viera para comerlo. Algunos registraban sus sacos, y de entre las costuras sacaban los últimos granos de arroz, que devoraban crudos.

Jóvenes y ancianos, de rostro escuálido y tambaleándose sobre sus debilitadas y enflaquecidas piernas, recorrían las calles y extendían los brazos implorando la caridad pública, y llamaban a todas las puertas y penetraban en todas las casas. . . Pero la caridad ya no escuchaba lamentos ni socorría necesidades, ni hacía caso de los que caían desfallecidos en el arroyo. Los niños pedían pan, alargando sus manecitas y llorando; pero nadie se compadecía de ellos. Y cuando les faltaban fuerzas para llorar, inclinaban su agonizante cabecita sobre el pecho, y morían en los brazos de sus madres.

Algunas mujeres, desgarradas y hambrientas, se deslizaban por las trincheras y las tiendas de campaña pidiendo a los soldados una piltrafa de carne para ellas y sus niños, y los humanitarios yanquis las rechazaban a puntapiés o las recibían con risotadas y groseros insultos. Y ellas permanecían allí, viendo comer a los soldados, como permanece el perro, con la vista clavada en su amo, esperando que le arroje un hueso para lanzarse sobre él, o caiga una migaja de pan para recogerla.

El hambre, la humedad, el calor y el hacinamiento de tantos cuerpos humanos propagaron rápidamente el paludismo entre la mísera multitud de los emigra-

dos, y el paludismo producía centenares de víctimas diarias. La muerte se cebaba en ellos de un modo cruel; las zanjas abiertas en el campo iban tragándose poco a poco sus cadáveres. . .

Y la ciudad no se rendía.

Aquellos miserables cometieron la villanía de dirigir al jefe americano un escrito, en que exponían su lamentable situación, quejándose amargamente de que sus bombardeos contra la plaza habían sido poco eficaces. Aquellos traidores, abortos de las logias de España y de Cuba, se dolían de que la ciudad no hubiese sido ya conquistada, y exigían del enemigo el empleo de medios más poderosos para aniquilar al soldado español y hacer que el ejército sitiado se rindiese, y excitaban a las tropas americanas a lanzarse inmediatamente sobre Santiago, invocando esos mismos sentimientos de humanidad que habían sido el pretexto de la guerra. . . Unicamente las señoras firmaban esa vergonzosa exposición; pero fué sugerida por todos y redactada por un hombre que había nacido en tierra española, por un funcionario que cobraba su sueldo del Tesoro público. . . La caridad cristiana me veda escribir su nombre; la historia lo dirá algún día.

Y a medida que pasaba el tiempo, las subsistencias se agotaban y la situación de la plaza se hacía más insostenible. Sus defensores apenas tenían ya figura humana. Las piernas, debilitadas por un trabajo incesante y un perpetuo ayuno, se negaban a sostener aquellos cuerpos sin vida, armazones de huesos encerrados en una piel rugosa y amarillenta.

El negro de los ojos y la blancura de los dientes resaltaban en aquellos rostros escuálidos y de color de tierra. Parecían cadáveres ambulantes, esqueletos movidos por un oculto mecanismo.

El cansancio y el hambre proseguían su obra destructora. El aire que se respiraba olía a muerto; la tierra humedecida exhalaba emanaciones de cadáveres que guardaba en su seno; el cielo estaba cubierto de aves de rapiña que se cernían sobre la triste ciudad, esperando que sus defensores acabasen de morir. . .

¡Y todavía en aquellos ojos moribundos brillaban alguna vez relámpagos de entusiasmo! ¡Y aquellos brazos enjutos y sin vigor trabajaban por proporcionarse medios de defensa y proseguir luchando! ¡Y el indomable espíritu guerrero de una raza de mártires, arrancaba de aquellos labios secos y pegados a las mandíbulas frases que sólo han pronunciado los héroes: «¡Antes morir que rendirse!»

Pero el Gobierno español, aquel Gobierno que no había pagado en trece meses a los soldados de Cuba; aquel Gobierno que nunca creyó en la guerra, ni tuvo alientos para dirigirla cuando estalló, ni pensó más que en una derrota para pedir la paz, asegurándose antes de las disposiciones del ejército para aceptarla; aquel gobierno que no se cuidó de artillar los puertos de Cuba, ni proporcionó a los marinos elementos de combate, ni a los soldados víveres y medios de defensa, condolido ahora de la sangre allí derramada, como si fuese sangre de sus propias venas, opinó que ya se había hecho bastante para

conservar el honor de la bandera, y mandó instrucciones que se resumían en estas palabras: «Rendirse antes que morir».

* * *

En la mañana del día 16 hallábase Castro arreglando ciertas averías en su pieza, cuando se acercó a él un comandante, diciéndole:

—Ya es inútil ese trabajo, señor oficial. Los yanquis harán las composturas necesarias en el cañón.

—¿Qué quiere usted decir, mi comandante?—preguntó el teniente sorprendido.

—Quiero decir... que Santiago capitula.

El artillero quedó un momento pensativo y con los ojos clavados en la pieza. El primer movimiento de su alma fué de satisfacción, o a lo menos de conformidad. El estado lamentable de las tropas, la escasez de recursos, sin esperanza alguna de auxilio, los desastres pasados y las desventuras sufridas habían causado tal abatimiento en su espíritu, que únicamente deseaba que aquello terminase pronto, no importaba de qué manera...

Pero cuando en su mente se fijó la idea de una rendición, lo que significaba declararse vencidos, sobre todo habiendo todavía fusiles y cartuchos con qué cargarlos, y brazos para sostenerlos; cuando pensó en la humillación y la vergüenza de entregarse al vencedor y volver vivo a su patria, dejando clavada la bandera yanqui donde había ondeado la española por espacio de cuatro siglos, toda su sangre

afluyó al corazón, su rostro se puso lívido, sus manos se crisparon, sus labios sólo acertaron a pronunciar estas palabras:

—¿Se rendirán los cobardes, yo no me rendiré jamás!

—Es una locura seguir combatiendo, amigo Castro —agregó el jefe con voz conmovida.— Nos respetarán nuestras armas, saldremos con todos los honores de la guerra, no nos rendiremos para caer prisioneros... La capitulación se impone. No nos queda otro recurso que aceptarla en las mejores condiciones posibles.

—¿Cómo que no nos queda otro recurso? ¿Ya no hay un solo cartucho en el Parque? ¿Hemos comido el último grano de arroz? ¿No queda ni un soldado que defienda la plaza?...

—Todo se está agotando, incluso las vidas de los combatientes y las energías corporales de los que no han muerto.

—Pero no las energías del espíritu. ¡Me consta que los soldados no quieren rendirse! ¡Me consta que quieren morir antes que pasar por esa vergüenza! . . .

—Lo sé, lo sé; pero sería un crimen exigirles más sacrificios, sobre todo cuando esos sacrificios han de resultar completamente inútiles.

—¿Inútiles? ¿Inútil luchar hasta morir? ¿Inútil dejar al enemigo cadáveres y ruinas como únicos trofeos de su victoria? ¿Inútil hacerle saber que sólo podrá tomar la ciudad cuando no quede un soldado que la defienda? ¿Inútil presentar ante el mundo, que en

estos instantes nos contempla, el ejemplo de un pueblo indomable que no se rinde jamás, de un ejército de héroes que prefieren la muerte a la humillación de la derrota?... ¡No pensaban así los defensores de Zaragoza, ni comandantel

—Todo eso es inútil para la defensa de Santiago. Si no se rinde hoy tiene que rendirse mañana, con la diferencia de que hoy pueden obtenerse algunas ventajas, y mañana, después de haber perdido hombres sin fruto alguno, seríamos prisioneros de los yanquis.

—¡Mi comandantel Usted y yo no podemos entendernos, porque miramos las cosas desde distinto punto de vista. Quiero suponer que todos nuestros esfuerzos sean inútiles para defender la plaza, y que, un día antes o un día después, caerá en poder del enemigo. ¿Pero no hay nada más allá del territorio de Cuba? ¿Todas nuestras aspiraciones deben limitarse a defender esta tierra de maldición? ¡Ah! Yo creo que la gloria de una nación no depende del éxito material de un combate. Yo creo que la gloria de la Patria está en tener hijos dispuestos a morir por defenderla, hijos que sepan sacrificar su vida antes que entregarse al enemigo. Vencidas fueron Sagunto y Numancia, y sus nombres son los nombres más gloriosos de la historia de España; vencidas fueron Zaragoza y Gerona, y sin embargo, los defensores de Gerona y de Zaragoza figurarán siempre a una altura inconmensurable sobre el vencedor. . .

—¡Ay, amigo! en Zaragoza y Gerona defendían sus propios hogares, el pan de sus hijos y el honor

de sus mujeres, los sepulcros de sus muertos y los templos de su fe; aquí sólo defendemos casas que sus mismos dueños han abandonado. En Zaragoza y Gerona, niños y ancianos, mujeres y hombres, sanos y enfermos, todos eran combatientes, todos contribuían a la lucha formando una sola alma y unidos en una misma aspiración; aquí se acogen bajo la bandera enemiga hasta los voluntarios, hasta los empleados españoles, y nos dejan solos, ¡solos, querido Castro! Huyen de nosotros, nos desprecian, nos escupen, desean vernos vencidos. ¡Contra nosotros se levantan hasta las piedras de la calle! ¡La tierra que pisamos nos arroja de sí! . . . ¡Qué diferencia entre Zaragoza y Santiago de Cuba, amigo mío!

—¡No, no es eso, mi comandante! Debemos combatir por el honor de España, y el honor de España lo mismo se defiende en Zaragoza que en Santiago. ¡Es que aquella raza de héroes ha muerto! ¡Es que ya no corre sangre española por nuestras venas!...

—¿De suerte que usted opina que nos dejemos matar?

—Si es necesario para salvar el honor del Ejército, si lo exige el bien de la Patria, ¿por qué no? ¿Es acaso otra la misión del soldado?

—Cuando hay esperanza de vencer, cuando la resistencia puede proporcionar algún auxilio o hacer cambiar las cosas, es una obligación resistir, es un deber luchar hasta la muerte. Pero cuando no queda ni la más remota esperanza de un cambio de la fortuna; cuando la resistencia resulta completamente

inútil, continuar derramando sangre es un crimen, empeñarse en una defensa imposible, una locura.

—¿Y por qué no ponemos fuego a la ciudad y nos retiramos rompiendo las filas enemigas?

—Eso sería una locura mayor.

—La mitad de las victorias se deben a una locura.

—Eso sería ir en busca de una tremenda catástrofe. ¡Romper las filas enemigas con un puñado de hombres, con soldados que apenas pueden tenerse en piel...

—¡A lo menos moriríamos honrosamente en el campo de batalla!

—Sí, asesinados por los yanquis, y cazados, los que pudieran escapar, por los insurrectos.

—¡Que nos asesinen los yanquis, que nos cacen los insurrectos! ¡Menos deshonra eso que una rendición!

—Y aunque la retirada saliese bien, nos quedarían quince días de marcha. ¿Y qué comemos durante esos quince días?

—¡Carne de cobardes; y si se acaba, comeremos tierra!...

—Hablemos razonablemente, Castro. La situación es ya de todo punto insostenible. El soldado carece de fuerzas físicas porque trabaja y no come, y hasta de energías morales por tan continuadas desventuras. No se le puede exigir más de lo que ha hecho. Los víveres es están agotando. ¿Qué come cuando se acaban? Municiones habrá para un par de días de combate. ¿Y después?...

—Después nos quedan las bayonetas en los fusiles, y los sables en el cinto, y dientes en la boca, y uñas en las manos, y piedras en las calles, y tejas en los edificios, y petróleo para convertir la ciudad en una hoguera, y pólvora con qué volar los muros, y volar nosotros con ellos, para que el mundo se asombre y el vencedor sólo conquiste los escombros de Santiago y los mutilados despojos de nuestros cuerpos... ¡Pero rendirnos! ¡Rendirse tropas españolas con el fusil en la mano!... ¿Usted se ha hecho cargo, se han hecho cargo los que han capitulado con el enemigo, de lo que significa una rendición?

Y después de un momento de silencio, agregó bramando de rabia:

—¡Dios poderoso! ¡Vivir para saber que Cuba ya no pertenece a España, porque sus hijos no han sabido defenderla! ¡Ver arrancar de esa ciudad por una mano enemiga la bandera de la Patria! ¡Escuchar los gritos de triunfo del ejército victorioso!... ¡Eso no puede suceder, mi comandante!... Y nosotros... nosotros, humillados y vencidos, volveremos a España con la vergüenza en la frente, y el pueblo nos preguntará qué hemos hecho de Cuba, dónde está nuestra bandera, por qué nos dejamos vencer, por qué no supimos morir... Y las muchedumbres nos llenarán de insultos, y gritarán cuando desfilemos delante de ellas: «¡Cobardes! ¡Cobardes!...» ¡Dios del cielo! ¿No es mejor mil veces morir que pasar por este bochorno?...

El comandante escuchó conmovido al artillero, y dijo después de un instante de silencio.

—Es muy triste todo eso, Castro, tan triste como usted quiera; pero no hay manera de hacer otra cosa. ¡Un destino fatal nos persigue! ¡La más grande desventura ha caído sobre nosotros!... Pero es inútil discutir sobre este punto: el hecho está consumado, y no hay más remedio que aceptarlo. Ni usted ni yo podemos hacer que cambie el curso de los sucesos; ni usted ni yo tenemos que responder de esta gran catástrofe.

Se quedó un momento mirando al teniente, y agregó cambiando de tono:

—Castro, yo venía a comunicarle a usted una orden, y a su cargo queda el cumplirla o no. La orden a que me refiero es la de conservar el cañón para entregarlo al enemigo... Se ha estipulado así en la capitulación.

—¿Yo?—contestó el artillero lanzando fuego por los ojos.—¿He hecho yo la capitulación? ¿Yo entregar mi cañón a los yanquis? ¿Yo permitir que mi cañón pueda algún día disparar contra soldados españoles? ¡Antes me dejaría arrancar el corazón!..

Y apoderándose del aparato del cierre, lo arrojó lejos de sí, yendo a parar a un barranco, donde ya nadie podría encontrarle.

Después se cruzó de brazos, y añadió:

—He desobedecido sus órdenes, pero he cumplido con mi conciencia y con mi honor. Ahora que me fusilen si quieren.

—¡No te fusilarán, querido Castro!—exclamó el jefe esforzándose por contener las lágrimas.—Yo en tu caso habría hecho lo que acabas de hacer tú.

Ahora no te habla el comandante, sino el amigo. Deja que abrace al oficial más digno del Ejército español.



Y le abrazó mientras agregaba enternecido:

—¡Castro, Castro! Si todos fueran como tú, las cosas hubieran ido de otra manera, y no nos encontraríamos hoy en la triste situación en que nos encontramos.

Se marchó el comandante, y el artillero, recostado sobre su cañón, quedó un buen rato llorando de rabia y de vergüenza. Y pensó en la rendición, y en su propia desdicha, y en los tristes destinos de su Patria, sumido en honda pena y devorado por una suprema aflicción de espíritu.

Después se dirigió con paso lento a las trincheras, llamó a Mariano, y esforzándose por ocultar su emoción, le dijo:

—¿Tienes muchas ganas de ver a tu madre?

—¡Ya lo creo, mi teniente!—contestó él bajando los ojos, enternecido con el dulce recuerdo que Castro traía a su memoria.

—Pues pronto la verás—agregó el artillero.

—¿Es de veras?

—Sí. ¡Santiago se rinde!

—¿Se rinde?—preguntó con ansiedad el soldado.

—¡Se rinde, sí, se rinde!... ¡Nos han vencido Mariano!... ¡Ya es cosa hecha!...

El soldado guardó silencio y se quedó mirando fijamente a Castro como quien no entiende bien lo que está oyendo. Después clavó la vista en la tierra, y sólo se le ocurrió decir:

—¡Pobre Manuelico cuando lo sepa!

—¿Le has visto hoy?

—¡No, mi teniente!

—Vamos a verle.

Recorrieron el camino, que les separaba de la ciudad, tristes y silenciosos. Llegaron al hospital, y pegado a la pared encontraron al Destino. Mariano le miró con terror, el artillero apenas se fijó en él, y entraron.

* * *

En una cama, tan limpia como si en ella hubiera andado la mano de una madre, se hallaba el infeliz baturro con la cabeza casi enteramente vendada, los

ojos cerrados, los brazos tendidos sobre la ropa, e pecho medio desnudo, y sobre el pecho la medallita blanca de la Virgen, pendiente del cuello por su cintita azul. A la cabecera, y sentada en su sillón, estaba la anciana sor Pilar, inmóvil y sonriente como un ángel del cielo que vela el sueño de otro ángel de la tierra.

—¿Cómo va Manuelico?—preguntó Castro después de saludar a la hermana.

—Va mejor, pero... pero se morirá—contestó con voz débil.—¡Ay, señor teniente! ¡Se morirá el pobrecito por falta de alimentos!... No tenemos qué dar a los heridos. Esto es una desolación, señor teniente... Todavía no ha recobrado del todo el conocimiento. La fiebre le abrasa. Algunas veces delira... ¡y si viera usted qué cosas dice! Cree que está con su madre, y la besa y la abraza... ¡Pobrecico! Otras veces sueña con banderas y cañonazos y victorias... Pero nada, ni un caldo sustancioso podemos darle, porque no lo hay. ¡No hay nada, señor teniente!

—Pronto tendremos caldo, y carne, y cuanto sea necesario—dijo con acento sombrío el artillero.— ¡Santiago se rinde!

—¿Al fin se rinde?—preguntó la anciana con vivísima ansiedad.

—No hay otro remedio.

—¿De modo que nos han vencido?

—¡Si hermana; nos han vencido!

—¿Y Santiago ya no pertenecerá a España?... ¿Y para eso se han sacrificado tantos hombres y tantas vidas? ¡Dios mío, qué penal!...

Y la infeliz lloró amargamente, cubriéndose el rostro con las manos.

Los enfermos más próximos oyeron la triste nueva, y se la transmitían en voz baja a los demás:

—¡Santiago se rindel!

En aquel momento entró en la sala sor Justa. Iba horriblemente pálida, angustiada y llorosa. El insomnio, el hambre, la fatiga, las penas y los sufrimientos, habían desfigurado su angelical semblante. Después de quince días de martirio, sin comer y sin dormir, sólo vivía por la misericordia de Dios, porque hacía falta que viviese.

Se acercó al grupo, y dijo, dirigiéndose a la hermana sor Pilar:

—Hermana, ¿no sabe usted una cosa?... ¡Santiago se rindel... Acabo de oírsele a un jefe. Dice que ya no hay víveres... ¡Mentira! ¡Los hay en los comercios, los hay en las cuevas de los almacenes, los hay en las casas particulares de hombres sin entrañas que no dan un grano de arroz aunque todos se mueran!... Dice que los soldados ya no pueden resistir más. Yo le contesté que nos den fusiles, y nosotras iremos a las trincheras. Pero él se echó a reír y se ha ido... ¡Virgen, qué desolación!... ¡Y los pobres heridos muriéndose de hambre!... ¡Tres, tres se han muerto hoy, y los tres de hambre, hermana! Me canso de recorrer la ciudad, y no encuentro una onza de carne buena ni mala. Ayer salí con intención de llegar al campamento de los yanquis. Ellos tienen de todo y me hubieran dado una limosna para el hospital. Pero me acordé que eran enemigos de España, y dije:

«¡Dios mío! Ir a pedir una limosna a nuestros verdugos, a los asesinos de los pobres soldados! . . . ¡No, eso no! ¡Vale más que se mueran de hambre! . . . » Y me volví a la ciudad. ¡Se me agotan las fuerzas! ¡Ya no puedo con mi cuerpo! ¡Y todas las hermanas están lo mismo!... ¡Que se acabe esto pronto, Virgen bendita! . . .

Y la cuitada se echó a llorar también, doblando el cuerpo y apoyando la cabeza sobre el lecho de Manuelico.

A Mariano se le caían gruesos lagrimones, al teniente se le oprimía el corazón en el pecho. La hermana Pilar había escuchado a sor Justa con las manos cruzadas y la vista fija en el suelo, como quien busca resignación en la desgracia, bálsamo al dolor y remedio a lo imposible.

El enfermo abrió los ojos, aquellos ojos negros en que siempre brillaba una sonrisa; paseó su vista extraviada por la habitación, y gritó, agitando los brazos:

—¡Pim! ¡Pam! ¡Pum!... Los yanqueses! ¡A ellos!.. ¡Rediez, ahora soy general, y yo mando! ¡A ellos!.. ¡Quieren que se rinda Santiago! ¡Santiago no se rinde!... ¡Quieren coger la banderal! ¡Salvar la banderal! ¡Ya vienen! ¿No los veis?... ¡A la bayoneta! ¡Que no quede uno pa contal!... ¿Lo veis? ¿Veis cómo huyen?... ¡Rediez, les himos vencido! ¡Viva Español! ¡Viva la Pilarica!...

Calló, dejó caer los brazos sobre la cama, cerró suavemente los ojos y volvió a quedarse dormido.

—Esto me destroza el alma. Vámonos de aquí— dijo el artillero a su acompañante.

Y dirigiéndose a las monjas, agregó con la voz alterada por una emoción profunda:

— ¡Hermanas, tengo sumo interés en salvar la vida a este desgraciado! Cayó herido al pie de mi cañón; yo le recogí del lugar del combate y le traje sobre mis hombros al hospital. Es el soldado más bravo del ejército, el corazón más noble y una de las almas más hermosas que han cruzado por la tierra. La noticia de la rendición de Santiago le afectará de tal modo que podría matarle. Procuren ustedes ocultársela hasta donde sea posible cuando recobre el conocimiento... Él confía ciegamente en la medalla que lleva sobre el pecho; yo también confío en que la Virgen le ha de salvar... ¡Adiós, ángeles de la caridad! ¡Rogad a Dios por la desventurada España!...

Castro salió del hospital hondamente impresionado con lo que había visto. Estaba aturdido, temblaba todo su cuerpo, tenía fiebre, sentía necesidad de estar solo, de echar de sí un peso que le aplastaba el corazón, de llorar... Pero un soldado no debe llorar nunca; y esforzándose por ocultar el estado de su alma exclamó, más bien hablando consigo mismo que dirigiéndose a su compañero:

— ¿No has oído lo que dicen esas pobres monjas? ¡Que las den fusiles, y ellas irán a las trincheras!... Ya lo ves: unas débiles mujeres nos dan ejemplo de valor, de abnegación y de patriotismo. ¡Qué vergüenza!...

* * *

Las calles de la ciudad permanecían desiertas y

silenciosas. Los pocos soldados que alguna vez transitaban por ellas iban tambaleándose sobre sus pies, como hombres decrepitos, y sus demacrados semblantes eran la viva imagen del abatimiento y del dolor. Las casas seguían cerradas y sin habitantes, y parecían más tristes, más sombrías que de ordinario. La bandera, izada en el palacio del Gobierno, dejaba caer su paño amarillo y rojo sobre el asta, inclinada hacia la tierra; y en aquellas vías solitarias, y en aquellos edificios cerrados, y en aquella bandera agonizante, Castro leía siempre estas tremendas palabras: «¡Santiago se rinde!».

Salió de la ciudad, y allá en el campamento español empezaba a circular la infausta noticia, que unos trasmitían a otros, revelando todos en el acento de su voz y en la lumbre de sus ojos no sé qué especie de desesperación y rabia sobre un fondo de inmensa tristeza: «¡Santiago se rinde, Santiago se rinde!...»

Algunos no lo creyeron; pero bien pronto disipó las dudas una *orden general* que hablaba de la necesidad de una capitulación, e invocaba la disciplina para llevarla a feliz término.

Y lo más doloroso de todo fué que no sólo se rendían los defensores de la plaza, sino otros muchos miles de hombres que ni siquiera habían visto al enemigo.

*
* * *

Mariano ocupó su puesto en las trincheras, y Castro se encaminó con paso lento al lugar en que había recibido la desdichada nueva de la rendición.

Allí estaba todavía, abandonado y solo, el fiel amigo, el compañero leal que con él había compartido los azares de la guerra y los peligros del combate; allí estaba, inutilizado y muerto, su querido cañón, montado sobre la cureña y apuntando hacia el campo enemigo. El teniente se detuvo un momento delante de él; le miraba con la aflicción del padre que contempla el cadáver de su hijo, y movía tristemente la cabeza, espantado de su obra. Le parecía que también aquel pedazo de acero participaba de la desolación general, que sentía la desgracia del desastre, que estaba acongojado como su propio espíritu. . . Aquel pobre cañón ya no era más que un trasto inútil, un verdadero cadáver. Ni hablaba ni vivía. El mismo le había cerrado la boca, él mismo le había matado. Y tuvo lástima de su cañón, y sintió como una especie de remordimiento por haberle destrozado, como si le acusara de ingrato y de traidor.

Después se apoyó de espaldas sobre la cureña, y cruzó los brazos. Dirigió una mirada al campamento español, y sólo vio soldados que iban y venían con la cabeza inclinada sobre el pecho, apenados y silenciosos. Penetró con la vista en las trincheras, y en las trincheras sólo quedaban jóvenes que caían desfallecidos, lenguas que no hablaban, labios que no sonreían, caras cadavéricas, desesperación y abatimiento. Entró dentro de sí mismo, y empezó a pensar en su propia situación, en la situación amarga y tremenda del soldado altivo y valiente que se ve

en la necesidad de declararse vencido y entregarse al vencedor, más fuerte o más afortunado.

Y enlazando unas ideas con otras, vino a grabarse en su mente la excelsa imagen de aquellos guerreros españoles que cuatro siglos antes, y en el mismo suelo en que él se encontraba, habían clavado el signo de la Redención y el estandarte de Castilla. ¡Santo Dios, qué dirían de lo que ahora estaba pasando si se levantasen del sepulcro? . . . Se acordó de aquellas tropas invictas que, por mar y por tierra, pasearon triunfante el pabellón nacional, y conquistaron un mundo para España. . . Y después de tantos triunfos y tantas glorias; después de tanto poderío y tanta grandeza. . . ¡a él, a él precisamente había de tocarle el momento de las grandes ignominias, la hora triste de las desventuras y el desastrel ¡El, él mismo iba a ver arrancar de Santiago la bandera allí enarbolada por Diego Velázquez! ¡El mismo iba a presenciar la entrega de aquel pedazo de la Patria a una nación enemiga! ¡El mismo tenía que desfilar, muerto de vergüenza, por delante del vencedor, y escuchar sus himnos de triunfo, y sufrir en silencio sus gritos de júbilo y su insultante regocijo! . . .

¡Dios misericordiosol... — exclamó irguiéndose de un salto, y paseando de un lado a otro con agitación nerviosa, como un desesperado o como un loco. — ¿Qué crimen he cometido yo para que así me persiga el infortunio? ¿Quién me inspiró la maldita idea de hacerme militar, si había de ser testigo y actor de esta derrota sin ejemplo y sin nombre? ¿Por qué no me dedicaron a labrar tierra, obligán-

dome a empuñar la azada y el arado como un gañán, antes que hacerme pasar por tanta ignominia? Por qué las balas enemigas me han perdonado a mí, a mí que prefería la muerte, habiendo matado a tantos infelices que debían vivir?... ¡Dichosos vosotros, amigos y compañeros míos, que os veis libres de estas congijas mortales! ¡Dichosos vosotros los que habéis muerto honrosamente en el campo de batalla... Yo os tuve lástima cuando os ví sucumbir bañados en vuestra propia sangre. Ahora envidio vuestra suerte, ahora comprendo que habéis sido más afortunados que yo...

Y continuó paseando precipitadamente, sin alejarse del cañón, mientras iban desfilando por su memoria todos los desastres, todas las desventuras sufridas. Pensó en aquella desdichada escuadra, causa única de que las cosas hubieran llegado a tal extremo; en aquella triste escuadra que fué hundida en el mar, muertos o prisioneros sus tripulantes. Pensó en los combates del Caney, San Juan y Canosa, donde se derrochó el heroísmo y la sangre, todo sin utilidad y sin gloria. Pensó en el poderoso ejército español que se hallaba allí cerca, casi al alcance de la vista, sin poder prestarles el menor auxilio. ¡Oh desesperación!... Ellos, los defensores de Santiago, eran los náufragos que se ahogaban en el puerto, tocando la costa y en presencia de una multitud que les contemplaba desde arriba sin poder darles la mano ni arrojarles una tabla de salvación. Y se hundían, se hundían entre las aguas, extendiendo los brazos con

ansiedad e invocando inútilmente el amparo de la muchedumbre...

¿Por qué no se habían abierto en toda la Isla vías de comunicación para que las tropas pudiesen trasladarse en un momento de un punto a otro? ¿En qué habían pensado nuestros gobernantes? ¿Por qué se encontraban solos, aislados y en tan angustiosa situación, habiendo en Cuba 200.000 hombres? ¿Por qué no tenían allí suficientes fuerzas, abundancia de víveres y elementos de combate? ¿Por qué, Señor, por qué?...

¡Ay! Todas estas reflexiones llegaban tarde; ya no había remedio. Era necesario rendirse, pasar por el vilipendio de entregar sus armas al enemigo, volver a la Patria vencidos, derrotados, deshonorados...

—¡No no!—gritó, deteniéndose en su vertiginoso paseo, con las manos crispadas y apretando los dientes en un acceso de frenesí.—Esto no puede suceder, y no sucederá. ¿Quién me obliga a pasar por tanto oprobio, por tanta vergüenza? ¿Por qué no he de morir aquí, aquí al pie del cañón, abrazado a él, como buen artillero, como militar valiente e indomable? ¿No se lo prometí al principio de la guerra? ¿No le dije entonces: «Juntos hemos de vencer, o juntos hemos de morir?» El ha muerto ya: yo, yo mismo le maté... ¿Pues qué espero?... Y con mano convulsa, sacó el revólver del bolsillo.

Su cabeza era un volcán, sus ojos se iluminaron con una luz siniestra, en sus labios se dibujó una sonrisa diabólica... Dirigió una mirada al cielo; su corazón cristiano buscó una plegaria para disculparse

ante Dios del crimen que iba a cometer; en su mente se fijó el dulce recuerdo de una persona querida que había dejado en Madrid. ¡Ay! La bala que le matase a él, mataría también a D. César, su anciano tío, su protector, su padre... Luego sus brazos cayeron desfallecidos, su cuerpo tembló de espanto y arrojó lejos de sí el revólver exclamando:

— ¡Miserable! ¡Cobardel! ¡Cobardel... ¿Te falta valor para sufrir un contratiempo, para sobrevivir a la derrota?... ¡Ah! matarse es muy sencillol... ¡No, no! ¡Arrostraré las contrariedades! ¡Lucharé contra el infortunio! ¡Me presentaré ante el enemigo con el corazón sereno y la cabeza erguida! ¡Le miraré altivo y frente a frente, para que sepa que el soldado español puede ser vencido, pero humillado... jamás, jamás!... Provocaré al vencedor con la mirada, le provocaré con una sonrisa de desprecio; y si entre ellos hay uno que se atreva a insultarme, le pegaré un tiro. ¡Qué importa que luego me fusilen?...

Y la ira, la desesperación, la pena, todos los sentimientos que han torturado el corazón de los hombres, se juntaron en el suyo para despedazarle.

Otras reflexiones menos dolorosas sucedieron a las primeras; poco a poco fué pasando la tempestad y renaciendo la calma en su espíritu; los arrebatos de cólera se convirtieron en resignada pesadumbre, y lloró. ¡Sí, lloró! El bravo teniente de artillería lloró como el último soldado. Amargas, muy amargas eran aquellas lágrimas; pero sus ojos destilaron la hiel que hervía en su pecho, y se sintió descargado de un peso enorme que le oprimía el corazón.

* * *

La noche extendió sus sombras sobre el campo y la ciudad, recargando las tintas de aquel cuadro de desolación y de tristeza. La luna apareció en lo alto del firmamento, y los tenues rayos de su luz daban a los objetos un tinte melancólico y sombrío. Allá a lo lejos se divisaban las torres de la ciudad; en el campamento se movían de un lado a otro vagas sombras de seres humanos, débilmente iluminados por la triste palidez del cielo.

Castro continuaba al pie del cañón... ¡Siempre allí junto al compañero de sus militares aventuras, como perro fiel que no abandona a su amo ni aun después que muere! ¡Siempre allí como está la madre junto al cadáver de su hijo, hasta que se lo arrancan de los brazos para conducirlo al sepulcro!...

Y rendido por tanta fatiga y tanta agitación, se tendió al lado de la pieza, y a los pocos minutos quedó dormido.

Le despertó el ruido de pasos que se acercaban. Abrió los ojos, y vio caminar lentamente hacia él una extraña figura que le heló la sangre. ¿Era una creación de su sueño, o una realidad? No lo sabía; pero se levantó despavorido, se quedó mirando a la sombra que se acercaba, y pensó al creer reconocerla:

— ¡Es él... Dios poderoso! ¡Hasta en estos supremos instantes nos persigue!...

Y agregó levantando la voz y extendiendo un brazo en dirección a la ciudad:

—¡Huye de estos lugares, implacable Destino!
¡Apártate de mí, sombra maldita!

Y el andrajoso Destino (porque él era efectivamente) retrocedió repitiendo con aflicción inmensa, con más aflicción que nunca, sus frases acostumbradas:

—¡En todas partes estorbo! ¡Todos me arrojan de sí! ¡Señor! ¡Señor!...

VII

Y llegó el 17 de Julio, el día de las inolvidables tristezas, en que los Estados Unidos habían de arrebatarse a la conquistadora del Nuevo Mundo una parte de su imperio y un pedazo de su honra. Y surgió de entre las aguas del mar aquel sol que no se ponía en sus dominios, aquel sol cuyos rayos de fuego iban a iluminar por primera vez en Santiago de Cuba una bandera que no fuese española.

¡Qué mañana aquella, Dios bendito! Los soldados habían recibido orden de entregar las armas, y estrechaban contra su pecho el fusil, como para evitar que se lo arrancasen de los brazos. Y hasta que llegó la hora tremenda, mil sufrimientos diversos de cólera y de angustia, de rabia y de dolor, de exasperación y tristeza, fueron lacerando sucesivamente el corazón que aún latía dentro de aquellos esqueletos vivientes.

Castro fué separado casi a viva fuerza del lado del cañón. Le habría dado un abrazo y un beso si hubiese estado solo; pero tuvo que contentarse con dirigirle una postrera mirada de despedida eterna, y se marchó para no volverle a ver.

A las nueve de la mañana estaba al frente de una compañía, y desde el lugar en que se encontraba vió al general enemigo, con su Estado Mayor y una

brillante escolta de caballería, dirigirse a las trincheras de Canosa.

Allí, sobre aquella tierra humedecida con la sangre de tantos combatientes, esperaba ya el general venido, escoltado por una compañía de Isabel la Católica. Las dos fuerzas formaron en línea, dándose frente y presentando armas. Toral, con semblante pálido, los ojos clavados en tierra y el corazón oprimido por una suprema angustia, se acercó al jefe americano para entregarle su espada.

Entre las tropas españolas que presenciaban el doloroso espectáculo había un profundo silencio: nadie respiraba, nadie se movía. En el rostro de los soldados se notaba una especie de hipnotismo, esa suspensión de ánimo que producen los momentos más solemnes de la vida. Cuando el general español se aproximaba al jefe enemigo, descendiéndose la espada, un vago rumor, un ahogado suspiro se escapó de todos los pechos, y se oyó claramente una voz tristísima, la voz de Castro, que, llevándose las manos a la cabeza, exclamó con dolorido acento:

—¡Qué vergüenza!...

Shafter fué generoso y caballero, preciso es confesarlo. Rechazó la espada que se le ofrecía, y, visiblemente emocionado, pronunció estas palabras:

—No merezco el honor de recibir la espada de quien ha mandado tropas que saben batirse como no se ha batido jamás ningún ejército.

Y los dos jefes se dirigieron a la ciudad y recorrieron las calles con sus respectivas escoltas.

* * *

Los soldados yanquis, que nunca habían visto tan cerca de sí a los españoles, se llenaron de asombro y estupefacción al contemplar aquellos cadáveres escapados del sepulcro, aquellos soldados tan pequeños, tan endebles, tan flacos. Y no podían explicarse cómo les rechazaron a la bayoneta cuantas veces intentaron tomar sus posiciones, cómo ofrecieron tan tenaz resistencia, cómo les causaron tantos destrozos aquellos hombres tan pequeñitos y tan enfermos, sin comer, sin dormir, casi sin cañones, y con escasos y risibles elementos de combate.

Los mismos vencedores se consideraban mucho más bajos que los vencidos, y sintieron hacia ellos admiración y simpatía, la simpatía que naturalmente inspira la desgracia de los héroes. Y los soldadotes yanquis se acercaban a los soldaditos españoles, y les pedían, sin reparar en el coste, la cinta del sombrero, una condecoración, un objeto cualquiera, para llevar a sus casas un recuerdo de la guerra con España, una reliquia de los valerosos mártires de Cuba.

Llegó al fin el momento doloroso y terrible, la hora triste de consumir el más penoso de los sacrificios: el sacrificio de desprenderse de sus armas y dejarlas en poder del vencedor. Los pobres soldados salieron de las trincheras, y en fúnebre procesión se dirigieron a la ciudad para depositar sus fusiles en el Parque de artillería. ¡Qué caras aquellas, Dios mío! ¡Qué aspecto el de los infelices defensores de Espa-

ña, medio harapientos, anémicos y extenuados, al poner sus pies en una ciudad que ya pertenecía al enemigo! . . . Unos bajaban la vista muertos de vergüenza, y seguían a los demás sin saber dónde estaban ni adónde iban. Otros mordían con rabia el correaje del fusil y cuanto estaba al alcance de sus dientes, y seguían también sin ver la tierra que pisaban. Muchos se separaban de las filas, y cogiendo su máuser por el cañón lo estrellaban contra una pared para destrozarlo. Y si esto no lo hicieron todos, fué porque creyeron que los yanquis cumplirían su promesa, y aquellos fusiles volverían a España.

El enemigo tuvo la delicadeza de no presenciar el humillante espectáculo. Jefes españoles recibían las armas; y jefes y oficiales españoles dirigían el acto de la entrega.

Los primeros que depositaron sus fusiles en el Parque fueron los soldados de la Constitución, los restos venerandos de aquel regimiento que inundó de sangre la loma del Caney. Y tras ellos fueron pasando los demás; colocaban sus armas en pabellones, y salían. . . ¿por qué no decirlo? salían llorando. Sí; lloraban los soldados, lloraban los oficiales, lloraban los jefes. ¡Llorabais todos aquel día, mártires infortunados! ¡Llorabais de rabia y despecho, sublevado vuestro orgullo contra el destino implacable que os perseguía! ¡No os avergoncéis de haber llorado, que aquellas lágrimas, vertidas por ver desgarrarse en vuestras manos la honra de la patria, os hacen a los ojos del mundo entero tan grandes como

cuando sacrificabais vuestra vida en San Juan y en el Caney!

No se sabe de dónde salió, pero salió de alguna parte, una voz vibrante y poderosa, el grito mágico que convierte la debilidad en valor y ha enardecido la sangre de cien generaciones de héroes: «¡Viva España!» Y al oír este grito, aquellas cabezas inclinadas hacia la tierra se levantaron; aquellos ojos sin luz brillaron un instante; aquellos corazones abatidos revivieron; aquellos soldados, que acababan de abandonar sus armas, se arremolinaron y retrocedieron para volver a apoderarse de ellas. . . ¡Ay! Ya no se podía deshacer lo hecho. Aquello no era más que un grito de despedida, un vano desahogo del alma arrancado por la desesperación.

Pepe de Castro se hallaba fuera, a la puerta misma del Parque, con las tres condecoraciones ganadas durante la guerra sobre el pecho, el sable en la mano los ojos fijos en el suelo, el corazón. . . ¿Quién es capaz de decir lo que en aquellos momentos pasaba en su corazón, si ni él mismo lo ha sabido nunca? Desde allí contempló la dolorosa escena; desde allí vió entrar, uno por uno, a todos los soldados; desde allí les vió salir enjugándose una lágrima, pálidos, tristes, acongojados.

Una vez, una sola vez levantó la cabeza, y fué para ver lo que no quisiera haber visto. En un balcón próximo había tres cubanitos pertenecientes a las tropas insurrectas, que se reían con marcada burla en presencia de aquel espectáculo conmovedor que a todos hacía llorar. Al bravo artillero se le subió la

sangre a la cabeza; sintió poderosos impulsos de coger un fusil y disparar contra aquellos miserables, contra aquellos hombres sin entrañas; pero se venció

a sí mismo, y volvió a clavar los ojos en la tierra, diciendo:

—¡Apuremos el cáliz de la amargura!

Abatido y sin fuerzas, se apoyó contra el muro, dejó caer la cabeza sobre el pecho con mortal congoja, y su mirada se fijó en las tres cruces que adornaban la guerrera de su uniforme.

—Las condecoraciones — pensó — sientan bien en el pecho del vencedor; en el pecho del vencido son un sar-

casmo, una burla sangrienta.

Y arrancándolas una a una, se las guardó en el bolsillo.

Después dobló fuertemente la hoja del sable contra la rodilla y la rompió, arrojando los dos pedazos al suelo.

Todo había concluído. Los soldados abandonaban la ciudad y eran conducidos al campamento. Ellos se alejaban del Parque de artillería; pero sus almas



quedaban allí, allí donde habían dejado sus fusiles y la mitad de su corazón. Les faltaba alguna cosa; no sabían qué hacer con las manos, acostumbradas a tener siempre el fusil, durmiendo y velando, sentados y en marcha, en el campo, en la ciudad y en todas partes. El fusil era su compañero más seguro, su amigo más íntimo, el complemento necesario de su persona... Y allá le dejaban en poder del enemigo, para no volverle a empuñar en su vida. Y con inmensa pena en el alma seguían adelante.

En el camino se encontraron con los emigrados del Caney, que volvían a la ciudad conquistada. No corrían ahora alborozados los chiquillos, ni las hambrientas turbas manifestaban tanto regocijo como la mañana en que partieron de Santiago. Muchas familias volvían sin el caduco abuelo que las había acompañado en la emigración; algunas mujeres, que entonces eran casadas, ya eran viudas; muchas madres llevaron hijos aquel día y los dejaban enterrados en el Caney. En todos los semblantes se reflejaba la tristeza y el dolor; en todos aquellos miserables habían dejado huellas visibles el hambre y los sufrimientos.

En el mismo lugar, en la misma postura y con la misma sonrisa diabólica en los labios que la mañana de la emigración, el viejo y temible Destino contemplaba el desfile de la harapienta muchedumbre.

* * *

A las doce del día, iluminada la escena por un sol espléndido, se arriaba en el Palacio del Gobierno la

bandera española, saludada con 21 cañonazos por los buques enemigos. Aquellos cañonazos tenían el triste sonido de una campana que toca a muerto: eran las honras fúnebres que América tributaba a la madre España en el entierro de su glorioso pabellón.

En el mismo sitio y sobre el lema «¡Viva Alfonso XIII!», se izó la bandera de los Estados Unidos, saludada igualmente por los cañones y los gritos entusiastas de la multitud.

Uno sólo de los circunstantes se abstuvo de aclamar a la bandera americana, y lloró cuando vió desaparecer la española: el Destino. Sí; el Destino, escondido en un rincón de la Plaza de Armas, lloró. Ahora no había duda: lo habían visto cuantos se hallaban próximos.

Los conquistadores atronaban la ciudad con alegres músicas y gritos de triunfo, y esos mismos gritos de triunfo resonaban en todas las poblaciones de los Estados Unidos.

También aquel día, y casi a la misma hora, se oían en Madrid gritos de júbilo, y se veía en las calles animación, alegría y algazara.

Y no era que se tuviese noticia de victoria alguna, sino solamente que había corrida de toros.

* * *

Los españoles que quedaban en la ciudad se ocultaron en sus casas por no presenciar la afrentosa ceremonia que concluía con el dominio de España en Santiago de Cuba. ¡Ay! en aquellos momentos de

pena y de oprobio se avergonzaron de ser españoles...

Los soldados se hallaban en el campamento, lamentando su inmensa desdicha, y desde allí oían las salvas de la escuadra vencedora, que sonaban en su corazón como el estallido del trueno, como bramidos del mar agitado por la tormenta, que abría sus abismos para sepultar en ellos a un tiempo la bandera y la honra de la Patria. En el hospital las hermanas gemían, sobrecogidas de pena y muertas de angustia, y los enfermos se cubrían la cabeza con las ropas de la cama para no oír el estruendo de los cañones ni los gritos de la multitud.

También aquellos cañonazos que hacían retemblar los edificios, y aquellos gritos de triunfo con que el enemigo saludaba a su bandera, llegaron a los oídos del infeliz baturro, que creyendo escuchar en medio de su delirio la explosión de júbilo con que los españoles celebraban su victoria, exclamaba entusiasmado:

—¿Lo ve usted, mi tiniente, lo ve usted?... ¡Les himos vencido!... ¡Marianico! ¿No te lo icía yo?... ¡Rediez! ¿Ves cómo les himos derrotao? ¿Qué valían ellos pa nosotros?... ¡Viva España! ¡Mueran los yanqueses!...

La hermana Pilar, que se hallaba allí a la cabecera, se apoderó de sus ardorosas manos, le dirigió algunas palabras de cariño, que él no entendía, y suavemente le sujetó en el lecho hasta que volvió a quedarse dormido.

Durante la noche bajó la fiebre, y a la siguiente mañana Manuelico despertó con pleno conocimiento.

Por primera vez adquiría la conciencia de sí mismo desde que fué llevado al hospital. Abrió los ojos y casi no veía; dirigió asustado una mirada por la habitación, y percibió confusamente una fila muy larga de camas a cada lado, en cada cama un hombre que dormía o sollozaba, y en medio del pasillo, que había entre las dos hileras, una hermana de la Caridad. ¿Qué era aquello? ¿Por qué estaba él allí? ¿Quién lo llevó? ¿Cuánto tiempo había dormido? No se acordaba de nada. Sólo bullían en su memoria vagos recuerdos de muertos y heridos, de triunfos y derrotas, de ataques y cañonazos; pero como de cosas lejanas, muy lejanas. ¿Y después?... Nada, ni una idea, ni un recuerdo más. Trató de incorporarse y no pudo. ¡Rediez! ¡Si parecía que le apretaban la cabeza con unas tenazas, y que estaba atao a la cama con cordeles!... ¿Pero sería él Manuelico? ¡Puá que fuera otro!...

—¡Hermana, hermana!—exclamó con voz débil.

—¿Qué hay, Manuelico?—dijo acercándose sor Justa, que era quien se hallaba en el pasillo.

—¿Ande estamos?

—En el hospital, querido—contestó la hermana, apoyando cariñosamente una mano sobre la cabeza del baturro.

—¡Rediez! ¿Y qué hago yo aquí?

—¿Pero no ves que estás enfermo?

—¿Yo? ¿Y quién lo ha dicho?

—El médico.

—Entonces... puá que sea verdá. Pero oiga usté,

hermana, ¿por qué me han puesto estos trapicos en la cabeza?

—Porque estás herido.

—¿Herido?... ¿Es por lo del Caney? Aquello fué una heridica e ná, hermana: la Pilarica me la curó.

—Sí, pero te volvieron a herir más tarde, cuando ayudabas al teniente Castro a cargar el cañón.

—¿Y eso fué antes o después de lo del Caney?

—Después, ¿no te acuerdas?

—¡Espere usted, hermana, que ya ricuerdo algo! Juntico, juntico al cañón estaba el tiniente; yo le daba las granadas; cargábamos, apuntábamos y ¡pum! allá iban ande estaban los yanqueses. ¡Himos matao miles!... Ellos también disparaban, las granadas caían cerquica, cerquita de nosotros. ¡Rediez, qué estallidos!... Después me dieron un golpecico en la frente; la tierra andaba alrededor, alrededor; se hizo oscuro como de noche, y vi sangre, mucha sangre. Luego... Ya no ricuerdo más, hermana.

—Pues entonces fué cuando te hirieron.

—¿Y quién me trajo aquí?

—El teniente y tu amigo Mariano.

—Oiga usted, hermana: ¿y ande está el tiniente? ¿Ande está Marianico?

La hermana se desentendió de estas preguntas, y agregó:

—¡Cómo venías, Manuelico! Te trajeron medio muerto.

—Y puá que estuviera del todo. Miusté, hermana, tó se me ha olvidao: paece como si naciera ahora.

—¡Esta, ésta te salvó!—dijo la joven cogiendo la

medalla que pendía del cuello del baturro.—¡Dale un beso querido!

Manuelico aplicó sus labios a la imagen de la Virgen y preguntó:

—¿Y hace mucho que estoy aquí?

—Algunos días nada más.

—¿Y ya se acabó la guerra?

—¡Todo se acabó ya, hijo mío, todo!

—¿Les himos vencido?

—Sí, pero... Mira, el médico quiere que estés quietecito y que hables poco, ¿oyes?

—Bueno; entonces, a dormir otra vez.

Manuelico cerró los ojos y todo quedó en silencio, interrumpido solamente por la penosa respiración de los enfermos y algunos gemidos que el dolor arrancaba del pecho de aquellos desgraciados.

Poco después la anciana sor Pilar, conducida en su sillón, se instalaba a la cabecera del baturro.

A las diez entró el médico, acompañado de sor Justa y otro hombre grueso, serio y bigotudo. Todos parecían tristes, muy tristes. El médico levantó el vendaje y examinó brevemente las heridas de Manuelico. Le volvió a colocar como estaba, y sólo pronunció estas palabras al separarse de allí para continuar sus visitas:

—Reposo y alimentación substanciosa.

—Hermana, ¿quién es ese barrigudo?—preguntó el enfermo mirando fijamente al hombre grueso.

Nadie contestó a su pregunta, y agregó:

—¡Rediez, si paece un yanqués!

Terminaron las visitas en aquella sala del hospital,

y un vibrante sonido de cornetas hirió los oídos de los enfermos. Manuelico escuchó abriendo desmesuradamente los ojos, y preguntó:

—¿Qué es eso, hermana? ¿Es que vuelven los yanqueses?

Un enfermo que había al lado contestó con voz dolorida como la de un moribundo:

—Pa que vuelvan hay que echarles antes de aquí. ¡Te están engañando sin necesidad! Esas cornetas las tocan los soldados enemigos. Santiago ya no es nuestro... ¡Nos han vencido, Manuelico!...

—¿Quién?... ¿Ellos a nosotros!... dijo el baturro electrizado.

—¡Sí, ellos a nosotros!

—¿Qué estás iciendo ahí tú, cobarde?... ¿Es verdá eso, hermana?

La hermana se cubrió el rostro con las manos y no contestó.

—¿Es verda que nos han vencido ellos?—volvió a preguntar Manuelico con el alma en los ojos y haciendo esfuerzos por incorporarse.

—No hijo mío—contestó la anciana sollozando;—no nos han vencido ellos. ¡Nos han vencido las faltas de municiones, porque ya no había con qué cargar los fusiles! ¡Nos ha vencido el hambre, porque los pobres soldados ya no tenían qué comer, y se caían muertos por las calles!...

—¿Y Santiago ya no es de España?... ¡Rediez!... ¡Rediez!...

El bravo baturro se cubrió el rostro con la ropa de la cama y lloró amargamente.

Después de un momento preguntó con la voz ahogada por el llanto:

—¿Ande están los nuestros?... ¿Los han matao? ¿Tos se han rendido?... ¿Y Marianico? ¿Y el tiniente?... ¿Ande están ahora?

—Todos están en el campamento; ahí cerca de la ciudad.

—¿Les han echao de Santiago esos ladrones?... Pero ¿porqué se han rendido?... Y nosotros ¿qué hacemos aquí? ¿Porqué no vamos a ayudales?... ¡Hermana, Manuelico no se ha rendido! ¡Manuelico no se rendirá nunca, lo tengo jura!... ¡Venga mi fusil! ¿Ande está mi fusil?... ¡Santiago es de España y no de ellos! ¡Hay que echar de aquí a esos tiñosos!... ¡Hermana, ayúdeme usté a levantame! ¡Yo quiero dirme ande están los nuestros! ¡Yo quiero ver a Marianico! ¡Puá que le maten los yanqueses!...

Y el infeliz agitaba los brazos y se revolvía en la cama, repitiendo sin cesar:

—¡Venga mi fusil! ¡Que me lleven ande están los nuestros!...

—¡Quieto, hijo mío, quieto!—le decía la anciana con las lágrimas en los ojos.—¿No ves que no puedes tenerte en pie?

—¡Diré a gatas!

—Es que no te dejarán los yanquis.

—¡Les mataré a todos!

—Mira, Manuelico—dijo la hermana bajando la voz, como si fuera a revelar un secreto.—Santiago será de los yanquis unos pocos días. Vienen a socorrernos muchas tropas, lo menos 50.000 hombres,

que ya están en camino y llegarán pronto. Ellos, los yanquis, no saben nada; pero en cuanto lleguen los nuestros les tomarán la ciudad, y todos, todicos, caerán prisioneros.

Esta noticia consoló al pobre baturro, y la hermana logró al fin tranquilizarle.

Por la tarde volvió el médico acompañado del hombre barrigudo. Manuelico le miró con saña, y le preguntó:

—¿Usted es yanqués?

Sin contestar, el hombre gordo extendió las manos para soltar las vendas al enfermo; pero éste se volvió como una fiera, diciéndole:

—¡Rediez, no me toque usted, porque le rompo el alma!

—¡Oh, bravo soldado!—exclamó el yanqui sin inmutarse.

—Pronto vendrán tropas nuestras —agregó el baturro—, y de cabeza al mar echaremos a tós los yanqueses, hasta que no quede ni uno pa contalo.

—¡Oh, *yes, yes!*

—Hermana —dijo Manuelico un rato después, asaltado por una idea que le daba la clave de todos los acontecimientos;—¿sabe usted quién tié la culpa de lo que ha pasao?... ¡El Destino! In cuanto que me ponga bueno, le afusilaré.

VIII

Después de entregar sus armas, todos los vencidos que no se hallaban en el hospital, desde el jefe superior de la plaza hasta el último, salieron de la ciudad rendida. Algunos iban enfermos, muy enfermos; pero hacían un supremo esfuerzo por mover sus pies, y seguían a sus compañeros de infortunio. Un pobre capitán, abrasado por la fiebre, casi agonizante, pidió que le llevaran al hospital y le diesen una cama en que morir; mas su petición no fué escuchada, y falleció antes de llegar al campamento. Y siguió aquel ejército sin fusiles su penosa marcha; siguió aquella triste caravana el camino del Calvario cargada con su cruz, hasta acampar en un reducido espacio donde ni agua para beber había, a no ser la que Dios enviaba desde el cielo.

Tres días más tarde se vieron precisados a cambiar el campamento, y se instalaban en un lugar encharcado e insalubre, a orillas del río San Juan y a la vista del campo enemigo. Carecían de tiendas para guarecerse de la lluvia y de ropas para mudarse. Su cama era la tierra humedecida; el techo, que los cubría, la inmensa bóveda del cielo. Aquel sol de Julio era fuego que los derretía; el agua que a torrentes se desgajaba de las nubes penetraba hasta sus huesos, y el delgado uniforme, convertido en esponja,

se secaba sobre aquellos cuerpos flacos y extenuados. ¡Y aun hubo quien sobrevivió a todos estos sufrimientos!...

Allí cerca, al otro lado del río, se levantaban las tiendas de los americanos, formando una fantástica ciudad de casitas blancas. ¡Qué contraste entre uno y otro campamento! Ellos, los vencedores, vivían bajo magníficas tiendas de campaña que los libraban de los rigores de la lluvia y el sol; éstos, los vencidos, habían construido media docena de míseras cabañas sobre aquella tierra encharcada y desnuda, único abrigo y único lecho del soldado. Allí había verdadero lujo de comodidades, entraban y salían espléndidos carruajes con provisiones, y abundaban los manjares, las bebidas y el dinero; aquí no entraban ni salían más que seres tristes y macilentos, enfermos que eran conducidos al hospital, o muertos llevados al sepulcro, hombres casi andrajosos que iban y venían; soldados sin armas que carecían de todo y tenían que recibir el sustento necesario, como de limosna, de una mano enemiga. Allí estaba el pueblo rico, abundante, poderoso; aquí el pueblo pobre que disipó sus bienes, el miserable mendigo con la ejecutoria de su antigua nobleza bajo el brazo, el esclavo que no supo conservar la dignidad de su pasada soberanía ni los derechos de señor que le legaron sus nobles ascendientes.

Y este mismo contraste presentaba la ciudad rendida. España estaba en los hospitales herida, enferma, agonizante; y sus hijos, sin atreverse a salir a la calle, lloraban su ignominia en el seno del hogar. La

nación vencedora vivía en las tabernas y en los cafés, celebraba su triunfo con alborotado y loco regocijo, y llenaba las plazas públicas, las calles y los paseos.

La muerte seguía su obra de destrucción en el campamento de los vencidos. El cambio de alimentación, demasiado fuerte para estómagos acostumbrados a la abstinencia, el aniquilamiento de fuerzas después de la excitación nerviosa producida por el combate, la humedad, el calor, los contratiempos pasados, las amarguras sufridas en el estado de ánimo de aquellos infortunados hijos de España, iban consumiendo los cuerpos y segando las vidas que las balas habían respetado. La fiebre, aquella fiebre feroz que hizo de Cuba el gran osario de España, se cebaba cruelmente en los desventurados vencidos, y poco a poco iba convirtiendo el campamento en sepulcro de soldados.

Todos sufrían las mismas privaciones, todos se hallaban sujetos a los mismos peligros, todos tuvieron que pagar su tributo a la terrible fiebre, que no respetaba grados ni jerarquías. Y realmente, allí habían desaparecido los grados y las jerarquías, allí no había más que una muchedumbre de emigrantes sin hogar y sin patria, las ruinas de un ejército, una gran familia desgraciada y dispersa. Y la desgracia común nivela a todos los hombres y borra todas las desigualdades.

El teniente Castro, a pesar de su naturaleza privilegiada, también fué atacado por la implacable fiebre. Agobiado los primeros días por una profunda tristeza y una gran aflicción de espíritu, ni comía, ni

hablaba apenas con nadie, ni se cuidó de proporcionarse defensa alguna contra las lluvias y el sol. Al fin se hizo con una tienda y una cama... Pero esto tiene su historia.

Todos los días el oficial de guardia del campamento enemigo iba al campo español para ponerse a las órdenes de los jefes. Cierta mañana le tocó este servicio a un capitán delgadito, de regular estatura, barba poblada y negra, guapo, simpático, un elegante tipo militar. Se encontró con el teniente Castro al llegar al campamento español, y le saludó en correcto castellano:

—Buenos días, señor oficial.

Y agregó después sonriéndose:

—¿Se admira usted de que hable el español?... Ya le contaré a usted por qué lo hablo. Voy a ponerme a las órdenes del coronel. Hasta luego.

Castro esperó. Verdaderamente se mostraba amable y simpático el yanqui aquél. O estaba borracho, cosa que nada tenía de particular en los soldados americanos, o entre él y los demás soldados y jefes yanquis había indudablemente una gran diferencia. Un norteamericano hablador, sonriente y expansivo no lo había conocido hasta entonces.

Volvió el capitán a los pocos minutos, y dijo al teniente:

—Vámonos a su tienda.

El artillero bajó los ojos un poco avergonzado, y contestó:

—No tengo tienda... Aquí podemos hablar lo mismo.

—¡Ah, perdone usted!—se apresuró a decir el capitán, temiendo haber cometido una grosería por dejarse llevar de un impulso que él creyó noble y generoso;—nada tan lejos de mi ánimo como ofenderle a usted.

Y agregó, como reanudando la conversación primera:

—Pues sí, señor oficial: yo soy casi compatriota suyo. La mitad de la sangre que corre por mis venas es sangre española, y mi alma. . . ¡mi alma es española enteramente! Mi padre nació en Irlanda; pero mi madre era de Castilla. Y digo *era* porque ya ha muerto la pobre. La lengua castellana fué la primera que aprendí; mi madre nunca me habló en otro idioma. . . Todavía no he estado en España. ¡Si viera usted qué deseos tengo de dar una vuelta por allá! Yo amo a esa desgraciada nación como si fuera mi propia patria. . .

El capitán se detuvo visiblemente emocionado. Castro no sabía qué pensar de aquel hombre tan extraño, y aquel amor a España tan inverosímil en un soldado que acababa de batirse contra ella.

—¡Figúrese usted—continuó el capitán después de una breve pausa, y como si adivinase los pensamientos del teniente—con qué ánimos habré venido yo a esta guerra! Pero me tocó, y no tuve otro remedio. . . Créame usted, señor oficial: me ha llenado de entusiasmo la bravura con que se batían esos pobres soldados, flacos, enfermos, sin comer, sin dormir y sin elementos de combate. Cualquier otro ejército, en las tristes condiciones de éste, sobre todo des-

pués de perdida la escuadra, hubiera capitulado sin combatir. Nos han causado horribles destrozos: nuestra situación llegó a ponerse mala, muy mala. Si la plaza hubiera resistido unos días más. . . ¡quién sabe! Por lo menos habría sido necesario un asalto, y un asalto nos hubiera costado algunos miles de víctimas. . . Yo me hallé en la batalla del Caney. Me inspiraban lástima y admiración a la vez sus incomparables defensores. ¡un puñado de hombres abandonados durante un día entero, sin artillería y sin defensas, luchando contra un ejército de 6.000 combatientes y resistiendo el fuego de nuestras baterías! . . . Aquellos no eran hombres, eran fieras. Aquello excedió los límites de lo heroico y llegó a lo sublime. Me repugnaba disparar contra ellos. Interiormente me alegraba de que nos rechazasen. He visto a un soldadito defender él solo una trinchera; le he visto después saltar de la zanja y hacer frente a toda una compañía. Aquella compañía la mandaba yo. No pude ahogar la emoción ante un espectáculo tan sublime, tan hermoso, y grité, volviéndome a los míos: «¡No matéis a ese valiente!» ¿Vivirá ese soldadito? ¡Yo quisiera conocerle! . . .

—Sé quién es—contestó Castro.—Le llamamos Manuelico, y está herido en el hospital. Tiene un corazón noble y un alma tan cándida como la de un niño; pero le aconsejo a usted que no vaya a verle, porque será capaz de arañarle.

—¡Oh, pues eso me gustaría a mí! . . . ¡Qué lástima de soldados! ¡Qué valientes, qué sufridos! . . . Yo les he visto algunas veces comer su miserable rancho,

tan contentos como si les dieran los más exquisitos manjares del mundo. ¡Se parecen a los nuestros, que se sublevaron un día porque les faltó la ración de patatas!... Con soldados así, España aún podría conquistar medio mundo. Señor oficial, yo creo que España es todavía un pueblo grande, a pesar de todas sus desventuras. Pero los hombres que la han dirigido no son dignos de ella. Durante todo un siglo no han hecho más que crear conflictos, satisfacer ruines ambiciones personales, promover motines, desangrar a la nación y arruinarla. Han pasado el tiempo entonando himnos a la libertad, y de sus verdaderos intereses nadie se ha cuidado. Tal vez desde fuera se ven las cosas con más claridad. Hoy la situación de España es muy crítica...

—Ciertamente—interrumpió Castro con la voz un tanto alterada;—pero no son los Estados Unidos los que menos han contribuído a esta situación, provocando una guerra, que yo calificaría de inicua, si no temiera ofenderle a usted.

—Es verdad, y no me ofendo—contestó el soldado yanqui bajando los ojos;—opino como usted y como todos los hombres honrados de mi país: esta guerra es inicua. La han promovido los masones cubanos, que lo son todos los insurrectos, ayudados por los masones de los Estados Unidos, y... creo que tampoco están exentos de culpa los masones de España. Yo soy católico, como mis padres, y abomino de estos pueblos sin Dios, que no conocen otra justicia que la de sus cañones ni más derecho que el de la fuerza. ¡Oh, si yo hubiera tenido otros medios de

vivir, rompo mi espada antes de tomar parte en esta guerra criminal

—Yo la rompí—dijo el artillero—al verme vencido. ¡No sé si volveré a empuñarla!

—¿Usted ha hecho eso?

—Sí; a la puerta del arsenal quedó rota en pedazos.

—¡Oh, entonces usted será mi mejor amigo! ¡Venga esa mano!

Y se la estrechó afectuosamente, diciendo:

—Con franqueza, señor oficial, si usted necesita algo que yo pueda hacer, dígamelo, y me tendrá incondicionalmente a sus órdenes.

—Gracias, gracias—respondió el teniente.—Si usted va algún día por España y nos encontramos, tendré sumo gusto en servirle.

Le dió su nombre y las señas de su casa en Madrid, que el yanqui apuntó en su cartera, y los dos se separaron con un postrer saludo.

Aquella misma tarde recibió Castro un gran bulto de ropa y una carta. Deshizo el envoltorio, que era un trozo inmenso de tela impermeable, y dentro se encontró con una hamaca y dos pedazos de metal blanco. Los unió y quedó sorprendido: tenía en sus manos el mismo sable que rompió en Santiago de Cuba. ¿Qué significaba todo aquello? No había necesidad de devanarse los sesos para averiguarlo. En la carta encontraba la explicación. La abrió, y leyó lo siguiente:

«Amigo Castro: Esta mañana me causó una impresión muy dolorosa el ver las privaciones que sufren y la miseria en que viven usted y esos pobres

soldados, dignos de mejor suerte. Ahí le envío esos objetos por si le sirven de algo. Poco valen, pero no he encontrado otra cosa mejor, y a lo menos podrán resguardarle de la lluvia y de la humedad. Yo le ruego a usted que los acepte, considerando que no se los da el *yanqui*, sino el amigo y casi el compatriota.

También le remito los dos pedazos de su sable que recogió uno de los nuestros en Santiago. Por Dios, entiérrelos usted donde nadie los encuentre jamás, porque la gente de mi país lleva esos objetos como gloriosos trofeos de su victoria, y esto no honra a España.

Queda siempre a sus órdenes su afectísimo,

*H. R. Flores,**

Castro quedó sorprendido e indeciso, sin saber si recibir o rechazar el extraño obsequio. Aceptarlo sublevaba un poco su dignidad, ya por venir del enemigo, a pesar de todas las salvedades, ya por el estado de estrechez y de miseria que lo motivaba. Por otra parte, rechazar un obsequio que con tanta delicadeza y tan noblemente se le había hecho, pecaba de grosería, por mucho que se esforzara en justificar su devolución, y era en aquellas circunstancias un quijotismo algo ridículo. Decidióse al fin a aceptar el ofrecimiento, y escribió una afectuosísima carta para dar las gracias al generoso donante.

* * *

Mariano, el pobre Marianico, sufría también las

penalidades del campamento. Aquello no era ya un cuerpo humano, era un armazón de huesos vestido, una demostración palpable de que Dios puede conservar el espíritu dentro de un esqueleto. Habían llegado muchos de aquellos infelices a un grado supremo de debilidad y anemia, a ese límite que separa la vida de la muerte, y del cual parece que no se puede pasar sin que el alma rompa las ligaduras que la unen con la carne; pero Mariano había traspasado ese límite, y aún vivía. Estaba enfermo desde que puso los pies en Cuba, pasó el año último en el territorio más malsano de la Isla, herido dos veces, padeciendo, hambre y sed y todo género de calamidades, durmiendo una noche en el campo o en el cuartel y tres en el hospital, muriéndose de un día para otro... ¡Y aún vivía!

Castro había perdido a su asistente, como ya hemos dicho, destrozado por una granada enemiga en el último combate, y Mariano tuvo el capricho de ocupar esa plaza. Pertenecía a distinta arma que el teniente, pero eso no era obstáculo allí donde los artilleros estaban sin cañones y los soldados sin fusiles: todos pertenecían ya a la misma arma, o, mejor dicho, no pertenecían a ninguna. Y Mariano fué nombrado muy en serio asistente de Castro, su protector y amigo. Sólo que aquí tuvieron que invertirse los papeles, y el oficial fué en la práctica el verdadero asistente del soldado.

Un hijo no quiere más a su madre que Marianico quería a su teniente. El teniente era su alma y su vida. El teniente estaba siempre a su lado entrete-

niéndole y consolándole. El teniente le había prestado su hamaca y su tienda, y buscaba para él los manjares más substanciosos que se podían encontrar, aunque tuviera que pagarlos a peso de oro. Creía el infeliz que la vida se le escapaba en cuanto su teniente faltase de su lado.. Y, a pesar de todo, Mariano se moría, se moría a toda prisa.

Se hizo preciso sacarle de aquel lugar malsano y llevarle al hospital. Cuando se lo dijeron, se echó a llorar como si le hubieran comunicado la sentencia de su muerte. ¡Oh! ir al hospital significaría para él ir en busca de un rincón donde morir. Suplicó, lloró, se abrazó a su teniente como se abraza al cuello de su madre el niño a quien una persona extraña trata de llevarse consigo.

Cuando vió que no había otro remedio, sacó unas monedas del bolsillo, y se las entregó a Castro diciéndole:

—¡Mi teniente! guárdese usted este dinerillo. Si me muero, entrégueselo usted a mi madre pa que tenga siquiera un recuerdo de mí. ¡No tengo otra cosa mejor que ofrecerla!

Castro recogió el dinero de su asistente, le aseguró que en el hospital se curaría y le vió marchar en una camilla, diciendo en su interior:

—¡Pobre Mariano! ¡Tú no vuelves a España!..

Desde entonces, el cariñoso artillero iba diariamente a la ciudad, y pasaba una hora con Mariano, alentándole como podía y hablándole del próximo regreso a la Patria, de la alegría que iba a recibir su madre cuando le viera, de proyectos de una vida de

campo allá en cierto pueblecito de Navarra, hasta que acabara de restablecerse...

Después dedicaba otro rato al bravo baturro. ¡Oh, cuánto agradecía Manuelico aquellas visiticas del tiniente, que le hablaba de cosas de la guerra, llenando su alma de ilusiones y su corazón de esperanzas! El estaba todavía mu malico, y sentía una debilidad y un dolorcico de cabeza... Pero ya se pondría bueno, y entonces... Luego, que de un día pa otro llegarían los nuestros, y sorprenderían a los yanqueses, y tos, toícos cairían prisioneros como los ratones en la trampa. ¡Rediez lo que él se iba a divertir con eso!... Si él fuá general, los embarcaría pa España, y los llevaría por Madrid y por Zaragoza, y los pondría delante e la Pilarica, ataos codo con codo, pa icila: «Aquí tienes a estos tiñosos que querían quitanos a Cuba: nosotros les himos vencido...»

Lo primero que preguntaba a Castro en cuanto le veía, era cuándo llegaban los nuestros.

Y el teniente le respondía, muy bajito y mordiéndose los labios:

—¡Pronto pronto!

—¡Rediez!—continuaba el baturro, también en voz baja para que nadie le oyese.—¡Y los yanqueses no saben nada! ¡Qué sorpresa los vamos a dar! Yo, mas que me esté muriendo, me levanto aquel día pa ver la cara que ponen. ¡Dará gusto velos, mi tiniente! Y sus ojos se iluminaban con una dulce esperanza, y a sus labios asomaba una sonrisa inocente, como debe de ser la sonrisa de los ángeles. En la venida de los nuestros pensaba únicamente Manuelico día y noche,

con esa idea soñaba dormido y despierto. Apenas pasaba una noche sin que, en sus alegres sueños, se le oyese gritar:

—¡Ya vienen, ya vienen!...

—¿Quién viene, hijo mío?—le decía la hermana Pilar cuando estaba a su lado.

—¡Los nuestros! ¿No los ve usted?...

Y la anciana le miraba tristemente, moviendo la cabeza y murmurando:

—¡Pobrecico! ¡Pobrecico!...

* * *

Uno de aquellos días, después de hacer las visitas acostumbradas a los dos amigos, Castro entró en un café, se sentó a una mesita y pidió una botella de cerveza y los utensilios necesarios para escribir una carta. Tomó la pluma, se quedó un momento pensativo, apoyando la cabeza entre las manos y empezó a escribir.

«*Sr. D. César Iturralde.*

Mi querido e inolvidable tío: Con el alma destrozada por tanto infortunio, temblándome el pulso y agobiado por una inmensa pena que me ahoga, le dirijo estas líneas para decirle únicamente... que vivo. He pedido a Dios la muerte, y Dios no ha querido escucharme; la he buscado entre las balas enemigas y me han respetado. ¿Qué culpa tengo yo de vivir? Sé que usted hubiera preferido la noticia de mi muerte a la noticia de nuestra rendición; pero yo no he

podido hacer otra cosa. ¿No me dió usted esta santa medalla que llevo sobre el pecho para que la Virgen me librase de las balas? ¿Porqué me la dió usted?

De lo que ha pasado aquí ya hablaremos cuando vuelva a nuestra pobre España, y pueda estrecharle a usted entre mis brazos. ¡Cuánto sacrificio inútil, cuántos trabajos y cuántas amargas, querido tío! Todo esto lo he visto yo, he sido testigo presencial, y todavía me parece un sueño. Ya no ondea en Santiago de Cuba la bandera española; ya no tenemos escuadra, ni cañones, ni fusiles. . . ¡Todo se ha perdido! Espero justificar mi conducta delante de usted, para que no me mire con desprecio: las pruebas serán mis cicatrices y la palidez cadavérica que cubre mi semblante. Pronto vendrán los buques que han de conducirnos a la Patria, y podrá darle un abrazo su infortunado

PEPE.»

Al cerrar la carta, advirtió que cerca de él había tres soldados cubanos que bebían y conversaban alegremente. Dos estaban de espaldas, y enfrente de Castro el tercero, que llevaba insignias de oficial de las tropas insurrectas. Castro clavó la vista en él, y cambió de color. ¡Santos cielos! ¡Era uno de aquellos infames que se reían en el balcón cuando las tropas españolas entregaban sus armas en el Parque. . . El teniente sintió poderosos impulsos de levantarse y exigirle cuenta de aquella ruin acción; pero, por no provocar un conflicto, reprimió su cólera y calló.

Fué inútil toda su prudencia. El oficial aquel debió

de reconocer también al artillero, porque le miraba con aire provocador e insolente, riéndose y cuchicheando con los otros dos. Evidentemente hablaban y se reían de él.

Castro no pudo resistir más. Se levantó de un salto, se acercó al grupo, y con la voz alterada por la ira, y tomando una actitud amenazadora y decidida, preguntó al oficial:

—Oiga usted, caballero, ¿se reía usted de mí?

Calló el interpelado; y Castro, avasallándole con el fuego de su mirada, volvió a interrogar:

—¡He tenido el honor de preguntar si usted se reía de mí!

El cubano cambió una mirada de inteligencia con sus compañeros, se recostó indolentemente contra el respaldo de la silla, y contestó con marcado desprecio:

—No, no me reía precisamente de usted; me reía. . . de todos los españoles y de España.

Ocurren a veces en la vida circunstancias en que el hombre más honrado y virtuoso, el hombre que jamás pensó en cometer una injusticia, arrebatado por la pasión, obcecado en un momento de inconsciencia, sin conocimiento del deber y sin pensar en las consecuencias de sus actos, puede llegar hasta el crimen. Este hombre, que se siente herido en la fibra más delicada de su corazón al ver escarnecido por un ser despreciable y vil lo que más ama, ni se deshonra ante el mundo, ni tal vez deja de ser inocente ante Dios.

Esto fué lo que pasó a Castro en aquellos instantes.

Al escuchar las palabras del cubano toda la sangre se le subió a la cabeza, la luz de su inteligencia se eclipsó, su rostro se puso encarnado como la grana. No pensó más que en el insulto inferido a su Patria por aquel miserable. No vió otra cosa que a su víctima allí delante y el revólver había salido del bolsillo, no sabía cómo, y se encontraba en sus manos...

Un segundo después, el brazo con que sostenía el arma temblaba nerviosamente, su rostro estaba descompuesto y lívido, sus labios pronunciaban con el fuego de la ira estas palabras:

—¡De España no se ríe ningún cubano delante de mí...

La víctima estaba tendida a sus pies y bañada en sangre. Los otros dos valientes habían huído horrorizados.

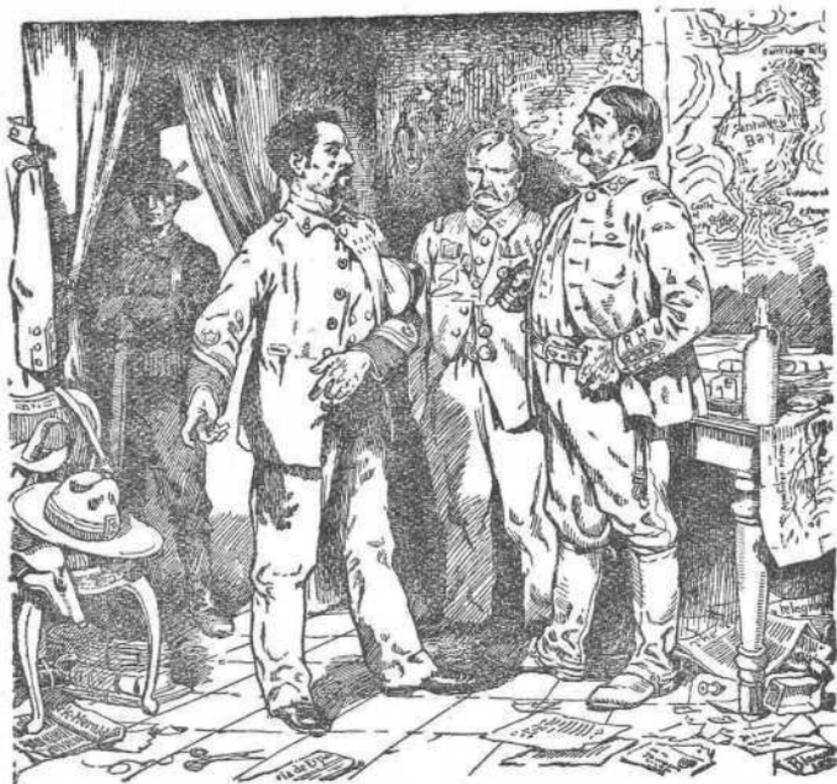
Acudieron muchos curiosos al oír la detonación y el alboroto, y Castro fué llevado por dos agentes a presencia del general Shafter.

Agitado todavía, pero conservando su dignidad, contó al jefe americano lo que había sucedido, y terminó diciendo con energía:

—¡De España no se ríe nadie delante de mí! Ahora puede usted mandar que me fusilen, si quiere.

—Sí—contestó el general, que había escuchado atentamente el relato;—yo debía imponerle a usted un castigo; pero es... (aquí bajó el tono para que sólo Castro le oyese) es por no haber hecho usted lo mismo con los otros dos canallas.

Y agregó dirigiéndose a un ayudante:



¡De España no se ríe nadie delante de mí!...

—Este señor oficial va al campamento español; si necesita escolta, dásela (1).

Castro quedó aturdido al escuchar una sentencia tan extraña y tan distinta de la que él esperaba; y visiblemente afectado, contestó:

(1) No invento nada. Este hecho y todos los que se han relatado y los que se relatarán todavía, son, a lo menos en lo substancial, rigurosamente históricos. Hay que exceptuar, como cualquiera puede comprender, los que se refieren al *Destino*, personaje puramente fantástico y simbólico de esta narración.

—Señor general, gracias por todo. Aunque usted sea hoy enemigo de España, nunca olvidaré este acto de caballeridad que a mis ojos le enaltece a usted más que si hubiera conseguido una gran victoria. En cuanto a la escolta que usted me ofrece, traspasando todos los límites de la generosidad, debo decirle que no la necesito, porque no temo ni a todos los cubanos juntos.

Después de estrechar afectuosamente la mano al general, se dirigió al campamento.

Este fué el primer bofetón que recibieron los cubanos de sus amigos y protectores los yanquis.

* * *

Iban pasando los días. Los vencidos seguían en el campamento, sufriendo cada vez mayores penalidades, y esperando con ansiedad creciente aquellos buques que habían de conducirles a su Patria. Si tardaban algunos días más, sólo encontrarían en Santiago los cadáveres de sus defensores.

En los hospitales había 3.000 enfermos; los sepulcros iban tragándose poco a poco al ejército rendido; en el campo continuaba la fiebre cruel segando vidas y matando esperanzas. Los soldados dieron a aquel lugar un nombre que hiela la sangre: *el campamento de la muerte*.

Y llovía, llovía como sólo en los países tropicales llueve; llovía indefectiblemente en las primeras horas de la tarde, sin conceder ni un día de alivio a los míseros soldados, que recibían el agua sobre sus débiles y extenuados cuerpos.

Una noche, una noche horrenda, en que el aguacero continuaba después de obscurecer, entre el fragor del trueno y el vivísimo fulgor de los relámpagos, el campamento se inundó.

Castro se vió precisado a levantar su tienda, y los soldados tuvieron que trasladarse mientras una manga de agua caía sobre ellos. Aquello era espantoso: algunos creyeron que Dios había dispuesto anegar la Isla con otro diluvio. La tierra estaba convertida en un mar, el cielo parecía incendiado, las descargas eléctricas, que se sucedían sin interrupción, le daban el aspecto de una inmensa hoguera cuyo combustible eran las mismas nubes. Sólo faltaba una figura en el horrendo cuadro, y esa figura no tardó en aparecer.

A las nueve de la noche desgarráronse las nubes y brilló la luna en el Oriente, reflejándose sobre las aguas. A su tenue luz, reforzada por la luz de los relámpagos, los soldados pudieron ver a un hombre encorvado que se acercaba lentamente al campamento. Aquel hombre fatal, aquel ser tenebroso tenía la inoportunidad de aparecer siempre en las circunstancias más críticas, en los momentos más tristes, y no podía faltar en aquella noche de horror.

—¡El Destino!...—gritó un soldado al divisar aquella negra sombra.

Muchos temblaron al oír este nombre, presagio de desventuras y signo de muerte, y se refugiaron donde pudieron. Otros, más decididos, se dirigieron a él, diciendo:

—¡Ahora no te escapas!

Iban ya a echar mano al pavoroso vestiglo, cuando

el teniente Castro se interpuso entre él y sus perseguidores.

—¿Qué vais a hacer?—preguntó con voz severa.

—¡A concluir de una vez con él, mi teniente, pa que no haga más daño!—contestó uno.

—¡Ah, valientes!—exclamó el artillero.—¡Y luego dirán en España que se cebaron en un pobre viejo los que no pudieron vencer a los yanquis!... ¡Si alguno le toca, tendrá que habérselas conmigo! ¡Al campamento todo el mundo!...

Aunque no de muy buena gana, obedecieron a la voz imperiosa del teniente, y se marcharon todos.

—¡Gracias, gracias, señor oficial!—dijo el Destino en cuanto quedaron solos.

—¿Qué venía usted a hacer aquí en noche como esta?—le preguntó Castro.—¿No sabe usted que los soldados le matarán donde le encuentren?

—Venía... ¡a morir entre los míos, señor oficial!—contestó el viejo con acento dolorido, con una voz en que había lágrimas.—¡Sí, venía a morir entre los míos! Pero Dios no quiere concederme ni este último consuelo... ¡Hágase su voluntad! ¡Me echan de todas partes! ¡Moriré en una ciudad que ya no pertenece a España, en suelo extranjero!... ¡Patria mía, patria mía!...

—¿Pero usted es español? Tengo gran curiosidad de saber quién es usted.

El viejo le dirigió una mirada penetrante con aquellos ojillos negros que brillaban en la obscuridad, y no contestó.

La luna volvió a ocultarse entre las nubes. Los relámpagos iluminaban el misterioso cuadro.

Después de un instante de silencio, el Destino se irguió cuanto pudo, sin dejar de apoyarse sobre su bastón, y habló así:

—¡Señor oficial! Yo soy muy viejo, casi centenario. Mi patria es España. Mi patria es esa nación sin ventura, a quien hijos desleales han arrebatado su hacienda, hasta dejarla pobre y desnuda. . .

Se interrumpió de repente, como si temiera revelar la historia de su vida. Volvió a clavar fijamente la vista en el artillero, y le hizo esta extraña pregunta:

—¿Usted es masón?

—¿Yo? . . . ¿Por quién me ha tomado usted a mí?— respondió Castro, como herido en su dignidad.

—Necesitaba saberlo. . . Vine el año 1817 a América. Era yo entonces un niño. Me trajo consigo mi padre, que pertenecía a la más alta graduación del ejército. Su nombre está escrito en todas las historias de España, pero yo tengo motivos para ocultarle. Ardía entonces la insurrección en nuestras colonias de América. Al mando de mi padre combatimos desesperadamente, y aun conseguimos muchas victorias. Pero nuestro pequeño ejército disminuía, los recursos se agotaban, nadie venía a socorrernos, y al fin nos vimos arrollados por la sublevación. Resistimos heroicamente, esperando el gran ejército que se preparaba en Andalucía, y que hubiera bastado para asegurar el dominio de España sobre estos territorios. . . ¡Oh, Dios! ¡Qué recuerdo tan triste!..



Cierto día recibimos una noticia aterradora, ¡una noticia tremenda, que vino a matar todas nuestras esperanzas! Aquel ejército de 20.000 hombres preparado en Andalucía para ahogar la insurrección de América, y con tanta ansiedad esperado por nos-

otros, al grito de un traidor vendido a las logias masónicas, se había levantado contra su Patria y contra su rey... ¡Supimos más, señor teniente! Supimos que los instigadores de esta incalificable traición eran españoles afiliados a la masonería. ¡Todo fué obra de la masonería! ¡Aquellos patriotas de las Cortes de Cádiz vendieron nuestras colonias por un puñado de oro, recibido de los enemigos de su Patria!... Yo sé quién dió ese dinero; yo sé el precio que cada uno de los traidores puso a la independencia de las colonias americanas. ¡Lo sé todo, todo! ¡Ojalá no lo supiera, para que las últimas horas de mi vida no fuesen tan amargas!...

«Mi padre reunió las pocas tropas leales que quedaban, y les habló así: «Soldados: ya no hay que esperar socorro alguno. La traición nos rodea por todas partes. Nos han dejado solos... ¡Seguidme al combate! ¡A vencer a los enemigos de nuestra Patria, o a morir gloriosamente por ella!...»

«Y fuimos al combate. Mi padre sucumbió allí, víctima de una traición más. Yo vi al asesino de mi padre; yo recogí su postrer aliento; yo escuché sus últimas palabras... aquellas palabras de mi padre moribundo, que suenan todavía en mis oídos: «¡Hijo mío! El traidor, que a mí me ha arrancado la vida, ahora te buscará a ti. Rompe tu espada, despójate de ese uniforme, manchado con el crimen, deshonorado por la traición, y ocúltate donde nadie sepa jamás tu paradero...» Estas palabras de mi padre, ¿fueron un simple mandato? ¿Fueron una maldición? No lo sé. Yo rompí mi espada, cambié mi uniforme

militar por un sayal de anacoreta, y me oculté en los bosques. Nadie supo qué se hizo del hijo del general. . . villanamente asesinado en el campo de batalla. . .

El viejo se detuvo. Su voz iba apagándose poco a poco, su cuerpo temblaba como las hojas de los árboles. La lluvia comenzaba de nuevo.

Después de una breve pausa continuó:

—Desde entonces, señor teniente, he andado errante, pidiendo un pedazo de pan de pueblo en pueblo, sufriendo hambre y sed, frío y calor, desnudez, miseria y penalidades de todo género. No sé si la desgracia me ha seguido a mí o soy yo quien la he seguido a ella; lo cierto es que la desgracia y yo hemos andado siempre juntos. Cuando llegaba la hora de arriar en una ciudad de América la bandera española, allí me encontraba yo indefectiblemente. ¿Quién me llevaba? No lo sé. Un secreto impulso me hacía recorrer los bosques y cruzar las cordilleras, y una voz misteriosa me decía; «¡Sigue, sigue!» Y seguía corriendo más bosques y cruzando más cordilleras; hasta caer en la ciudad que, precisamente en el momento en que yo llegaba, celebraba con gritos de júbilo la independencia recientemente conseguida.

«¡Qué recuerdos, señor oficial, qué recuerdos los de mi juventud! ¡Qué amarguras, Dios mío, las de mi vejez!... Yo he sido testigo presencial de todas las desmembraciones de mi Patria. Yo he visto desgajarse una por una del dominio de España, como racimos de una cepa, todas las ciudades del Perú y de

Méjico. Yo he visto ir desmoronándose trozo a trozo, como los torreones de un castillo abandonado, el poderoso imperio que conquistaron nuestros padres. Yo he visto arrancar la bandera española de todos los pueblos que observaban nuestras leyes y hablaban nuestra lengua. Yo he visto a marinos españoles, atados con sacrílegos compromisos masónicos, entregar sus buques al enemigo sin combatir, a jefes militares rendir sus tropas, y a desleales gobernadores pactar la independencia de inmensos territorios. Yo he visto, señor oficial, el crimen recompensado, la traición triunfante y las mayores vilezas ensalzadas. ¡Lo he visto yo, lo he presenciado yol...

«Y en todo ello ha habido una mano oculta, una mano traidora, una mano criminal. Esa mano, señor teniente, es la masonería. La masonería nos ha arrojado de todos los pueblos que conquistó la Cruz. La masonería es el monstruo insaciable que devoró nuestras colonias y ahora será el cáncer que roerá las entrañas mismas de la nación. Acuérdesese usted de estas palabras, que encierran una profecía. ¡La masonería roerá las entrañas de la nación!... Ya se consumó el desastre. Nuestra bandera acaba de desaparecer de Santiago, y desaparecerá de toda la isla de Cuba y de Puerto Rico dentro de pocos días. España se va de aquí y sólo quedará en América el eco de su voz: su lengua.

Volvió a callar el Destino, interrumpido por su fatigosa respiración, e inclinó la cabeza sobre el pecho.

Castro no era supersticioso ni cobarde, pero las

palabras de aquel hombre incomprensible, perteneciente a otra edad y evocado de otro mundo, le producían escalofríos. Aquella escena tenía algo de sobrenatural y fantástica. La soledad del campo, la obscuridad de la noche, cubierta la luna con un velo de densísimas nubes, la luz intermitente de los relámpagos, la extraña figura del viejo, de pie sobre un peñasco, y su voz cavernosa, pausada y sibilítica, que se confundía con el zumbido lejano de los truenos y el vago rumor del campamento, formaban un cuadro de leyenda misterioso, ideal, horriblemente sublime y trágico.

La lluvia comenzaba a arreciar, y el viejo terminó así su narración:

—Dios me ha conservado la vida hasta ver consumada la catástrofe. Mi misión está cumplida, y sólo espero algunos palmos de tierra que cubran los huesos del temible *Destino*, nacido únicamente para ver las desventuras de su Patria. ¡Oh, lo que daría yo por volver a mi Patria!... Pero... ¡Apártate de mí, idea maldita!... ¡No puede ser! ¡Lo he jurado!... ¡Dios lo quiere así, y es un crimen insensato luchar contra los designios del Cielo! ¡No, no puede ser!...

«Usted volverá a España. Al pisar la tierra bendita en que nací, acuérdesese del desgraciado Destino. ¡Oh España, oh mi querida Española! ¡Déla un beso en mi nombre! ¡Un beso! No sé lo que digo... ¡Es mi madre! ¡Es mi madre!... Allá me echarán la culpa de lo que ha pasado en Cuba. ¡Dígales usted que mienten! ¡Dígales usted que el Destino no ha hecho mal a nadie!... ¡Adiós! ¡Adiós!...

El pobre anciano apoyó su cuerpo sobre el bastón, y se fué rezando a la ciudad.

El artillero se quedó clavado en el mismo sitio, mirándole estupefacto mientras se alejaba. Quiso hablar, extendió los brazos hacia él, y no supo qué decir. Un relámpago iluminó en aquel instante todo el horizonte, y vió al Destino como envuelto entre las llamas de un incendio.

Y ya no le vió más. Como si le hubiese tragado la tierra...

* * *

Aquella misma noche dos soldados yanquis salían medio ebrios de una taberna, y en una de las calles de Santiago tropezaron con el cadáver del Destino. Uno de ellos le levantó la cabeza y le volvió a dejar caer en el suelo, exclamando:

— ¡Oh, es España que ha muerto!

— No—dijo el otro;—tal vez sea Colón, que volvía a conquistar el Nuevo Mundo.

Y se rieron a carcajadas.

Otro hombre apareció en escena; se oyó una bofetada, y al mismo tiempo una voz enérgica que decía.

— ¡Borrachos! ¿Ni aún a los muertos respetáis?...
¡Llevad ese cadáver al depósito!

El que esto dijo era el capitán Flores.

Los dos soldados yanquis tuvieron que recorrer algunas calles de la ciudad, llevándose consigo aquel andrajo humano.

IX

Pasó todavía más tiempo, y la fiebre causó más víctimas, y la muerte llevó más soldados al sepulcro. . .

Yo quisiera dejar de referir escenas de dolor, y presentar cuadros de luz y de alegría, pero no se puede: no hay otra cosa que contar de aquellos días de amargura y de infortunio... Es necesario proseguir narrando cosas tristes, aunque el dolor destroce el alma, aunque brote la sangre del corazón.

Manuelico se levantaba todas las tardes y se movía de una parte a otra, pero trabajosamente y apoyado en un palico. En cambio, la anciana sor Pilar, su madre, su consoladora y su perpetua enfermera, ya no se sentaba en su sillón a la cabecera de los heridos: hallábase postrada en el lecho, esperando que Dios se acordase de ella y la sacase de este mundo. ¡Pobrecical! La rendición de Santiago había acabado de matarla.

Manuelico la visitaba todos los días, se sentaba a su lado como un viejecico, y hablaba, hablaba sin cesar, contando cosas de la guerra y formando planes contra los yanqueses allá pa cuando llegaran los nuestros.

Después iba a ver a su amigo Mariano. ¡Rediez,

qué malico estabal El no se lo quería icir; pero se moría, se moría sin remedio. Y le consolaba a su manera asegurándole que de un día pa otro iban a llegar 50.000 de los nuestros, y no quedaría un yanqués en Santiago. Luego se acabaría la guerra, y ellos volverían a España a descansar de sus trabajos, a curarse, a ver a sus viejicas... ¡Rediez, las ganas que él tenía de ver a la suya!...

Un día se presentó allí el teniente Castro con un semblante que parecía el de la Virgen de los Dolores, y les dijo:

—Preparaos, muchachos, que ha llegado el primer buque y vosotros embarcaréis en él para España.

—¿Nosotros, mi tiniente?—preguntó el baturro sorprendido.

—Sí, vosotros. Luego nos tocará a los demás.

—¿Pero no esperamos a los nuestros?

—¡No viene nadie a ayudarnos, Manuelico! Esto ya terminó...

—¡Rediez, mi tiniente! ¿Y se van a quedar ellos con Santiago?

—No hay otro remedio, amigo.

—¡Yo no me voy sin echalos antes de la ciudá, mi tiniente!

—¡Bueno estás tu para echarlos de la ciudad!

—¡Y en España dirán que nos han vencido ellos a nosotros!... ¡Rediez, Rediez!...

El pobre baturro apoyó la frente sobre su palico, agobiado por el peso de la desventura.

—¿Pero usted no se embarca, mi teniente?—preguntó Mariano con voz desfallecida.

—Yo iré más tarde. Ahora sólo se llevan los más enfermos.

Mariano se echó a llorar cubriéndose el rostro con la ropa de la cama.

—¿Por qué lloras, Mariano?—le preguntó el artillero acariciándole.

—¡Me moriré en el mar, mi teniente! — contestó.

—¡No, no te morirás en el mar! Te conviene marchar inmediatamente. Cuanto más pronto te vayas, más pronto verás a tu madre.

—¡No, mi teniente; yo iré cuando se vaya usted!

—¿Pero no ves que te pondrás peor aquí?

—¡No importa! ¡Me moriré en el hospital! . . .

—¡Pues yo tampoco iré si no vas tú, Marianico!—agregó el baturro.—Juntos vinimos pa Cuba. . . ¿te acuerdas, Marianico? ¡Qué alegres veníamos entonces, y ahora! . . . ¡Rediez, qué cosas tan tristes nos han pasao!... Juntos himos andao siempre, y junticos himos de volver pa España. ¿Quiés que me marche yo y te deje aquí solico? No; Manuelico no te abandonará nunca. . .

Había llegado, efectivamente, el barco que inauguraba aquella triste odisea de la repatriación. Todo su cargamento tenía que salir del hospital, y en el hospital había que elegir los más enfermos, los agonizantes, los cadáveres que todavía se hallaban inséptos. . .

Manuelico y Mariano se quedaban allá hasta que le tocase embarcar al teniente.

* * *

En el hospital empezó un movimiento extraordinario. Algunos jefes llevaban una lista en la mano, leían los nombres que en ella estaban escritos y dicitaban sus órdenes. Las hermanas preparaban ropas y camillas; los médicos decretaban las precauciones que debían tomarse, y los soldados corrían de una parte a otra a cumplir los encargos que les hacían.

En las salas de los enfermos se oían gemidos arrancados por el dolor, voces moribundas con que se despedían los que se marchaban y hondos suspiros de los condenados a esperar otro buque que los llevase a ellos. Los enfermos eran trasladados de sus lechos a las camillas, y llevados después por otros cuatro que también estaban enfermos.

Al comenzar el desfile, Manuelico se había instalado a la salida del hospital junto a una pared e inclinado sobre su palico. Desde allí veía pasar a sus antiguos compañeros de armas, afligidos, desfigurados, moribundos. Algunos le miraban, y con voz apagada y doliente le decían:

—¡Adiós, Manuelicol

Otros levantaban trabajosamente un brazo, y sin pronunciar una palabra le hacían una señal de despedida eterna. Muchos ya no tenían fuerzas, ni aun para levantar los brazos, y cruzaban por delante de él inmóviles, sin que pudiera saberse si iban vivos o muertos... Y seguían pasando unos tras otros en fúnebre procesión y tendidos en sus camillas aquellos espectros de la muerte, aquellos cuerpos sin

calor y sin alma, aquellos semblantes sin expresión, aquellos ojos sin vida y sin luz...

Fuera, la lluvia caía a torrentes. ¡Ni entonces perdonó la lluvia cruel a aquellos seres sin ventura! Y calados hasta los huesos recorrían por última vez el trozo de tierra que les separaba del mar.

Toda la población contemplaba el doloroso espectáculo, todos habían salido a presenciar la emigración de los vencidos, a despedir a los que se iban para no volver.

Al llegar al puerto, los camilleros dejaban su carga; los enfermos eran trasladados a las pequeñas chalupas que los conducían hasta el buque, y en el buque fueron hacinados como objetos de mercancía, condenados a morir los que no pudieron vencer.

Y el buque partió, llevándose a bordo los cuerpos de los que se iban y el corazón de los que se quedaban. Y avanzó describiendo con su casco una estela de sangre, y señalando con los cuerpos de sus tripulantes la ruta que seguía en su regreso a la Patria. Setenta de aquellos infelices encontraron su sepulcro en el fondo del mar: unos lejos, muy lejos todavía de la Patria; otros cerca, muy cerca, en el puerto mismo, con tierra española a la vista.

Y siguieron los tristes repatriados señalando su camino con cadáveres después de desembarcar, en los coches del tren, en las estaciones del tránsito, algunos al terminar su viaje, cuando no tenían más que mirar hacia adelante para ver la torre de su pueblo, cuando sólo les faltaba extender los brazos para recoger el último beso de sus madres..

Y después de ellos siguieron llegando otros, todo un ejército de soldados anémicos y moribundos; un ejército inmenso, derrotado sin haber visto al enemigo! Y los repatriados iban desembarcando en todos los puertos de la Península; y en todos los puertos y en todas las ciudades, aquellas sombras humanas, aquellos espectros de la muerte arrancaban a la vez lágrimas de compasión y gritos de cólera. Y desde los puertos, unos iban a terminar sus días en los hospitales. y otros, más felices, llegaban a la casa en que nacieron, y allí morían también, abrazados por lo suyos. ¿Quién puede contar los repatriados que hay en todos los cementerios de España?...

Y mientras se estaba consumando la gran catástrofe, allá en París se hacía la liquidación de nuestras colonias y de nuestra honra nacional, y aquí, en las Cortes, hombres sesudos aseguraban muy en serio que el *Destino* era el único culpable de cuanto había pasado...

* * *

Pero nos hemos ido demasiado lejos, llevados por el curso de las cosas. Reanudemos nuestra narración.

Manuelico permaneció inmóvil en su puesto hasta que los enfermos acabaron de pasar. Lleno de estupor seguía con la mirada el desfile de las camillas, y una pena, jamás conocida por él hasta entonces, le ataba la lengua y le destrozaba el alma. Aquellos infelices eran sus compañeros y sus amigos; eran los

que hacía poco tiempo vivían siempre alegres y se batían como leones contra los insurrectos y los yanquis. Y ahora los veía partir tristes y agonizantes, llevados por otros como se lleva a los difuntos al cementerio...

¡Pobre Manuelico!... ¡Qué hora tan angustiada fué aquélla para él! Sus labios, pálidos y secos, ya no sonreían; de su semblante, siempre regocijado y risueño, habían desaparecido en un momento todos los encantos, toda la alegría de la juventud. ¡Manuelico se hizo viejo de repente!...

Cuando cruzaban ante sus ojos los soldados enfermos, los miraba; los miraba, quería dirigirles un adiós, una palabra de consuelo; pero no sabía qué decir, y guardaba silencio. Algunas veces levantó un poco la cabeza, y con acento de vivísimo y acerbo dolor contestaba a los que se despedían de él:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Y volvía a bajar la cabeza, pegado a la pared e inclinado el cuerpo sobre la cayadita. ¡Oh! Si Manuelico hubiera tenido entonces delante un espejo, habría visto en su propia imagen una figura, una reproducción del Destino.

Cuando todo hubo concluído, se apartó de aquel lugar llorando. ¡Lloró, lloró Manuelico al adquirir conciencia clara de lo que acababa de ver! Y enjugando luego sus lágrimas y arrastrando los pies por el suelo como un viejecico, se fué al lado de Mariano pa contáselo todo.

¡Rediez! ¡Cosas tan tristes no las había visto él en la vida! El había pasao hambre y sed, fatigas y tra-

bajos en la guerra; él había oído descargas, cañonazos, ayes y lamentos; él había visto batallas, muertos, heridos, lágrimas y sangre; pero como aquello... ¡como aquello no había nada en el mundo!... ¡Sus compañeros se marchaban llevados en camillas y muriéndose! ¡Y se iban vencidos, derrotaos, dejando la ciudad en poder del enemigo! ¡Y los nuestros no venían ya! ¡Y nadie, nadie volvería a clavar la bandera española en Santiago de Cuba!... ¡Rediez!... ¡Rediez!...

En aquel momento se acercó a ellos sor Justa, que llevaba un caldo para Marianico. En los ojos de la hermana se advertían aún huellas de la tremenda impresión recibida con la marcha de los primeros repatriados: les había asistido, les había cobrado un cariño casi igual al de una madre, y los veía partir agobiados por el infortunio, desolados y agonizantes.

—¡Pobrecitos!—iba diciendo sin poder apartar de su mente la imagen de aquellos desgraciados—La mitad de ellos quedarán sepultados en el mar. ¡Qué la Virgen bendita los ampare!... ¿Les has visto marchar, Manuelico?

—¿Que si los hi visto? Por delante e mí han pasao tóos, y me han estrozao el alma, hermana. Ni alientos tenían pa icime: «¡Adiós, Manuelico!...» Luego nos tocará a nosotros. ¡Si volviéramos vitoriosos y triunfantes!... Pero... ¡rediez!... Diga usted, hermana; ¿por qué nos ha dao Dios tanto trabajo y tanta esventura? ¿Q'himos hecho nosotros?

—Los juicios de Dios son inescrutables, Manueli-

co. Muchas culpas habremos cometido, cuando así nos castiga.

—Icen que el Destino tié la culpa e tóo lo que ha pasao. Pué que siá verdá; pero el tiniente... miusté, hermana, el tiniente no quié que le hablen de eso. Ice que el Destino era de los nuestros, y que ha llorado él solo más que tóos nosotros, y que se murió como un santico en metá e la calle. Pa mí que le mataron los yanqueses...

Hubo un momento de silencio. Manuelico se acordó de su madre, y dijo a sor Justa:

—Oiga usté, hermana: yo quisiá escribir a mi viejica. ¡Lo menos tres meses hace que no sabe ná de Manuelico! Creerá que me han matao... y gracias si se contenta con eso. Firmar ya podré yo, pero más... Si usté me hiciá el favor...

—Sí, Manuelico, sí; todo lo que quieras. ¿Y tú no escribes, Mariano?

—De mí ya saben por mi teniente—contestó con voz apagada.

Se fué sor Justa, y volvió al poco rato con tinta, papel y pluma. Entregó el tintero a Manuelico, extendió el papel sobre la cama del enfermo, se puso de rodillas, y preguntó, después de escribir la fecha:

—¿Qué vas a decir a tu madre?

—Lo primerico e tó, que vivo.

—Hombre, eso ya lo supondrá ella, cuando vea la carta.

—Puá que no caiga en la cuenta. Póngalo usté por si acaso.

—Bueno; ¿y qué más?

—Si fuá a contáselo tóo... Náa, que me encuentro un poquito malo, y que ando con esta cayadica como un viejico, lo mismo que el tío Pinicos de mi pueblo...

—¿Y quién es ese?

—¿El tío Pinicos? Un viejico que necesita, pa tenese, una paré y dos muletas.

—Mira, eso de que estás malo es mejor no decír-selo, porque se va a alarmar. Cuando tú vayas, se lo contarás todo.

—¿Y lo de la heridica del Caney? ¿Y la otra? ¿Tampoco? Póngaselo usted. Y también que si no llega a ser por la Pilarica... ¡Rediez!...

—Nada, nada de heridas, porque lo menos que va a creer tu madre es que te estás muriendo y no se lo quieres decir.

—Entonces. . . Miusté, hermana, mejor es que la escriba usted solica, porque yo. . . Lo que tié usted que icila, que para allá diré pronto, y que a la Felisa. . .

—¿Quién es la Felisa?

—Es mi novia, hermana. ¡Si viá usted qué buena y qué valientel... Ella me dijo cuando vine pa Cuba: «¡Volverás a verme, Manuelico!» Y me dió esta medallica de la Virgen, que me ha salvao veinte veces. ¡Rediez! asiguro yo que la Felisa me está esperando cuasi con tanta pena como la viejica, y que tos los días sale a las eras del pueblo pa verme llegar...

—Bueno, ¿y qué pongo para la Felisa?

—Expresiones. . . ¡No! eso es poco, hermana. Ricuerdos, muchos miles, muchos millones de ricuer-

dos, y abrazos, y tóo lo mejor que usté sepa, hermana.

—¿Y qué más?

—Que hasta la vista.

El baturro escribió al final con mano temblorosa y trazos inverosímiles la palabra *Manuelico*, y sor Justa se llevó la carta para echarla al correo.

* * *

Unos días después les tocó embarcar a los dos amigos. Mariano fué conducido en una camilla hasta la costa y acompañado por su teniente. Manuelico había partido antes del hospital, marchando a pie, poquito a poco, con la ayuda de su palico y apoyado en el brazo de un artillero.

En el barco se encontró con la anciana sor Pilar tendida sobre un colchón, y a su lado sor Justa y otras dos hermanas. Manuelico se alegró mucho de hacer su viaje a España con sor Pilar. Ella le había curao la heridica del 1.º de Julio; ella estuvo siempre a su cabecera cuando lo de la herida grande, y le curaba y le consolaba. Si no hibiá sido por ella. . . Y ahora iba mu malica, cuasi agonizando la pobre. Él la animaría, él la entretendría hasta que llegasen a España contándola cosas como en el hospital.

Pero Dios o los hombres lo habían dispuesto de otro modo. Faltó sitió en el barco para todos, y las hermanas se vieron obligadas a abandonar su puesto y salir del buque, llevándose también consigo a la moribunda anciana.

Castro se esforzó por impedir aquella villanía, Manuelico se ofreció a quedarse en tierra para que ocupase su puesto sor Pilar; pero todo fue inútil. Las hermanas cargaron con la enferma y se fueron a otro barco que estaba próximo; mas tampoco allí había lugar para ellas, y permanecieron en el puerto.

Los enfermos y las hermanas que aun quedaban en Santiago contemplaban el embarque de los repatriados desde el hospital, y los despedían agitando sus pañuelos. Al ponerse el barco en movimiento, una voz potente, un grito entusiasta sonó en el espacio:

— ¡Viva España! . . .

Y el barco partió.

Las hermanas expulsadas de él, aquellas mártires que habían sacrificado espontáneamente su salud, su descanso y su vida por los enfermos, le vieron alejarse llorosas y tristes desde el puerto. No lo sentían por ellas, no; lo sentían por la anciana moribunda que ya no volvería a su patria. Pero ella las consolaba, diciendo con la resignación de quien estaba acostumbrada a todo género de sufrimientos y sacrificios:

— ¡No lloréis por mí, hijas mías! ¡Que vayan antes los soldados! ¡Pobrecicos! . . . A ellos les esperan allá muchos seres queridos, a nosotras no nos espera nadie. . . ¡Ya seremos repatriadas!

Y ella lo fué efectivamente dos días después. Pero no por un buque, sino por dos ángeles muy hermosos que bajaron del cielo a buscarla. No a España,

sino a otra Patria que está muy arriba, muy arriba, más allá de las nubes, más allá de los astros.

* * *

Los repatriados que se tenían en pie se apiñaron en la cubierta del buque, y desde allí contemplaban aquella tierra de maldición que poco a poco iba escapándose de su vista. Avanzaron más, y la Isla quedaba allá lejos, como una nieblecilla en los límites del horizonte, como una mancha pardusca que enlazaba al cielo con el mar. Después, nada: un sol de fuego arriba, y una superficie azul sin término en todas direcciones.

Hasta entonces los soldados habían estado mudos, suspensos los ánimos, fija la vista en la tierra que dejaban. Cuando se miraron unos a otros, en muchos ojos había lágrimas. Lloraban ahora los que no lloraron al despedirse de sus madres, los que no lloraron al despedirse de su Patria. . . Iban seguros de vencer, y vuelven vencidos. Llevaron a Cuba risueñas ilusiones, y no traen más que crueles espinas clavadas en el corazón. Allá marcharon soñando felicidad y cantando venturas, y allá dejan su juventud marchita, compañeros queridos enterrados, la honra nacional ultrajada, un jirón de su vida desprendido y una bandera enemiga flotando en tierra española. . .

Pero todo aquello había terminado. Era preciso apartar de allí el pensamiento y fijarse sólo en España, en su Patria, en la casa inolvidable donde tienen

sus amores, donde les esperan los seres queridos que los abrazaron al partir para la guerra. Ellos quisieran que volase el barco, que en un minuto los trasladase a un puerto español; pero el barco aquel, pequeño y malo, no volaba, casi no se movía siquiera.

Mariano seguía viviendo. No estaba peor, por que esto era imposible; mas tampoco se notaba en él mejoría alguna. Tanto tiempo llevaba fluctuando entre la vida y la muerte, que nadie se atrevía a augurar nada respecto del desenlace de aquella fiebre lenta y pertinaz. Le hacía frecuentes visitas un sacerdote que iba en el barco, casi tan enfermo como él, y sus palabras consolaban mucho a Mariano.

Un día recibió la infausta noticia de que aquel buen sacerdote había muerto. Después de reflexionar un momento, preguntó a Castro.

—¿Y qué hacen con los que mueren en el buque, mi teniente?

—Los tiran al mar—contestó éste con indiferencia.

—¡Los tiran al mar!... ¡Qué triste es eso, mi teniente! ¡Tirarlos al mar!... ¡A mí tendrán que tirarme al mar también, y nadie sabrá nunca donde estoy enterrado!... ¡Mejor era haberse muerto en Cuba, mi teniente!...

Y el ansia de vivir, y el horror de quedar sepultado en el mar le producían un dolor nervioso, y el infeliz clavaba la vista en los ojos del artillero, y se agarraba tenazmente a sus manos, para que no se le

escapase la vida, exclamando con terrible angustia:

—¡Mi teniente! ¡Mi teniente!...

Manuelico apenas se movía de su lado, y le animaba como Dios le daba entender. De cuando en cuando sacaba del pecho la medallita blanca de la Virgen, y después de besarla se la ponía a su amigo junto a los labios, diciéndole:

—¡Bésala tú también, Marianico!

Y Marianico la besaba con piadosa ternura.

—Ahora—agregaba el baturro—pídela que vuelvas a ver a tu viejica. ¡Verás cómo te ice que sí... A mí también me lo dijo la Pilarica que está en Zaragoza y vuelvo: ¿ves tú? ¡La Pilarica no ha engañao nunca a nadie!.. Ya estamos cerquica de España. Dentro de unos días... ¡No te morirás, no! ¡Te lo aseguro yo, rediez!... Mia tú, Marianico que otros estaban más malicos que tú, y se han muerto... No, quío icir que se han muerto otros menos malicos que tú; porque algunas veces los que están más malicos se mueren, y los que están menos... (Rediez m'hi perdido!...) Quío icir que no te morirás, Marianico, y basta...

Y Marianico se reía con estas cosas del simpático baturro.

Pero pasaban días y noches; unos tras otros iban pereciendo los desgraciados tripulantes; hasta los *menos malicos* se morían y el barco no llegaba nunca.

Y pasaron más días y más noches, sin ver otra cosa que agua y cielo. ¡Qué días y qué noches aquellas para los desventurados a quienes se les escapaba la vida por momentos, y tenían todas sus ilusiones

en morir en los brazos de los suyos, o siquiera en tierra española. ¿Cuándo llegaban a su Patria? ¿Cuándo se concluía aquel viaje eterno?...

Una tarde, después de diez y ocho días de navegación, el barco se detuvo en medio de una niebla espesísima que impedía ver los objetos a cuatro metros de distancia. Se hallaba, al fin, a la entrada de la ría de Vigo. Allí tuvieron que pasar la noche. ¡Qué larga fué aquella noche para los repatriados!

Al amanecer describióse el negro cortinón que cubría el horizonte, y un mismo grito se escapó de todos los pechos, el grito de júbilo con que saludaron al Nuevo Mundo sus descubridores:

—¡Tierra! ¡Tierra!...

Un momento más de vida, y estaban en el suelo bendito de su Patria. En la cara de los pobres soldados se dibujó una expresión muy singular. ¿Reían? ¿Lloraban?... No puede saberse, porque en aquellos semblantes había a la vez risas y lágrimas.

Todavía tuvieron que sufrir un desencanto y una tribulación más. Ellos, que esperaban desembarcar inmediatamente, y creían conjurado el peligro de morir en el mar, pasadas las penalidades de la navegación y llegado el momento feliz de pisar tierra española, y poco después entrar en sus casas y caer en los brazos de sus madres, recibieron la orden funesta, la noticia desconsoladora de que era preciso permanecer aún cinco días en el barco. Les consideraban apestados y los rechazaban todos para no contagiarse con ellos...

Y en aquellas almas habituadas al sufrimiento y

al dolor, brotó un dolor y un sufrimiento nuevo: el de la repulsa de su misma patria, que ellos tomaron entonces, no como una necesidad, sino como un desdén. Y por aquellos rostros enjutos volvieron a correr lágrimas amargas al ver sus esperanzas muertas y desvanecidas sus alegres ilusiones. ¡Cinco días más! ¿Y quién viviría tanto tiempo? ¿Y los que se hallaban gravemente enfermos, casi agonizantes? ¿Y los que habían estado contando los días, las horas y los minutos, con el alma entre los dientes, esperando el momento de llegar a su Patria y saltar a tierra?... ¡Decirles a estos infelices que esperen cinco días más, cuando ni una hora de vida pueden prometerse! ¡Y hallándose ya en el puerto, con tierra española a dos pasos, y un poco más arriba, a su vista, una ciudad española!...

Pero no hubo remedio: *salus populi suprema lex*. Y el barco penetró en la ría y ancló junto a un islote destinado a lazareto.

Por no cansar a mis lectores con más narraciones tristes, no quiero acordarme de los que todavía murieron a bordo, y me dispenso de referir lo que sufrió el pobre Mariano en aquellos días de cuarentena. Manuelico y el teniente agotaron sus recursos por consolarle, mas para él ya no había consuelo. Cada vez que moría alguno de sus desgraciados compañeros, se agarraba con ansiedad a las manos de Castro, y repetía indefectiblemente la misma frase:

—¡Ahora me tocará a mí!... ¡Mi teniente! ¡Mi teniente!...

* * *

Pasaron al fin los cinco días de cuarentena, y Mariano no había muerto.

A las dos de la tarde los repatriados empezaron a desembarcar en presencia de una inmensa multitud que los contemplaba desde el muelle con religioso silencio, con el silencio augusto del dolor, suspensa ante aquel triste espectáculo, consternada ante aquellos cuerpos exánimes, ante aquellas caras secas y amarillas, ante aquellos espectros que parecían desenterrados del sepulcro...

Los que podían andar eran conducidos en lanchas a tierra, y subían tambaleándose sobre sus pies. Los enfermos más graves eran colocados en un gran cajón, sujeto con cadenas, y los subían al muelle como se suben las piedras en la construcción de un edificio.

En esta forma debía subir Mariano; pero el espectáculo le horrorizó. Los desgraciados, tendidos en aquellos cajones, le parecieron objetos de mercancía más que personas, y lo que era peor, cadáveres colocados en su ataud, y tuvo fuerzas suficientes para agarrarse al primero que encontró y saltar a una lancha, y de una lancha a la escalinata del muelle. Por ella le subieron, y al llegar arriba se sentó, apoyado de espaldas a la barandilla y repitiendo sin cesar:

—¡Mi tenientel ¡Mi tenientel..

Pero el teniente no se veía por ninguna parte.

Cerca de él había una hermosa y elegante joven, y

a su lado dos criadas: una con un gran jarrón de leche en la mano, y la otra con algunas botellas de Jerez. La joven corrió hacia el pobre Mariano en cuanto le vió; cayó de rodillas ante él y colgó de sus hombros un escapulario mientras le preguntaba:

—¿Tienes madre?

—Sí—contestó él.

Y le dió un beso en la frente, diciéndole:

—¡De parte de tu madre, querido!

—¡Mi tenientel ¡Mi tenientel—repetía el pobre soldado con voz moribunda, mirando a todas partes y creyendo que la vida se le escapaba si no llegaba pronto el artillero.

—¡Ya vendrá tu tenientel—le dijo la joven, acariciándole con inmenso cariño.—¿Qué vas a tomar, querido? ¿Te sentará bien un vasito de leche? ¿Quieres Jerez?...

—¡Jerez, Jerez!...—contestó.

Le dió con su propia mano una copita, y le ayudó a levantarse para llevarle consigo.

Castro había presenciado desde la escalinata esta conmovedora escena, y dirigiéndose a la cariñosa joven, la dijo:

—Gracias, señorita, gracias!

Y se llevó a Mariano.

Estas mismas escenas se repetían en todas partes. Delante de la multitud que presenciaba el desembarque estaban las piadosas jóvenes de las más distinguidas familias de Vigo; y según iban subiendo los soldados, colgaban a su cuello un escapulario de la Virgen, y se disputaban el honor de darles el brazo

y llevárselos consigo, para hacerles tomar un vaso de vino generoso, un caldo, un pollito asado, lo que quisieran...

Y los pobres soldados lloraban, lloraban de alegría y de felicidad al verse tratados de aquel modo. No encontraban palabras con que expresar su agradecimiento, no sabían lo que les pasaba. ¡Tantas privaciones, tantos trabajos allá en Cuba, y en España tanta bondad, tanto cariño!... ¡Oh! Parecía más clemente el Dios de España que el Dios de Cuba...

Dios era el mismo; pero vosotras, ¡oh jóvenes cristianas de Vigol erais españolas y no cubanas. Yo sé que aquellos pobres repatriados no olvidarán jamás vuestra cariñosa acogida. Los que viven hablan de vosotras con ternura; los que han bajado al sepulcro os bendicen desde el Cielo.

* * *

Al día siguiente Manuelico se dirigía hacia el hospital solo, con la cabeza inclinada y apoyado en su palico. En una calle le detuvo el teniente, preguntándole:

—¿Dónde vas, Manuelico?

—A despedirme de Marianico iba, mi tiniente, porque me marcho a ver a mi viejica.

—No conviene que te despidas de él—le dijo el artillero.—Mariano es una lucecita que se va extinguiendo poco a poco. Necesitamos conservarla para que pueda ver también a su viejica. Tu despedida podría impresionarle demasiado, y... ¿quién sabe?

—¿Entonces, mi tiniente... ¡adiós!

Castro se quedó mirando al simpático baturro con infinita dulzura; apoyó suavemente una mano sobre sus hombros, y le habló así:

—¡Manuelico!... ¡Adiós!... Acaso no nos volveremos a ver. Si allá oyes a alguien calumniar al ejército de Cuba, cuéntale tu historia y el hambre y los trabajos que has pasado; enséñale las cicatrices que llevas en la frente; enséñale ese palico que necesitas para sostenerte a la edad de veintitrés años, y dile si ha habido soldados en el mundo que hayan hecho y sufrido más por su Patria que nosotros en Santiago de Cuba... ¡Adiós!... Allá te espera tu viejica con el alma puesta en tí. ¿Te olvidarás del *tiniente* Castro?... Cuándo veas a la Pilarica, rézala una Salve por mí y otra por Marianico... ¡Adiós, Manuelico, adiós!...

Manuelico no contestó, porque una emoción vivísima le oprimía el pecho y le ataba la lengua. Se llevó la mano a los ojos para contener las lágrimas que pugnaban por salir, y se marchó, encorvado sobre su palico y arrastrando los pies por la tierra, como un abuelo, como un viejico.

X

El tren, un tren larguísimo, formado con los peores coches de la línea, esperaba en la estación la señal de partir. Algunas ventanillas estaban cerradas; en otras se veían asomar caras melancólicas y amarillentas, míseros repatriados con su sombrero de paja o su gorra de cuartel en la cabeza, su deteriorado uniforme de rayadillo pegado al cuerpo y su manta de color oscuro sobre los hombros.

El andén estaba lleno de curiosos; los empleados



de la estación se movían de una parte a otra; los camilleros de la Cruz Roja se hallaban todavía al lado de las camillas en que habían conducido a los enfermos.

Poco después silvó la máquina, y lanzando bocanadas de humo, arrastró en pos de sí la larga fila de vagones, que fueron alejándose poco a poco hasta que se perdieron de vista.

La estación quedó en silencio: ni una aclamación, ni un grito de despedida se atrevió a interrumpirle. Todos los espectadores tuvieron clavados los ojos en aquel convoy funerario que marchaba; y cuando desapareció, volvieron a la ciudad silenciosos y acongojados, como vuelve del cementerio a su casa la familia del difunto después del entierro.

El tren militar salvó montañas y pasó túneles y cruzó extensas llanuras, siempre envuelto en una nube de humo, siempre asomadas a las ventanillas de los coches las caras amarillentas de los repatriados. Algunos de ellos habían pasado por aquellos mismos sitios dos o tres años antes, cuando iban a Cuba. Entonces atronaron aquellas llanuras y aquellas montañas con gritos y cánticos, henchido el corazón de júbilo y llena el alma de ilusiones. Ahora, ni una voz interrumpe el mortal silencio, ni una sonrisa alegre aquellos pálidos semblantes, ni un grito se oye en medio de aquella angustiosa soledad, a no ser los que allá en el fondo de los coches arranca el dolor del pecho de algún desgraciado.

Y se detenían en las estaciones del tránsito, agobiados por la misma soledad, sin que nadie saliera a

saludarlos, sin ver otras personas que los empleados del ferrocarril y algún curioso que los miraba con espanto y lástima, sin oír más que el pito del jefe y el silbido estridente de la máquina.

Y fueron desapareciendo ante su vista bosques y barbechos, viñas y arboledas, áridos montes y valles agostados. Y desaparecían también, perdidas en la distancia o desvanecidas entre la tenue luz del crepúsculo, las torres de las iglesias y las agujas de las catedrales. . . ¡De aquellas catedrales donde ya no se escuchaban los acordes del *Te Deum* con que nuestros padres celebraron sus conquistas y sus triunfos! ¡De aquellas catedrales bajo cuyas bóvedas acababan de extinguirse los últimos ecos de un triste *Miserere!*

Desapareció totalmente la luz del crepúsculo, y el tren siguió su marcha, entre las sombras de la noche, elevando al cielo columnas de humo, y dejando atrás otros pueblos y otras estaciones, nuevas llanuras y nuevas montañas. . .

En un departamento de segunda, acostado en uno de sus asientos y envuelto entre dos pesadas mantas, venía el pobre Mariano, tosiendo débilmente y sin cesar, y tiritando con el frío de la fiebre.

El teniente Castro se hallaba sentado enfrente de él, con el codo apoyado en el borde de la ventanilla y la cabeza suavemente recostada sobre la mano. Estaba acongojado y sombrío, mudo de dolor y abrumado todavía bajo el peso del desastre, cuyo recuerdo no podía apartar de su memoria. A cada momento se inclinaba sobre el moribundo Mariano,

oía su penosa respiración y aquella tosecilla seca y débil que le producía escalofríos, y volvía a su primera postura, rogando a Dios que no se le muriese en el camino, que no acabara de extinguirse aquella agonizante lucecita hasta que llegasen a Madrid.

Desde las últimas estribaciones del Guadarrama divisaron, allá en los límites del horizonte, una franja blanquecina que poco a poco fué extendiéndose y tomando un tinte color de sangre. En el instante mismo que salía el sol, los repatriados se agruparon junto a las ventanillas de los coches. Allá a lo lejos se veía Madrid.

Al fin llegaron.

* * *

En la estación esperaba anhelante una multitud compuesta en su mayor parte de obreros y artesanos, toda gente pobre. El andén estaba lleno de camillas, y al lado de cada una se hallaban cuatro socios de la Cruz Roja. ¡Siempre aquellas camillas de mal agüero a su vista! ¡Siempre aquellos hombres de la cruz encarnada, dondequiera que hubiese repatriados!...

¡Lector amigo! Si en alguna tarde de primavera has presenciado la llegada de un rebaño de ovejas al aprisco, donde tienen sus corderillos encerrados y hambrientos, roncando de tanto llamar a sus madres durante todo el día; si te has fijado en la algarabía y confusión que allí se forma, en el ansia con que los hijos buscan a sus madres y las madres a sus hijos,

tendrás una idea exacta de lo que pasó en la estación de Madrid a la llegada de los repatriados.

En cuanto se divisó el tren, la multitud se aglomeró junto a la vía, sin que ninguna fuerza humana pudiese contenerla, y todos los ojos se clavaron con vivísima ansiedad en los infelices viajeros, buscando entre aquellas caras angulosas y amarillentas la del hijo o el hermano.

Antes de pararse el tren, muchos soldados saltaban de los coches, y caían en los brazos que se extendían hacia ellos, en aquellos brazos queridos que por tanto tiempo habían estado esperándoles. Y los que venían se confundieron en un abrazo con los que aguardaban. Y allí no hubo en aquellos momentos más que lágrimas, sollozos, besos, gritos de alegría y exclamaciones de dolor.

Algunos repatriados, después de saltar del tren con su manta al hombro, miraban ansiosos por todas partes, buscando una cara conocida entre la muchedumbre, y concluían por bajar la cabeza entristecidos al verse solos. Otros no miraban siquiera, porque no habían llegado al término de su viaje, y sabían que nadie les esperaba.

Castro recorrió el andén, miró en todas direcciones, y no vió una persona de su familia ni de la familia del infeliz Mariano. ¡Tampoco a ellos les esperaba nadiel...

Por la puerta de salida fueron pasando, como una procesión de fantasmas, con los ojos bajos y el semblante dolorido, los desgraciados que no encontraron en la estación un pecho amigo que les tendiera

los brazos. Y tras ellos pasaron también los demás, mezclados entre la multitud y apoyados en los hombros de su padre o de su hermano.

En los coches quedaban todavía los enfermos, los que no podían moverse, y junto a los coches algunos padres infelices que lloraban al ver el estado en que venían sus hijos, mientras eran trasladados a las camillas.

En una de ellas fué colocado Mariano, con orden de llevarle así hasta su casa, procurando evitar todo movimiento brusco que podía extinguir totalmente aquella vida que se acababa por momentos.

El teniente se quedó recogiendo su equipaje. Cuando iba a salir llamó su atención una pobre mujer, vestida de luto, que iba registrando, uno por uno, todos los departamentos del tren.

—¿Qué busca usted, señora?—la preguntó Castro.

—¡Busco al hijo de mi alma!—contestó clavando en el teniente unos ojos que querían saltar de sus órbitas, pero secos, sin lágrimas.

—¿Le esperaba usted hoy?

—Sí, le espero todos los días.

—¿Pero usted sabe que vive?

—Los periódicos dicen que ha muerto; en el ministerio de la Guerra me dijeron que ha muerto; pero vive, vive el hijo de mis entrañas, y le buscaré hasta que lo encuentre.

Y lanzando una estridente carcajada, continuó su registro. Aquella pobre madre estaba loca.

Junto a la salida vió el artillero un hombre de avanzada edad, de elevada estatura y apoyado en

dos muletas. Aquel hombre había presenciado desde allí el desfile de los repatriados; miraba fijamente a los pocos que quedaban, y repetía con angustia:

—¡No vienen! ¡No vienen!...

Castro se fijó en él, y le preguntó conmovido:

—¿A quién espera usted?

—¡A mi hijo!—contestó con viva ansiedad.

Y agregó con voz temblorosa:

—Desde aquí he visto llegar todos los trenes de los repatriados; desde aquí los he visto pasar uno por uno. ¡Todos vienen menos él! ¡Mi hijo no llega nunca!...

—¿Cómo se llama su hijo?

—Julián Trigueros.

—¡Mi asistente!...—exclamó el artillero con espanto.

Y agregó mirando con lástima al pobre viejo:

—¡No le espere usted, buen hombre! Su hijo murió gloriosamente en Santiago de Cuba, combatiendo como un bravo al pie del cañón.

El anciano bajó los ojos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y murmuró, temblándole la voz en los labios:

—¡Murió! Ya tenía yo esa espina clavada en el corazón. ¡Pobre hijo mío! ¡No merecía él tan mala suertel... ¡Y su padre impedido! ¡Y su madre enferma y esperándole hace tres meses!... ¿Y cómo la digo que su hijo ha muerto?...

Calló el anciano, y Castro, no encontrando palabras que pudiesen mitigar el dolor de aquel hombre, se separó de él con honda pena en el alma.

Quedaban todavía otros muchos en el andén, con la vista clavada en los coches que habían conducido a los repatriados, y esperando ansiosos ver salir de alguno de ellos al hijo de sus entrañas. Y tuvieron que volverse solos, sin el hijo que buscaban y con el alma llena de amarguras.

Los camilleros que conducían a Mariano recorrieron las calles más céntricas de Madrid, relevándose de cuatro en cuatro, y seguidos siempre de algunas personas que contemplaban al moribundo con lástima y estupor.

Una hora tardaron en llegar a su casa de la calle de Alcalá. Recostada contra el dintel de la puerta y mirando con curiosidad hacia el grupo que se acercaba, había una mujer gruesa, de pelo canoso y pobremente vestida; en cuanto el enfermo la vió, sus labios se plegaron con una sonrisa, y la llamó con voz débil, casi imperceptible:

—¡Madre!...

La mujer dió un salto hacia él con los brazos abiertos, y retrocedió espantada, creyendo que era un difunto el que la había llamado madre. Se había engañado, aquel no era su hijo...

—¡Soy yo, madre! ¿Ya no me conoce usted?—volvió a decir el enfermo.

Y la pobre madre se arrojó entonces sobre la camilla, como una loca, y estrechó entre sus brazos... el esqueleto de su hijo.

Al mismo tiempo apareció en escena un hombre vestido de blusa azul y pantalón blanco. Se detuvo detrás de la camilla, y se quedó contemplando al

enfermo con los puños hundidos en su enmarañada barba negra. En su semblante, desencajado y lívido, había a la vez dolor y odio, sus labios se contraían nerviosamente, chispeaban sus ojos, en su corazón no había más que veneno. Era el *ácrata* que sólo pensaba entonces en los que llevaron a Cuba a los soldados y en los que les mataron de hambre. Una de tantas víctimas era aquel joven agonizante que tenía ante sus ojos, y aquel joven agonizante era su hijo.

Mariano no vio a su padre ni se apercibió de su presencia.

Su desolada madre subió detrás de la camilla la interminable escalera, y llenó la casa de lamentos. Ella había entregado a su hijo colorado y robusto, y se le devolvían seco y pálido como un cadáver. Ella le vio marchar a Cuba, tres años antes, rebo-sando alegría y salud, y le vuelve a ver... ¡Dios mío, en qué estado le vuelve a ver!

Pero tal vez aquello no fuera más que hambre, muchísima hambre. ¡Tantas veces había oído decir que en Cuba mataban de hambre a los soldados!... Ella le curaría a fuerza de cuidado y de cariño; ella vendería hasta la camisa que llevaba puesta, si era necesario para que no faltase nada a su hijo. Y le volvería a ver tan colorado y robusto como cuando fué a la guerra.

* * *

Un cuarto de hora después, subía la misma esca- lera Pepe de Castro, vestido de uniforme, como le

vimos bajarla tres años antes, aunque menos alegre y más pálido que entonces. Se le nublaba la vista, temblaba su cuerpo, su corazón latía con violencia, tenía miedo. ¡Miedo él, que nunca le tuvo enfrente del enemigo ni en medio de las balas!...

Había avisado su llegada a su tío D. César, y nadie había salido a recibirle, ni a la estación, ni a la portería siquiera. ¿Qué pasaría en aquella casa? ¿Qué sería de su tío?... ¿Habría muerto? ¿Estaría enfermo? ¿Se negaría a recibirle después de la derrota?..

En todo esto pensó Castro, mientras subía la escalera. Llegó al piso tercero, se detuvo un instante, apretó nerviosamente el botón eléctrico, y abrió la puerta Antonio, el fiel criado, que se arrojó en los brazos del teniente exclamando:

—¡Señorito! ¡Señorito! ¿Usted aquí sano y salvo?...

—¿Pero no sabías que llegaba hoy?—preguntó el artillero.

—Le esperábamos a usted de un día a otro, señorito; pero que había de llegar hoy...

—¿Qué es de mi tío?—interrumpió el teniente.

—En su cuarto está. Pase usted, señorito, pase usted, y a ver si le anima un poco, porque el pobre, desde que ocurrió lo de Cuba...

Antes de que el criado acabase de hablar, Castro había abierto la puerta, y penetraba en la habitación de su tío.

* * *

La escena que vamos a describir parecerá inverosímil a los que no hayan leído la narración que pre-

cede a ésta (1), y no conozcan por tanto el genio exaltadísimo del coronel D. César Iturralde. Sería, pues, necesaria una explicación previa, que omitimos por impropia de este lugar.

Desde que le dejamos, al final de la citada narración, hasta que le volvemos a encontrar, habían transcurrido cerca de dos meses, dos meses mortales, que pasaron por el averiado coronel haciendo estragos en sus nervios y en su espíritu, y matando ilusiones y esperanzas en aquel bravo militar, tipo rezagado de otros siglos, ya convertido en ruinas, y cada vez más abatido y loco.

Los hombres equilibrados, que vieron la realidad cuando se acercaba la hora del conflicto, y temieron siempre una gran desventura para la Patria, al llegar el temido desastre, lo sintieron, lo sintieron mucho y muy hondo; pero no se dejaron anonadar por el desaliento, tuvieron el valor de sobreponerse a la desgracia, y esperaron días mejores. En cambio, los patriotas exaltados, los ilusos que pidieron a gritos la guerra, seguros del triunfo y casi persuadidos de que España era invencible, cuando tuvieron noticia de la derrota, quedaron aplastados, pasaron de un salto al extremo opuesto, de la exaltación patriótica al pesimismo, dieron por muerta a la Nación y por falsa nuestra historia, y muchos se avergonzaron de ser españoles.

(1) *El Alma de Don Quijote*. Recuerdos de la guerra vol. I. Narración escrita por el mismo autor, y de la que es complemento EL DESTINO.

Algo de esto había pasado al intrépido D. César; pero como los sentimientos fuertemente arraigados en el alma no se arrancan de una sola vez, ni el genio se transforma en una semana, todavía el viejo coronel, en medio de su estado habitual de desaliento, tenía sus alternativas de indignación y de calma, de exaltación y de pesimismo, y hasta cruzaban alguna vez por su mente ideas de esperanza y de gloria para lo futuro. Pero estos salvadores pensamientos duraban poco; eran como chispazos de una luz que se apaga, como convulsiones de un epiléptico que agoniza.

D. Claudio Rebolledo, el leal y abnegado amigo del coronel, temió que todo aquello terminase en un manicomio o en el sepulcro, y rodeó de exquisitos cuidados al viejo militar; brabajó por distraerle y llevar a su espíritu la tranquilidad y la esperanza, le colmó de cariño, evitó toda discusión que pudiese exacerbarle, no volvió a reñir con él y agotó todos los recursos para salvarle. Ultimamente proyectaba sacarle fuera del ambiente malsano de Madrid, para que el olvido, el aislamiento y los aires puros de la montaña le restablecieran y fortificasen; pero en la fecha en que le volvemos a encontrar, aún no había podido convencerle.

Cuando el teniente Castro entró en el cuarto de su tío, hallábase éste sentado en el sillón de su despacho, y tenía delante un libro abierto, aunque en todo pensaba menos en leerle. Sabía que llegaba su sobrino; le había oído hablar con el criado; su corazón, que palpitaba con violencia, le impulsaba a salir

a su encuentro y arrojarse en sus brazos, porque, al fin, le quería como puede querer un padre a su hijo. Pero le preparaba un recibimiento digno de su carácter, y se esforzó por ahogar en su alma toda apariencia de sensiblería y dar a sus facciones un aspecto de implacable severidad.

Castro se dirigió a él sonriente y con los brazos abiertos. El coronel permaneció sentado e imperturbable; clavó los ojos en el artillero, y le dijo, haciendo ademán de rechazar el abrazo que se le ofrecía:

—No tengo el honor de conocerle a usted, caballero.

—¿Que no me conoce usted?—preguntó el teniente sorprendido.—¡Soy Pepe! ¡Soy su sobrino Pepel. . .

—¡Mentira!. . .—exclamó D. César, levantándose bruscamente del sillón y encarándose con el joven.— ¡Mi sobrino Pepe me prometió solemnemente al ir a Cuba que no volvería a esta casa si no volvía vencedor! ¡Mi sobrino Pepe dió su palabra, y es hombre que no se deshonra faltando a ella!. . .

—Verdad es que lo prometí—dijo el artillero anonadado bajo el peso de esta acusación;—pero yo no pensaba entonces más que en combatir a los cubanos, y en los combates contra los cubanos he sido siempre vencedor. Se presentó después otro enemigo que no esperaba, ¡ni usted tampoco, tío! y ese enemigo, incomparablemente más fuerte que nosotros, nos venció. ¡He cumplido con mi deber! ¡He llegado más allá de lo que el honor militar exi-

gía! ¡Del éxito desgraciado no tengo yo la culpa! . .

—Eso es lo que tienes que demostrar. Pero antes...
¡Antes quítate el uniforme que llevas, deshonorado con la derrota más vergonzosa que ha sufrido el Ejército español! . .

—¡Este uniforme no se ha deshonrado nunca!—
interrumpió el artillero con energía.

—¡Quítate ese uniforme, porque me hace daño verte con él!—repitió D. César con voz imperiosa, brillándole los ojos y temblándole la perilla.—¡Te lo mando yo! ¡Te lo manda el coronel D. César Iturralde! . .

Y agregó después de una breve pausa:

—Estás sometido a un consejo de guerra, ¿entiendes? Ese consejo de guerra lo formaré yo. Lo que he hecho por tí, lo que represento y soy para tí me dan derecho a ser tu juez. Yo juzgaré si mereces o no mereces vestir el uniforme militar. Yo fallaré si eres digno de que te estreche entre mis brazos, o si he de rechazarte por indigno, condenándote a tí a separarte para siempre de tu tío, y condenándome a mí a no volver a verte jamás.

Castro salió despechado y casi decidido a abandonar aquella casa para siempre, o a lo menos hasta que pasara la tormenta y su mismo tío le buscara.

Llamó al criado y le dijo:

—¡Antonio, tráeme la maleta!

—¿Pero ya se marcha usted, señorito?

—No me admiten en esta casa... Pero oye, Antonio; ¿mi tío está en su sano juicio?

—Algunos días creo que no. Si usted supiera...

Mire usted, desde lo de Cuba yo creo que no está en sus cabales.

—¿Sabes lo que me ha dicho? Que me vista de paisano, que no me quiere ver con el uniforme, que me va a formar consejo de guerra... ¿Has visto semejante chifladura?

—Pues hágalo usted señorito, hágalo por Dios; si no, se llevará el pobre un berrinche que acabará de ponerle loco o le costará la vida. ¡Si viera usted que cosas han pasao aquí!

Castro reflexionó un instante, y contestó:

—Bien, pues haré lo que me ha dicho. Haremos un rato el ridículo; representaremos esa farsa, a ver lo que resulta.

En esto se oyó la voz de D. César que llamaba a Antonio. Entró en el cuarto de su coronel; colocó por orden de éste una silla delante de la mesa y otra al lado izquierdo del sillón; en este tomó asiento el coronel y en aquella el antiguo asistente, y esperaron.

En cuanto llegó el teniente, ya vestido de paisano, D. César, le señaló la silla que había enfrente de la mesa, y le dijo:

—¡Siéntate ahí! Ahora yo soy juez y tu reo. Contesta a lo que te pregunte:

—¿Confiesas que fuiste vencido por los americanos en Santiago de Cuba?

—Lo confieso. Fuí vencido, como lo fuimos todos. No pudimos hacer otra cosa.

—Explícame las causas de esa vergüenza nacional.

—Es una historia larga de contar, tío.

—Importa poco; no tenemos otra cosa que hacer.

—Relataré los hechos principales de que me acuerde. Hoy hace tres años y cuatro meses que llegué a la Habana. Los buenos deseos que me animaban



cuando salí de aquí, usted lo sabe: lo que trabajé porque se realizasen, lo testifican mis actos. En todo el tiempo de la campaña me encontré en innumerables combates contra los insurrectos, y ni en uno solo fuí vencido. Pasé por muchos peligros, y en todos ellos Dios me salvó la vida. He llevado y llevo todavía sobre mi corazón la medalla que me dió al marchar. Traigo tranquila la conciencia respecto a mi comportamiento durante la guerra. Y si no basta mi palabra, aquí tengo tres cruces, ganadas en los combates, que lo atestiguan.

—Cruces se han repartido a millares —interrumpió el coronel;—victorias decisivas... sólo se saben las del enemigo. No bastan todas esas cruces y condecoraciones para borrar la ignominia del desastre. Dí lo que pasó en Santiago de Cuba, que ahí está el punto negro.

—En Santiago de Cuba resultó lo que tenía que resultar. Eramos pocos para sostener el empuje de las fuerzas enemigas, y de esos pocos, la mayor parte enfermos y debilitados por el clima y por el hambre... ¡por el hambre sobre todo! Nos encontrábamos aislados, sin comunicación posible con el resto del ejército, desde que los americanos se hicieron dueños del mar. Estábamos casi sin víveres, sin cañones, sin elementos de combate. ¡Nadie se cuidó de proporcionarnos medios para luchar! Desde que nuestra escuadra se presentó allí, haciendo a Santiago el único objetivo de la guerra, no había salvación para nosotros.

«Las tropas, aquellas tropas formadas por soldados que parecían esqueletos, se batieron, acaso como no se ha batido jamás ningún ejército en semejantes condiciones. España puede contar entre sus glorias la batalla del Caney. ¡Un puñado de valientes resistiendo casi todo un día el fuego de 6.000 enemigos y la metralla de toda su artillería, hasta ver morir a su general, hasta que se agotaron las municiones, hasta que ya no quedaban brazos para defender la bandera de la Patria! Yo he visto actos innumerables de heroísmo, ejecutados sin pretensiones, como los actos más ordinarios de la vida. Yo he visto comba-

tir a nuestros soldados con temerario arrojo, y aproximarse al enemigo serenos e intrépidos entre una lluvia de balas. Yo he visto...

—De lo que has visto—interrumpió el coronel— ya hablaremos en otra ocasión. Ahora dí lo que has hecho.

—Yo ocupé mi puesto en las lomas de San Juan. Sólo teníamos dos cañones, mejor dicho uno, porque el otro apenas disparaba. Al pie del cañón útil estaba yo. Hice verdaderos destrozos al enemigo; pero todo en vano: contaban con la superioridad inmensa del número. Después de muchas horas, muertos y heridos los jefes, concluidos los cartuchos y casi los combatientes, tuvieron que retirarse los pocos que allí quedaban.

«Yo permanecí hasta el final de la batalla al pie del cañón. Un casco de granada me hirió en el pecho, y sentado, porque no me tenía de pie, y arrojando sangre por la boca continué dirigiendo el fuego. Dispare mi última granada cuando el enemigo tomaba nuestras posiciones y permanecí en mi puesto, esperando que me acabasen de matar. Pero Dios no lo quiso así, y continué en mi puesto, siempre al lado del cañón, lo mismo aquel día que en los combates de los días siguientes. Y en uno de aquellos combates desiguales e imposibles recibí otra herida en el brazo izquierdo. Restañé la sangre como pude con un pañuelo, y continué luchando. Los médicos juzgaron que la herida del pecho era mortal, y seguí combatiendo. La sangre perdida me había dejado sin fuerzas, y seguí, seguí hasta el último momento,

siempre en el lugar más peligroso, siempre al pie del cañón esperando la muerte. ¡Tío! Si usted no cree en las condecoraciones, mis cicatrices dan testimonio de lo que digo.

Y levantándose, descubrió el pecho y enseñó a su tío el lugar donde recibió el golpe, todavía dolorido y acardenalado. Después se quitó la chaqueta, y descubrió una gran cortadura en el brazo diciendo:

—Esta me la hicieron en el último combate. Aquel día ví morir a mi lado a mi asistente y a casi todos mis compañeros de infortunio. ¡Y a mí me perdonaron las balas!

Calló el teniente, emocionado con sus recuerdos, y después de ponerse la chaqueta volvió a sentarse.

Las facciones del coronel iban tomando un aspecto menos feroz. El pobre Antonio limpiaba disimuladamente las lágrimas que caían de sus ojos.

Castro continuó:

—Después perdimos los pocos elementos de combate que teníamos, con la salida de nuestra escuadra, totalmente aniquilada en el mar. Los habitantes de la ciudad se acogieron a la bandera enemiga, y nos dejaron solos. Los soldados se morían a centenares en el hospital y en el campo. Las raciones, que consistían en un puñado de arroz y un poco de aceite y sal, se acababan. Municiones tendríamos para dos o tres días de combate. Y a todo esto se nos había dicho que nos atuviéramos a nuestros propios recursos, porque no era posible enviarnos socorro de ningún género. ¿Qué debíamos hacer?...

—¡Resistir hasta la muerte!—exclamó enérgicamente el coronel.

—Pero los jefes juzgaron inútil toda resistencia y opinaron por la rendición. ¿Qué haría usted en mi caso?

—¡Protestar con toda mi alma!

—Protesté con toda mi alma. Yo propuse resistir mientras uno solo quedase vivo, poner fuego a la ciudad, romper las filas enemigas, morir, todo antes que rendirse; pero mi voto no tenía valor alguno. Recibí orden de conservar mi cañón para entregarlo al enemigo como se había pactado. Me apoderé del cierre y lo arrojé a un barranco, diciendo al jefe que me intimó la orden: «Ahora que me fusilen si quieren».

—Hiciste muy bien!—exclamó el coronel entusiasmado.

—Con la mano puesta sobre el corazón, le aseguro a usted que por aquellos días deseé la muerte. La busqué entre las balas enemigas, y las balas enemigas huían de mí. Se la pedí a Dios, y Dios no quiso escucharme. Iba a cometer un crimen, arrastrado por la desesperación y la locura. Una noche, al pie de mi cañón, y en la soledad del campo, se me ocurrió la idea del suicidio. Tenía ya el revólver en las manos; su cañón se dirigía hacia mi frente... En aquellos momentos hubo alguien, no se quién, pero hubo alguien que me detuvo el brazo. Me acordé de una persona querida que había dejado en Madrid, de una persona a quien amaba con toda mi alma; y esa persona querida era mi protector, era mi padre, era

ust
mis
lo
llas
bar
I
sev
ros
E
sile
-
pre
y s
qué
qué
do
má:
mu.
«
pita
la v
ped
nue
frid
el ó
de
víct
a la
por
«
des

usted, tío. Este santo recuerdo arrancó el arma de mis manos, y experimenté entonces el único consuelo que queda en la desgracia: llorar. Si llorar en aquellas circunstancias significa cobardía, yo soy un cobarde. . .

El coronel estaba visiblemente emocionado. La severidad había desaparecido por completo de su rostro.

El artillero agregó, después de un instante de silencio:

—Y llegó el día tremendo de la rendición. Yo presencié la entrega de las armas. Yo ví llorar a jefes y soldados en aquellas horas de amargura. Yo arranqué, avergonzado de mí mismo, las condecoraciones que llevaba en el pecho. Yo rompí el sable, arrojando con rabia al suelo los dos pedazos. Yo... ¿Qué más he hecho yo? Nada quedaba ya que hacer, y sí mucho que sufrir.

«Los soldados continuaron muriendo en los hospitales y en el campo. A mí quiso Dios conservarme la vida... Nuestros esfuerzos por defender aquellos pedazos de la Patria, nuestro valor, nuestro heroísmo, nuestra abnegación... ¡todo ha sido inútil! ¡Aquel sufrido ejército ha hecho mucho más de lo que exigían el deber y el honor. ¡Miente quien culpe al Ejército de lo que ha pasado! ¡Se burla de la sangre de tantas víctimas como allí ofrecieron su vida en holocausto a la Patria, quien pretenda arrojar sobre ellas la responsabilidad del desastre!...

«Y ya he terminado. Yo llegué aquí buscando descanso y cariño; aquel descanso y aquel cariño

que tanta falta me hacen después de las penalidades sufridas. A usted toca decir si lo he encontrado.

—Lo has encontrado, hijo mío—contestó el coronel levantándose.—Y aunque no bastara la estricta justicia para absolverte, yo pondría en la balanza un poquito de misericordia. ¡Pero el desastre, el desastre ha sido vergonzoso y tremendo!...

Y al pobre coronel se le saltaron las lágrimas mientras estrechaba al artillero entre sus brazos.

En esto llegó Isabel, la madre de Mariano, en busca del teniente. Le llamaba su hijo; quería verle, quería hablarle. Ella le había dicho:

—¡Hijo mío, necesitará descansar; ya le verás después!

Pero él insistía:

—¡Mi teniente! ¡Que venga mi teniente!...

Y no hubo más remedio que llamarle.

Castro salió, empujando hacia adentro las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos, entró en la habitación de Mariano, pobre y aseada; se acercó a la cabecera del enfermo, y apoyó una mano sobre su frente, mientras le preguntaba con cariño y con dulzura, imitando el acento del baturro:

—¿Qué tal, Marianico?

—¡Mi teniente! ¡Mi teniente!...—exclamó el infeliz, haciendo un esfuerzo por levantar los brazos.

Y no habló más. Si tenía algún secreto que comunicar a su teniente, se lo llevó consigo al otro mundo.

Siguió una desgarradora escena de familia, y Castro, agobiado con tantas y tan dolorosas impre-

siones, salió a dar una vuelta por la ciudad, para distraerse y despejar la cabeza. . .

En uno de los barrios aristocráticos de la corte llamó su atención un hombre que, entre un grupo de obreros, con su puro en la boca y su sombrilla en la mano, contemplaba con vivo interés un magnífico edificio en construcción. Un relámpago de ira brilló en los ojos del artillero al conocerle. Era el aborrecido y antipático Canseco. El teniente fingió no haberle visto por no saludarle: le producía indignación y asco aquel hombre.

Y siguió calle arriba, pensando en que aquel perillán era el único soldado que había triunfado en Cuba, y que su casa se construía a costa de lágrimas y sangre, del hambre y la vida de centenares de infelices, víctimas de la ambición y la inhumanidad de aquel hombre desalmado. ¡Y una de



aquellas víctimas era el pobre Mariano, que acababa de expirar en los brazos de su madre!

Y la indignación estalló en el pecho del bravo y generoso teniente de artillería, y brotó de sus labios esta frase enérgica, que pronunció en voz alta, deteniéndose en medio de la acera:

—¿Para quién se han creado los Tribunales de honor y los Tribunales de justicia? . . .

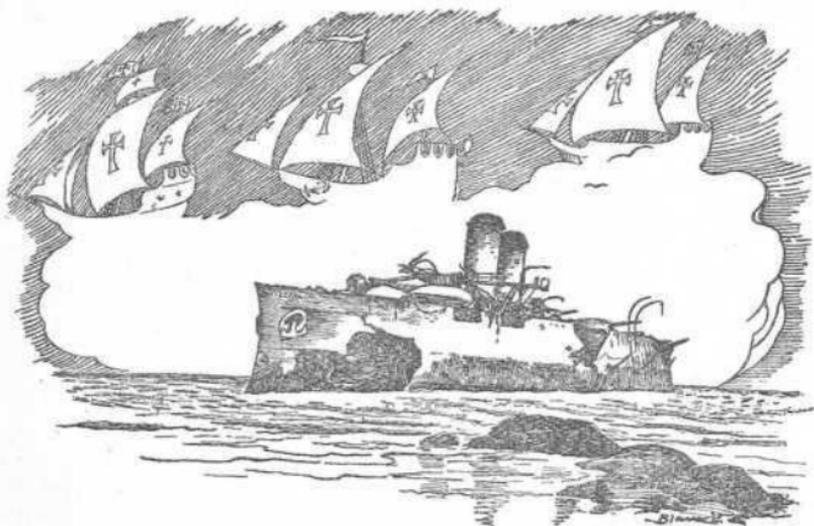
* * *

Aquel mismo día y casi a la misma hora, entraban en el templo del Pilar de Zaragoza un joven y una mujer anciana. El joven iba con la cabeza vendada y se movía trabajosamente apoyado en un bastón. Los dos se acercaron a la verja que cierra el altar de la Virgen, y cayeron de rodillas, regando con sus lágrimas el pavimento.

El joven era Manuelico, y la anciana su madre. Manuelico había vuelto a ver a su viejica y a su novia, y, en cumplimiento de una antigua promesa, iba a *icíselo* a la Pilarica.

Poco después se levantó; entregó una velica, y se quedó, como en éxtasis, mirando a la Virgen. Le parecía que le hablaba, que la veía sonreír.

Y era verdad: la Virgen le hablaba, la Virgen sonreía.



Después de la catástrofe

Las tres carabelas se van. . . para siempre?
No, en espera de tiempos mejores.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA DEL REAL
MONASTERIO DEL ESCORIAL
EL DIA ONCE DE
ABRIL DE 1930.

Biblioteca
Horas de Vacaciones



EL DESTINO



SIMI LA HEBREA



CUENTOS DE NAVIDAD



EL ALMA DE DON

QUIJOTE



DOS CIELOS



CARIDAD



EL HIJO DE LA

LAVANDERA



CUENTOS DEL PADRE

MUÑOS



LA JUSTICIA HUMANA



COSAS DE LA VIDA



LAS TRES

VÍRGENES

NEGRAS





P. MONTES



EL
DESTINO



Precio:

3,50